



LO INEXPLICABLE

**LAS LEYES DE  
LA SUERTE**

**ROGER DE LAFOREST**

Vergara



# Solapa:

Todos los días comprobamos que, en última instancia, el éxito o el fracaso, en todo ámbito de la vida, dependen de ese escurridizo factor: La suerte. Sin embargo, esa suerte, tan preciosa, tan indispensable, es el don peor repartido del mundo.

Algunas personas la poseen en forma abundante, algunas no la tienen en forma suficiente, y otros definitivamente carecen de ella. Es, sin duda, la más desesperante desigualdad que abrumba a la condición humana.

Roger de Lafforest estudió *las leyes de la suerte*, y demuestra que siguiendo procedimientos muy simples se puede atraer hacia uno la buena suerte y alejar la mala. Este libro constituye una esperanza para todos los que se sienten desafortunados y se resignan a la fatalidad de *no tener suerte*. Ahora es posible obtener, conservar y aumentar la suerte, y así asegurar un nuevo camino hacia la felicidad.

Roger de Lafforest hizo un vasto y completo estudio de los fenómenos que constituyen lo que normalmente suele se llamar *suerte*. Desde la antigüedad hasta nuestros días, y en toas las culturas, primitivas y modernas, que conviven en nuestro mundo, se conjuró, endiosado o maldecido la suerte. Roger aporta en esta obra un descubrimiento fundamental: *Las leyes de la suerte*.



# Índice

- La más irritante desigualdad
- Las encrucijadas de la libertad
- La suerte de nacer
- Los dioses sin rostro
- El poder de los objetos
- El buen y el mal de ojo
- El poder del verbo
- El amor, generador de suerte
- El mecanismo de la suerte nel juego
- La ley de las series
- Reversibilidad de la suerte
- La ley de la compensación
- La más joven ciencia



Digitalizado en octubre de 2014

# Las leyes de la suerte

Roger de Lafforest

Título original: *Le lois de chance*

Edición original: Robert Laffont

Traducción de Josefina Delgado



Javier Vergara Editor SA

Buenos Aires, Madrid, México, Santiago  
de Chile, Bogotá, Caracas, Montevideo

© 1978 editions Robert Laffont

© 1993 Javier Vergara Editor SA

Tacuarí 202, P 8º, Buenos Aires, Argentina

ISBN 950-150706-8

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Depositado de acuerdo a la ley 11.723



# La más irritante desigualdad

Estudié la mágica dicha, a la cual nadie escapa

Arthur Rimbaud

**N**el mundo, lo peor repartido es la suerte. Es un don maravilloso e inexplicable, un regalo de las hadas, que no fue otorgado a todos igualmente: Algunos están colmados de ella, mientras que a otros fue dada con avaricia. Se trata de la más irritante y la más injusta de todas las desigualdades que abruma la condición humana.

Resulta banal recordar que los hombres nacen, viven y mueren desiguales en todo: En salud, belleza, fuerza, inteligencia, riqueza, felicidad... Ni la muerte los pone en pie de igualdad: Algunos tendrán derecho a un mausoleo de mármol, otros tendrán que se contentar con la fosa común. Finalmente la eternidad (si creemos en ella), volverá irremediable esa desigualdad, puesto que habrá elegidos y condenados.

Para consolar de esa desigualdad a los hombres, los constituyentes de 1789 tuvieron la ridícula idea de los declarar *iguales en derecho*, lo que no tiene sentido ni es real. Resulta casi como si el parlamento votase una ley para decretar que cualquier hombre tiene el derecho de correr 100m en 10s, que todo soldado de segunda clase tiene el derecho de ser general o que todo dueño de un billete de lotería tiene el derecho de ganar el premio mayor. ¡Ay!, *tener el derecho* de hacer alguna cosa no quiere decir que se tenga la posibilidad de conseguir.

Agradecemos al menos al legislador enunciar enfáticamente la irrisoria perogrullada de la igualdad de derecho. Es gentil de su parte, aunque esa buena intención no cambie la desigualdad profunda y congénita que reina entre los hombres.

## La nariz de Cleopatra

Para corregir los efectos y defectos de esa desigualdad, las declaraciones de principio, los reglamentos de policía, los decretos gubernamentales sirven para nada. El único recurso es el sistema D, que permite hacer trampa o inventar argucia contra la realidad.

Si uno no tiene músculo, habrá de conseguir por medio de una gimnasia apropiada. Si se tiene la nariz torcida, la cirugía estética lo remediará. La constancia puede a veces reemplazar al talento, una estricta higiene compensar la mala salud. En fin, en casi todos los dominios el hombre puede tratar de mejorar. Sólo tendrá que elegir entre diversos métodos, disciplinas, ascesis, tratamientos, ejercicios, trucos de todas clases que deben permitir compensar de alguna manera su herencia de nacimiento.

Alguna posibilidad de atenuar, poco o mucho, la consecuencia de la desigualdad, se nos ofrece en todos los terrenos. Todos excepto uno, el más importante: La suerte.

Hay en todo eso una carencia verdaderamente dramática, aun desesperante, si pensamos que la suerte es justamente, en un análisis profundo, el único medio de que dispone el hombre para *realizar su vida* y para conquistar la felicidad aquí abajo.

El trabajo, talento, amor, valor, virtud, vicio, astucia, intriga, crimen, nada iguala en proporción al coeficiente suerte, que afecta a cada individuo en su comportamiento, esfuerzo, avance. Aunque uno sea pobre, torpe, débil, enfermizo, estúpido, vicioso, no por eso se obtendrá menos éxito, si se tiene suerte. Se puede ser rico, hermoso, sano, inteligente, virtuoso, y a pesar de eso fracasar en la vida, no encontrar nel camino más que revés y desgracia, si no se tiene suerte. Solamente la suerte otorga eficacia a nuestro



esfuerzo, a nuestra virtud y talento. Sin ella no conseguimos el éxito que merecemos. Colorea de manera diversa los acontecimientos de la vida. Mucho mejor que al sol, puede dirigirse a la suerte la famosa invocación de Chantecler: ¡Oh tú, aquel sin el cual las cosas no serían lo que son!

Sí. En última instancia se puede afirmar que el factor determinante de la realización en todos los terrenos, sentimental, financiero, profesional, es la suerte. Eso no es simplemente una visión pesimista del espíritu, un cuadro que se vuelve negro, sino la constatación de una evidencia, que cada uno puede hacer se limitando a mirar con objetividad el mundo tal cual es.

Al tomar conciencia de esa desmoralizadora realidad, los que se creen los *perseguidos de la suerte* se verán tentados de renunciar a todo esfuerzo y perder hasta el gusto por la vida. Bueno. Deben serenarse, volver a tomar coraje. Es para ellos, y para mí, pues soy uno de ellos, que emprendí este estudio, para buscar las recetas y los medios de amansar a la suerte, de alejar a la mala suerte.

Ciertamente, sería absurdo esperar, como nos lo prometen los demagogos, que un día una sociedad más justa pueda dar *a cada uno según su mérito* o, según la utopía socialista, *a cada uno según su necesidad*. No. Siempre será: **A cada uno según su suerte**. Pero, felizmente, sé que, nel estado actual de nuestro conocimiento, es posible dar la suerte a los que no la tienen, dar uno poco más a los que no tienen bastante, y enseñar a los que la tienen a no la malgastar en vano. En cuanto a los perseguidos por la mala suerte, los que no tienen éxito, es posible los municiar de un nuevo pasaporte para la felicidad, les enseñando los medios de amansar a la suerte para su uso personal, luego de haber neutralizado la influencia de su mala estrella.

En ese dominio misterioso hay leyes tan rigurosas como las que rigen el mundo físico. Hay que aprender a las conocer y respetar. Hay que llegar a interpretar ese silencio que evocaba el poeta Charles Maurras cuando escribió:

Y nuestros augustos consejeros  
las grandes leyes del ser, inmóviles  
en su luz, hacen un silencio  
que me confunde

El éxito, la felicidad, en todo caso la paz del alma, se obtienen a ese precio.

Mi propósito no es el de filosofar amargamente sobre el escándalo de la desigualdad o sobre la fatalidad que parece regir los destinos humanos. Quise escribir un manual práctico para el uso de mis hermanos de desgracia, un vademecum de la suerte para el uso de todos los que se quejan de que su esfuerzo es inútil, que sus méritos no son recompensados, que su futuro está cerrado, su realización retrasada sin tregua y sin razón. En suma, lo que les aporé, sin vanidad de autor, ya que las recetas no son mías sino tomadas de las fuentes de una tradición olvidada o despreciada, son los medios empíricos para corregir la injusticia más grave del mundo: La desigualdad de los hombres en lo que respecta a la suerte.

## En estado salvaje

Supongamos que la electricidad es la única fuente posible de luz artificial y que no se encontrase el medio de captar esa fuerza invisible. Estaríamos entonces condenados a vivir en noche, en la obscuridad. La suerte es análoga a la electricidad: Hay que saber la captar y conducir, hasta la producir, si se la quiere aprovechar.

Primera certidumbre, primer consuelo: La suerte nel estado salvaje está expandida en todo el mundo. Algunos seres, naturalmente buenos conductores, la captan sin dificultad. Los otros pueden aprender a la domesticar. En todo caso, nadie está



totalmente desprovisto de ella. Cada uno, nel momento de nacer, tiene un capital, una carga determinada en sus acumuladores. Ese capital, cada uno lo gasta nel curso de su vida, no a su capricho, es cierto, ni nel momento que lo decide, pero según la exigencia de su destino, nel devenir de los acontecimientos y circunstancias que componen una existencia.

## Tener el tanque lleno

Un célebre cirujano, especialista en injerto, profesor B, piensa que cada hombre, al nacer, trae cierta cantidad de combustible vital (cantidad variable para cada individuo), que consume nel se suceder de los días. Es el combustible para su motor. Cuando su reserva se agota, muere.

En verdad, afirma el cirujano, la medicina puede en rigor apaciguar el sufrimiento, pero no seguramente prolongar la vida de un paciente ni medio segundo. Cuando las pilas que contienen la carga de vitalidad se vacían, la muerte es inevitable. Los acumuladores del motor humano no se recargan. Es por eso que algunas personas de salud robusta, los vigorosos, no resisten las pruebas, las torturas, las privaciones, los choques operatorios, a los cuales sobreviven los enfermos y más débiles. Eso fue comprobado en los campos de concentración. Se lo puede verificar, todos los días, en la vida corriente, en los hospitales...

Goethe tenía razón cuando afirmaba: **La muerte no es más que un desfallecimiento de la voluntad de vivir.** Lo diremos de manera más prosaica: El motor se detiene cuando se termina el combustible y el médico no podrá ser el empleado de la estación de servicio que salva de la falta de combustible.

Ese misterioso combustible vital no puede ser evaluado por medio de medida fácilmente legible que nos revele su nivel. Si existiese una manera de lo saber, entonces se podría prever, en una segunda etapa, la fecha de la muerte. Pero nadie puede saber con precisión cuál es la reserva en combustible vital de un ser humano. Ninguna luz roja que avise de la inminente falta de combustible. Hasta la última gota de nafta el motor puede girar. Únicamente la muerte violenta por accidente puede lo detener antes que el combustible vital se agote.

Profesor B no se atreve a sostener públicamente esa teoría, por temor a desacreditar radicalmente a la medicina e incitar a los enfermos a despreciar todas las terapéuticas. La reserva para las conversaciones después de cenar. Pero no tiene los mismos escrúpulos para la transponer a los dominios de la suerte.

Aquí también, afirma, se trata de un combustible que se consume a medida que tienen lugar los logros.

Cuando la reserva se agota, llega *Waterloo*. Es necesario en ese momento se resignar y se conformar con las propias fuerzas, es decir prácticamente nada, para llevar a cabo una empresa.

Evidentemente, hay casos en los que el depósito está tan bien provisto al partir que no se termina cuando concluye la carrera. Otras veces, al contrario, el gasto de combustible fue hecho en la primera parte del recorrido. Se llega igual, aunque al partir el depósito esté casi vacío.

## Felices los ricos

En lo que concierne a la suerte, esa teoría es cierta a medias. Para que lo sea completamente hay que añadir que existen, a lo largo del camino, surtidores de suerte en los cuales se puede llenar su depósito. Los que se queden sin combustible no tendrán que empujar su automóvil. En todo caso, mi propósito es justamente los ayudar a volver



a llenar.

Para algunos privilegiados, bastante raros, el capital de suerte que heredan al nacer es considerable, casi diríamos inagotable. Esos ricos logran todo lo que se proponen. No necesitan talento, inteligencia ni energía. Siempre están, como suele decirse, *mimados por la suerte*. Basta mirar alrededor para encontrar ejemplos de felices insolentes e inmerecidos, de logros que no se justifican por el trabajo, competencia ni por la astucia o la deshonestidad. Solamente la suerte justifica esos éxitos. Al menos que creamos que algunos avances, algunas fortunas, se ganan en la lotería.

Al contrario, para los pequeños rentistas de la suerte, los desprovistos, todo se volverá en su contra. Aunque sean inteligentes, trabajadores, concienzudos, enérgicos, vegetarán en empleo sin importancia, tendrán quebranto económico, fracasarán en la vida.

Eso que es válido solamente en el plano social lo es también para el sentimental, el deportivo, el de la integridad física. Tal muchacha, muy hermosa, no podrá ser amada, mientras que un adefesio conseguirá provocar verdaderas pasiones. Entre dos atletas igualmente dotados, la suerte favorecerá siempre a uno en detrimento del otro. Un niño cae del quinto piso y se levanta sin rasguño. Otro tropieza al bajar la escalera y se rompe el cráneo. ¡La suerte, siempre la suerte! En todas partes, en todas las cosas, en todas las circunstancias, establece entre los hombres una jerarquía injusta, una discriminación escandalosa. Inasible, inmaterial, multiforme, sirve para usos diversos. Se manifiesta en todos los dominios: El juego, el amor, el trabajo, el dinero, la salud, el éxito social y profesional. Acompaña a algunos seres desde la cuna hasta la tumba, los rodeando sin cesar de una seguridad a la cual ningún fracaso logra empañar. En cuanto a otros, a los que no protege más que un tiempo, súbitamente se cansa, los abandona, los dejando desnudos y vulnerables. Finalmente hay un grupo a los que se limita, por capricho, a no les otorgar más que satisfacción limitada o una ayuda intermitente.

Recuerdo a una mujer a quien la suerte le estaba estrictamente limitada al dominio inmobiliario: Cuando arreciaba la crisis del alquiler tenía siempre el problema de elegir entre diez departamentos que venían a le ofrecer, pero era ése el único terreno en el cual la suerte le sonreía.

Algunos ganan regularmente pequeños premios en la lotería nacional pero nunca se ven seriamente favorecidos en sus asuntos financieros. Otros encuentran siempre un lugar para estacionar su coche en los barrios más transitados: ¡Qué suerte! Pero tienen siempre los guarda-barros abollados y los paragolpes hundidos: ¡Qué desgracia!

Esos favores limitados, a menudo ridículos, están muy bien caracterizados. Inexplicables para aquellos a quienes benefician, y a veces hasta molestos, es imposible, en todo caso, los ignorar. Uno llega a sentir el lugar donde ocurre un misterio, el campo y el objeto de una fuerza secreta a la cual no se puede escapar.

Una curiosa particularidad de la suerte es que puede ser positiva o negativa. En el primer caso, es conquistadora, operativa, creadora, mientras que en el segundo, es protectora, resistente, obstaculizadora.

Es muy raro que una persona tenga al mismo tiempo las dos formas de suerte. De mi parte, nunca encontré alguna. Sin embargo, siempre es posible hacer un extraño trueque: Cambiar la suerte positiva por una suerte negativa o a la inversa. Sí. Se trata de una operación factible pero, a mi juicio, bastante arriesgada, cuando no tiene justificación moral.

La sabiduría consiste siempre en contentarse con la forma de suerte de la cual uno dispone naturalmente y resignarse a verse privado de la otra. En ese sentido, se puede decir que se trata de satisfacer sin grande riesgo a la temible ley de la compensación, sobre la cual hablaré en otro capítulo, lo cual es, en resumidas cuentas, muy





tranquilizador.

Uno de mis amigos, haciendo el balance del medio siglo que acababa de cumplir, se asombraba con filosofía de no haber tenido suerte: No en su vida profesional, en la cual, a pesar de su capacidad y su trabajo su realización fue mediocre, ni en su vida sentimental, que fue una sucesión de fracaso. Como compensación, verificara, con sorpresa, que en el curso de su existencia fuera beneficiado siempre por una protección inexplicable que le permitiera, en forma notable, salir indemne de innumerables catástrofes o pequeños accidentes (bombardeos, guerras, choques de automóviles, epidemias, caídas, etc.). Era por eso, finalmente, por lo que estimaba ser un hombre de suerte.

## El signo menos

La suerte tiene su homóloga negativa: La mala suerte. Ciertas personas se ven afectadas por ese temible signo menos. Pueden estar marcadas por él toda su vida, o solamente en ciertas circunstancias, en ciertos períodos y en ciertos sectores de su actividad. Así la sabiduría popular, siempre buscando el compromiso y de la compensación, imaginó una explicación: Afortunado nel juego, desafortunado nel amor.

Los que tienen mala suerte son o quejumbrosos o resignados. Los primeros, al menor contratiempo, exclaman: ¡Qué desgracia! Lo esperaba. Esto me pasa siempre, etc. Los segundos rumian en silencio su decepción, se complacen en su morosidad, se deleitan justificando su pesimismo al ver que se concretan las desgracias que preveían. Antes de abordar lo hondo del problema, querría primero destacar a esos pesimistas, que contribuyen justamente a atraer la mala suerte sobre sus cabezas, al afirmar en cualquier ocasión, en voz alta, que no los sorprenden los obstáculos, que ningún incidente enfadoso los asombra, que hicieron una costumbre inveterada del fracaso, que son víctimas predestinadas y resignadas de la desgracia.

Subrayo intencionadamente en voz alta, calificación que agrava el efecto nocivo de los pensamientos pesimistas que se alimentan nel fuero interno. Pues el poder del verbo, sobre cual hablaremos en otro capítulo, es tal, que nombrar una cosa basta a veces para la hacer nacer, invocar o evocar a alguien lo hace aparecer, describir un suceso es el comienzo de su realización. Hasta una mentira, si se expresa con fuerza y con habilidad, se volverá inevitablemente verdad: Es el caso de los mitos, de las fábulas, de las palabras históricas, de todos los vocablos vacíos de sentido en nombre de los cuales se hacen las revoluciones, las guerras, y que son capaces de provocar pánico, éxodo, éxtasis, alucinación colectiva.

Nombrar la mala suerte, se la aplicar para todo con una morosa delectación, no tendrá, evidentemente, otro resultado que la atraer tan seguramente cuanto la carne cocida atrae a las avispas.

En consecuencia, el primer consejo imperativo que hay que dar a los que tienen mala suerte es que dejen de vivir en familiaridad con la mala suerte: No hablen más de ella, nunca la invoquen, tachen hasta su nombre y todos los sucedáneos coloquiales del vocabulario que suelen se emplear.

Nunca hay que se resignar a ser un quejoso. No tácitamente ni sin se lamentar en voz alta. Al contrario: Hay que tomar la resolución de trabajar para vencer los obstáculos que hacen abortar los proyectos mejor preparados, levantar esa tapa de plomo que pesa tan a menudo sobre las veleidades de expansión de la personalidad, del gozo de vivir y del concretar objetivo. Hay que usar medios apropiados para conquistar la suerte a la cual todos tenemos derecho, aun los que menos suerte tienen de todos.



## ¿Es cierto que esos medios existen?

Afirmo que sí, y que se puede realmente neutralizar a la mala suerte, a condición de saber de antemano cuál es la naturaleza exacta de esa mala suerte. Entonces se trata ante todo de ser bastante perspicaz para descubrir y analizar los síntomas de esa extravagante enfermedad: La desgracia.

Hay que saber si la mala suerte de la que uno se queja es innata o adquirida más o menos recientemente, si es general o particular, si se aplica más a una forma que a otra de nuestra actividad, si maltrata preferentemente un dominio de nuestra existencia (profesional, familiar, sentimental, sanitario...), si provoca drama, accidente grave, daño mayor o si se conforma en hacer caer los techos, acumular pequeños obstáculos y dificultad.

Sé muy bien que un análisis así a veces es incómodo de hacer, pues debería ser objetivo, lúcido, honesto y completo. Pero es indispensable que se haga con cuidado, pues es a partir de sus resultados que podremos decidir qué remedios aplicar.

Una mala suerte congénita no se cura con los mismos procedimientos que una mala suerte accidental, que solo se manifiesta después de algunos meses. Una desgracia que envenena todas las circunstancias grandes o pequeñas de la vida no debe ser cuidada de la misma forma que la desgracia parcial, aquella, por ejemplo, que persigue a algunos automovilistas, que nunca encuentran un lugar para estacionar su coche.

Otro problema muy importante al cual es necesario responder antes de examinar el modo de curación, es el de determinar las causas de la mala suerte a se tratar.

Se puede tratar, por ejemplo, de una mala suerte hereditaria. En ese caso, ¿proviene de la madre o del padre. La tara se atenúa o se agrava al pasar de una generación a otra. Cambia de forma o de naturaleza? Volveremos otra vez, más ampliamente, sobre ese tema, pero quiero ya decir que la suerte es (junto con la longevidad) la cualidad que se trasmite con mayor seguridad de padres a hijos. Es fácil suponer el interés de una herencia tal y las consecuencias que se pueden extraer de esa ley genética.

A la espera de prescribir remedio personalizado, adaptado a cada caso particular de mala suerte, puedo dar un consejo de orden general, del cual todo el mundo podrá sacar provecho, y que será suficiente para paliar los maleficios más visibles.

Cualquiera que quiera luchar eficazmente contra la mala suerte debe adoptar obligatoriamente una actitud de combate, estar siempre dispuesto a reaccionar y a responder a cualquier ataque. No basta se resignar, no basta sufrir. Por duro que golpee la suerte, no hay que manifestar amargura, rencor ni desaliento. Finalmente, es indispensable no tener más que pensamiento positivo. Es decir, ver e imaginar el feliz resultado de lo que se emprende, en lugar de temer el fracaso, considerar el aspecto bueno y no la consecuencia desagradable de los acontecimientos que se viven. Entonces serás como un atleta de la suerte, siempre en buena forma, listo a responder a todas las influencias negativas que provienen de la herencia, del destino individual o de un sortilegio enemigo, y siempre dispuesto a recoger los favores de la fortuna que pasa.

Quienquiera que sea, suerte y mala suerte marcan a los hombres, sus actos y su vida, con una fuerza tan evidente que nadie puede pensar en la negar. De todas las desigualdades que limitan la condición humana, es la más evidente y la de consecuencias más pesadas. Es, por lo tanto, aquella a la cual hay que se esforzar en poner remedio antes de a las otras.

Es cierto que, en ese terreno, los charlatanes son una legión que explota la credulidad pública. El comercio de talismán y amuleto es próspero. La suerte se vende bien.

Siento escrúpulo al evaluar a esos comerciantes de charlatanería. Se valen de poderes abusivos y su eficacia es dudosa. Sin embargo, nel origen de su empresa hay siempre algo de auténtico. Es como si abrevasen en la fuente de un gran secreto diluido. Tienen



una vaga conciencia de las fuerzas que rigen los destinos humanos y tratan de las canalizar por medios empíricos. A menudo llegan a captar un reflejo de la verdadera luz. Y queda a veces bastante calor para reavivar una brasa de suerte para sus ingenuos clientes. Tanto mejor para sí, que hacen fortuna, y tanto mejor también para el usuario, que gana efectivamente un poco de felicidad.

Pero pienso que es posible en la actualidad ir más allá de ese empirismo primario. Hay que considerar el problema de la suerte en su conjunto, buscar el por qué y el cómo de ese poder misterioso que condiciona la vida de todos los hombres. La suerte obedece a leyes, como la electricidad. Cuando sepamos lo que la atrae y lo que la repele, podremos la domesticar.

No pretendo escribir una fisiología de la suerte. Las observaciones no fueron llevadas a cabo todavía con método, con el suficiente rigor científico. Se limitaron a constatar las interferencias de la suerte en todos los acontecimientos de la vida. No existe acuerdo sobre una definición de esa fuerza, sobre su naturaleza (¿espiritual o material?), origen, fuente, caminos, afinidades, repulsiones.

De mi parte no soy sabio ni filósofo. Pero luego de decenas de años, chapoteo en los peligrosos pantanos, buscando una explicación. Desde muy joven, fui impresionado por el espectáculo de injusticia y de desigualdad que abrumba a los hombres de buena voluntad. Ver a las personas que perdían la partida con todos los ases en la mano me empujaba hacia un abismo de asombro. Ver a otros, en cambio, alcanzar su objetivo sin esfuerzo y sin justificación, me escandalizaba. Nel póker es posible ganar sin mostrar el juego, pero al menos hay que demostrar audacia, sangre fría, psicología. No se trata de una manifestación de la suerte en estado puro, como se constata en ciertas reuniones sociales.

## Los cuatro estúpidos del ministerio

Me divertí verificando, en los sectores más evidentes en los que se inscriben los sucesos humanos (por ejemplo, la política y la literatura), lo inexplicable, constante y soberana intervención de la suerte.

A lo largo de varias decenas de años, ante cada cambio de gobierno, estudié con aplicación y objetividad la lista de ministro. Entre ellos siempre encontré, y la proporción nunca fue desmentida, que 4 sobre 20 eran, sino perfectos cretinos, al menos hombres de un nivel intelectual abajo del nivel promedio y radicalmente ineptos para la función: Su ascenso, promoción, no tenía explicación ni justificación posible.

Me objetaron que si esos ministros no deben su puesto a la intriga, a su mérito ni al talento, tal vez lo hubiesen obtenido con rehenes, por el peso que representaban en una sutil dosis para equilibrar la influencia de los partidos... Afirmo que no. En todos los casos sometidos a análisis, verifiqué que Tartempion, Truc o Machin equilibrarían mejor el peso y serían mejores rehenes. Solamente la suerte otorgó a esos inaptos-ineptos el nombramiento ministerial, que es la coronación de cualquier carrera política.

Mi argumento tomaría rápidamente la fuerza irrefutable de la evidencia si pudiese citar nombres. Pero eso no es posible pues, paradójicamente, sería difamar a alguien decir que fue dotado de ese don maravilloso: La suerte. En todo caso, sería lícito que los lectores hiciesen por propia cuenta el trabajo al cual me dediqué, y encontrarían sin trabajo a los cuatro estúpidos del ministerio. Podrán también convertir ese trabajo en un distraído juego de sociedad.

## La suerte sola...

En literatura también es evidente. Estudies, lector, la lista de los grandes sucesos de



librería y de los premios literarios, y encontrará dos sobre cinco que no tienen justificación. Solamente la suerte valió a los autores de esas obras la celebridad y la fortuna. Si eligiesen ser almaceneros o basureros, tendrían el mismo éxito en su profesión.

Podemos constatar lo mismo en todos los dominios. Ya se trate del comercio o de la función pública, del juego o de la felicidad doméstica. En un buen cuarto de los casos es solamente la suerte quien decide.

Cuando uno se encuentra muy perturbado por esas constataciones, se resigna, gustoso, a acusar al azar.

Se trataría del azar si, al constituir su gabinete, el primer ministro se equivocara de número de teléfono y ofreció una cartera a Truc cuando tenía la intención de la confiar a Machin.

Se trata del azar cuando dos académicos Goncourt votan, en la última vuelta del escrutinio, en fulano, de quien no leyeron la novela, mientras que admiran sinceramente al libro de zutano.

Se trata del azar si X es nombrado director, mientras que Y está más calificado para ocupar ese puesto. Se trata del azar si Z hace fortuna sin la merecer, gana nel juego, escapa a un accidente, se casa con la hija de un millonario.

### No es el mejor quien gana

¿Por qué él. Por qué no otro. Por qué no yo? El Azar. ¡Vamos ya! El azar no existe y no puede existir. Todo lo que sucede, todo lo que se produce, todos los acontecimientos, son el resultado de cierto número de fuerzas entre las cuales la única verdaderamente decisiva es la suerte. ¡Que gane el mejor!, todavía es un deseo piadoso. En realidad, el que gana nunca es el mejor. Siempre es la suerte quien decide nel momento de la competición.

El azar no es compatible con las leyes que rigen el universo. ¿Podemos imaginar que el azar modifique la marcha de los planetas alrededor del Sol. Resulta posible pensar que el azar pueda alterar, aunque fuera una sola vez, la ley de gravedad? Sería absurdo. La más débil intervención del azar en cualquier mecanismo, el más pequeño o el más inútil en apariencia, haría saltar el mundo. Sería instantáneamente el regreso al magma innominado, a la confusión previa al primer día del génesis.

Por lo tanto, el azar, concebido por definición como una intervención inmotivada, irrazonable, absurda, sin autor ni responsable, nel curso de los acontecimientos, no puede existir. Pero la voluntad del hombre, ella sí, es capaz de actuar en todos los engranajes, sin excepción, que componen la gran maquinaria del universo.

El hombre, hecho a la imagen de Dios, es un dios: Puede crear, infringir leyes físicas y las leyes del ser tan fácilmente (pero no tan impunemente) cuanto las leyes morales. ¿Cómo? A golpes de voluntad.

Podemos tener una prueba de eso nos refiriendo a ciertas experiencias, hechas en condiciones rigurosamente científicas, nel instituto Rhine, de Eua. Me limitaré a recordar una sola, que prueba, sin discusión posible, todo el poderío de la voluntad humana.

### Una gota de agua

Bajo una campana de vidrio perfectamente aislada de toda influencia exterior, una gota de agua cae a intervalos regulares sobre la fina lámina de una navaja, que la separa en dos partes exactamente iguales. Los dos recipientes que están bajo la lámina, a izquierda y derecha del punto nel cual la gota se divide, se llenan entonces de agua a



una velocidad rigurosamente igual. Al hacer intervenir la voluntad humana, se modificarán los resultados de la experiencia.

El experimentador está ubicado en condiciones tales que no pueda tener influencia física sobre la campana de vidrio por la irradiación de calor animal ni por la intervención de alguna onda, eléctrica o magnética, de cualquier naturaleza que sea. Entonces se le pide que quiera fuertemente que la caída de la gota de agua sea desviada hacia la izquierda.

Al cabo de algunos minutos, se constata que el recipiente de la izquierda se llena más rápido que el de la derecha. Se demostró entonces que la voluntad puede actuar sobre el curso de las cosas, sobre un acontecimiento, contrariar una ley física, es decir, en los hechos, hacer milagro. En esa condición, ¿por qué no podría igualmente actuar sobre las leyes de la suerte, que rigen los destinos humanos?

### Se supone que nadie ignora la ley

Es, ciertamente, en esa dirección que hay que buscar. Verificaremos, además, en la continuidad de este estudio, que todos los desenganches de las trampas a la suerte son finalmente dirigidos por la voluntad, que todas las corazas inventadas contra la mala suerte no adquieren un espesor impenetrable sino es por la voluntad.

La fatalidad es solamente una apariencia. En un primer estadio, cuando se constata la intervención implacable de la suerte en todas las empresas humanas, uno se desespera. Pero luego de haber despejado los principios, las leyes de esa fuerza soberana, se comprende mediante qué esguinces y por medio de qué esfuerzo se puede modificar sus aplicaciones. Por lo tanto no es razonable se resignar a sufrir los golpes de la suerte y de la mala suerte como las tempestades y las bonanzas del océano. Si es cierto que algunos tienen una suerte innata, para otros ella puede ser como el genio, el fruto del esfuerzo, de la paciencia, de la voluntad: Es posible la hacer nacer, crear las condiciones morales y materiales donde pueda se manifestar.

El hombre, que en los menores actos de su vida está obligado a tener en cuenta las leyes del mundo físico, nunca oyó hablar de las leyes del mundo invisible y comete, sin lo dudar, las peores imprudencias. Sin embargo, ese mundo invisible está en tan estrecha compenetración con el mundo visible que a veces una simple palabra, un gesto banal bastan para desencadenar verdaderas catástrofes porque constituyen infracciones a leyes desconocidas.

Pero se supone que nadie ignora la ley, y todavía menos las leyes de la suerte, esas leyes de un trágico rigor, que no pueden ser violadas sin atraer enseguida las represalias de lo desconocido.

Así, será solamente cuando se las haya revelado y aprendido que se podrá asegurar a cada uno aquí su máximo de felicidad y de buen resultado, teniendo en cuenta sus aptitudes innatas y el campo de fuerzas del cual se dispone.

El curso de un destino no será ya abandonado a la sola y ciega acción de la suerte. En lo sucesivo, se podrá conducir a esa suerte, para hacer producir los mejores frutos al árbol de la vida sobre el cual ella está injertada.



# Las encrucijadas de la libertad

Es libremente que llevamos a cabo los actos necesarios

Charles Renouvier

**H**e un recién nacido. Su madre acaba de lo dar a la luz. Ese pequeño ser: ¿De dónde viene, adónde irá?

Atrás de sí está la noche de los tiempos, la nada, de donde sale rodeado de herencia y predestinación. Entre esos dos infinitos, el corte intermedio de una vida humana, algunos años de transcurrir sobre la Tierra, un destino a cumplir.

Nel momento en que el niño emprende la partida podemos nos preguntar si el itinerario de su recorrido ya está trazado, si fue lanzado como un obús sobre una trayectoria fatal, o si, al contrario, podrá elegir su camino, la velocidad de su recorrido y las escalas de su viaje. ¿Está condenado a seguir su destino o tiene la posibilidad de lo construir?

Evidentemente, si creemos en un determinismo absoluto, no somos más que espectadores de nuestra propia vida, ciertamente interesados, pero impotentes para modificar el curso de los acontecimientos que nos llevan en los caminos inevitables hacia un objetivo fatal.

Una hipótesis como ésta, si la tenemos por verdadera, empuja hacia una triste resignación. ¿Qué esperar de bueno, para qué emprender algo, se esforzar, resistir, combatir? El hombre es una marioneta de cuyos hilos tira la fatalidad. No es más que un robot pensante, lo que no hace más que aumentar su desesperanza, su autodesprecio.

La tesis contraria, la de la libertad absoluta, es también difícil de admitir. Aun si se restringe esa libertad a la de elegir nel momento en que diferentes opciones se presentan, se ve bien que esa elección es dirigida por demasiadas necesidades como para ser verdaderamente libre. La herencia, la educación, el clima físico y moral, las contingencias, los recuerdos y las esperanzas condicionan esa decisión que será tomada.

En los hechos, queda claro que el curso de un destino está determinado por influencias necesitantes, como lo es el recorrido de un río o el crecimiento de una planta. La libertad humana, si existe, no es más que una libertad condicional y vigilada, subordinada al respeto de leyes minuciosamente tiránicas.

Entre esas leyes están las de la suerte. Bajo ese vocablo impreciso se acostumbra incluir todas las fuerzas inexplicables que concurren nel éxito o nel fracaso, todos los imponderables que deciden la felicidad o la desdicha del hombre.

Por eso es muy importante crear alrededor del niño, desde su nacimiento, las condiciones más favorables para la realización de su personalidad. Antes de que llegue a la edad de la razón, quiero decir a una madurez intelectual que le permita desbrozar solo la selva de las leyes de la suerte, hay que preparar el porvenir de ese pequeño ser, lo rodear de amuleto y de cerco, convocar enseguida a las hadas buenas alrededor de su cuna y alejar al hada mala.

Para eso el medio más eficaz es la astrología. Ciencia aproximativa e interpretativa cuando se trata de prever el futuro, es rigurosamente exacta cuando revela las grandes líneas de fuerza de las cuales el nativo es el campo, hacia qué pendientes está dirigido, los secretos de su temperamento, sus cualidades y debilidades.

## Los niños mártires

Los padres cuidadosos de la felicidad de su hijo tienen como el primero de sus deberes hacer confeccionar su carta natal, le hacer realizar un *horóscopo*, como se dice



familiarmente, por un astrólogo competente. Así conseguirán, sobre las capacidades, cualidades y gustos de su hijo, indicaciones más claras y seguras que por los tests de orientación escolar.

Para que no haya error que temer en ese cambio de agujas: Antes de que el niño aprenda a leer, se sabe qué camino hay que lo inducir a tomar, si se quiere facilitar su desarrollo, felicidad, realización.

Ciertamente a veces es necesario, por razones morales o familiares, contrariar la vocación de un niño, lo obligar a no ceder a su inclinación natural. Pero hay que saber al menos en qué consiste esa vocación. Lo ignorar puede conducir a callejones sin salida, trágicos, provocar errores de recorrido, entorpecer todo un destino. La astrología permite al menos decidir con conocimiento de causa, elegir el mejor camino, reforzar la suerte. Los niños mártires no son solamente los a los que sus padres maltratan o privan de afecto. Son también, y sobre todo, los a los cuales se obliga a realizar estudio para los cuales no están dotados, a elegir una especialidad, una profesión, un oficio que les repugna.

Aqué al cual los astros inclinan a ser mecánico será un desdichado agente de seguro. Porque papá salió de la escuela politécnica, el hijo mártir no puede cumplir su verdadera vocación, que es la de ser médico o abogado. Ese almacenero, muy rico, sufrirá toda su vida por no ser cirujano. Ese periodista debería ser adiestrador de caballo. Esa enfermera debería ser recepcionista. Ese carpintero, aviador. Ese calderero, agricultor. Esa dactilógrafa, monja de clausura... Cuántos dramas, desgracias, enfermedades, amarguras, y también cuántos desgarradores fracasos, únicamente porque los padres rechazaron, por orgullo o por razón, seguir el consejo de las hadas buenas reunidas alrededor de la cuna de su hijo.

## El horóscopo prenupcial

El único servicio que puede rendir la astrología al niño no es la elección de una vocación. Podrá también lo guiar en sus amistades y amores, indicar las grandes armonías que preparan y condicionan las relaciones felices con los otros seres.

Así se preparará el bienestar de su vida sentimental, aun en los menores detalles. Basta con saber leer el cielo de un nacimiento para elegir, sin equivocación posible, un amigo o un compañero. La felicidad se vuelve más fácil si se toman las precauciones astrológicas necesarias. Se evitarán las decepciones, divorcios, dramas. El verdadero matrimonio basado en la razón será decidido por el examen de los temas de los dos novios, no ya por consideración de fortuna o de familia. Será también además un matrimonio de amor, ya que estará fundado sobre afinidades permanentes y esenciales, no sobre impresiones efímeras.

En una sociedad civilizada, el horóscopo prenupcial tendría que ser obligatorio, por las mismas razones que el examen médico.

## A cada uno su verdad astrológica

Bien entendido, el estudio astrológico debe ser profundo y personal. Es tan ridículo decir como creer, por ejemplo, que un nativo de leo no puede formar una pareja armoniosa con un nativo de piscis porque su signo de fuego no se casa con un signo de agua. Se trata de una apreciación sumaria demasiado general como para ser verdadera en todos los casos particulares. En efecto, el signo zodiacal en el que se encuentra el Sol nel nacimiento no es más que uno de los elementos, y a menudo no el más importante, que permite trazar el retrato astrológico de un ser humano. La posición de los diferentes planetas, sus aspectos, la localización de las casas y principalmente del ascendiente,



pueden contradecir, o exagerar, todas las indicaciones dadas a lo que se llama el signo del nacimiento.

Se puede ser de capricornio y sin embargo estar muy débilmente marcado por las características de ese signo. En ese caso, es ingenuo y peligroso otorgar crédito a lo expuesto, aun cuando se trate de las características pertinentes, sobre las predisposiciones, la psicología, el carácter de los nativos de ese signo, las influencias a las que están sometidos, las previsiones de suerte o de mala suerte que les atañen.

En su informado y apasionado libro *Defensa e ilustración de la astrología*, el excelente astrólogo André Barbault escribe sobre el tema:

Contrariamente a ciertos prejuicios ya establecidos, no hay necesidad de que el nativo de tal o cual mes zodiacal se reconozca en el retrato del signo correspondiente. En efecto, un signo domina y marca a un sujeto cuando se eleva nel horizonte, es decir, cuando está en ascendente. O también cuando está ocupado por varios planetas rápidos. Si estuviese ocupado solamente por el Sol, que especifica el signo, eso no bastaría para caracterizar a un individuo. Además, aun cuando el signo zodiacal esté acusado, no marca necesariamente al individuo en todo su comportamiento. Una persona puede ser, por ejemplo, cáncer con su familia, leo en sus amores, libra en sus asociaciones, capricornio en su vida social, y haber nacido en aries. Vemos entonces de qué manera es falsa esa astrología hecha para el consumo del gran público.

No es entonces en los horóscopos diarios o semanales publicados por la prensa donde se encontrarán los elementos de información suficientes. Si se quiere armar en torno de un niño la red de correspondencias analógicas que refuercen su suerte, hay que conocer su cielo de nacimiento y lo hacer interpretar por un astrólogo competente. No resulta suficiente una aproximación: Es como nada saber, y se corre el riesgo de cometer graves errores, como se fiando del signo zodiacal del nacimiento. Hay que encontrar el tema personal, teniendo en cuenta la fecha, la hora y el lugar de nacimiento. Eso es indispensable.

## Como disponer el decorado

La lectura del tema permitirá en grado sumo saber cuál es el planeta dominante. En función de ese planeta, de sus correspondencias y analogías, es posible armar en forma duradera, alrededor del niño a quien se pretende preparar un destino dichoso, un decorado protector, una red de interferencia que facilitará su natural expansión o desarrollo. André Breton afirmaba con razón que la astrología es la lengua de oro de la analogía, la que permite los más grandes intercambios entre el hombre y la naturaleza, estableciendo entre ellos una red de localizaciones que se corresponden.

Una tradición varias veces milenaria, a la que sería absurdo despreciar, nos revela esas correspondencias analógicas. Cada planeta tiene sus armónicos en todas las circunvoluciones, en todos los reinos del universo. Su influencia se manifestará entonces con más fuerza en un medio donde se reunirán intencionalmente los objetos o los seres que vibran en armonía con ella. También puede se componer un decorado ficticio, un paisaje artificial, donde la gran vedete desempeñará mejor su papel.

Pongamos eso en claro por medio de un ejemplo: Un niño para quien el planeta reinante es Júpiter. Su suerte se vería reforzada si se arma en torno de él un marco nel cual el color dominante sea el azul cielo, el púrpura o el violeta. Los objetos que lo rodearan serían de estaño, tal vez también de platino. Las piedras destinadas a





desempeñar un importante papel serían el diamante y la amatista, el berilo, la turquesa y la calcedonia. Los perfumes preferidos, el alhelí y el almizcle, el estoraque y el benjuí. Los árboles protectores, el roble común y el tilo. Las flores elegidas, la violeta y la anémona. Las plantas armónicas, el aloe, el diente de león, la salvia, la zarzaparrilla, la endivia, el perifollo, la borraja.

No hay que dejar desconcertar por esa enumeración absurda. Nel país de Brocelandia hay que vencer con valor a los símbolos y a las analogías, sin temor al ridículo, si se quiere encontrar al encantador. Ningún detalle debe ser descuidado para que el marco o decorado sea el mejor anzuelo para la suerte.

No hay que olvidar esa referencia: Para ese chico, saber vivir será un don de su uso exclusivo. 3 es su número benéfico: Debe lo preferir en todas las circunstancias de su vida, así como a sus múltiplos. ¡Atención! Júpiter lo predispone a las neumonías, a las pleuresías, a las anginas, a la diabetes, a las enfermedades del hígado.

La salud también es suerte, hay que saber la alentar.

La influencia de Júpiter podrá ser reforzada por múltiples ecos. El niño, sumergido en una armonía completa en la que todas las correspondencias vibran al unísono, obtendrá la renta máxima de su capital de suerte congénita. Cuando lo ataquen fuerzas maléficas, difícilmente los golpes podrán atravesar la red protectora que se construyó en torno.

La construcción de ese marco de suerte alrededor de la cuna de un recién nacido exige de parte de sus padres no solamente mucho amor, sino también muchos cuidados y gran perspicacia. Para lograr exactamente la receta deseada, habrá quizás que se entregar a complicadas mezclas.

Supongamos que un niño nació bajo la influencia dominante de Marte. Se trata de un planeta que puede ser considerado bueno o malo, según que esté exaltado o en curva descendente, en su casa o fuera de ella, según los aspectos armónicos o disonantes que reciba de otros planetas o de las estrellas, según la casa que ocupe, etc. Puede ser útil a veces atemperar su fuego, arrojar una nota dulce en el concierto marcial, para que el niño se vea inclinado a cumplir su destino como cirujano más bien que como gangster o matarife en los mataderos. Entonces se calmará el hierro de Marte con el cobre de Venus. El concierto de correspondencia se recompondrá utilizando juiciosamente los forte y pianissimo necesarios. Sutil cocina en la cual la dosis de ingredientes decidirá el sabor del plato. ¡Pero qué trabajo apasionante el preparar así, con sagacidad y prudencia, el corsé de suerte de un niño, comenzando fundamentalmente eligiendo su leche de acuerdo con las mejores concordancias astrológicas!

No hay obra maestra que pueda producir tanta felicidad a su autor, de antemano. Pues se trata a la vez de crear una obra maestra y cumplir con un esfuerzo supremo, a la vez que de llevar a un ser al máximo de sus posibilidades, le permitiendo se desarrollar en su perfección, distribuyendo a su alrededor, desde el nacimiento, las mejores condiciones para la germinación de su suerte.

Los padres que tengan ese talento y esa paciencia no serán simples progenitores, ciegos vehículos de vida, sino los verdaderos colaboradores de Dios en su obra maestra como creador.

## Una ecología mas sutil

Para levantar el decorado de la suerte alrededor de uno, no hay que se conformar con utilizar la gama de correspondencias astrológicas. Hay que verificar también, en la propia casa y alrededor de uno mismo, más bien que en uno mismo, si no existe un centro fluídico o vibratorio susceptible de contrariar la acción de la suerte. En ese entorno especial, cada detalle cuenta: Una planta, un adorno, un símbolo, un gusto



culinario, una moda, ¿cómo se puede saber? Todo puede se imaginar en función de una ecología mucho más sutil que la que enseñan los profesores de ciencia humana.

En nuestro universo donde todo vibra, ¡hasta el núcleo del átomo!, es bueno estar de acuerdo en perfecta armonía no solamente con los seres vivos que nos rodean, sino también con los objetos (a los que se cree inanimados y que son tan a menudo poderosamente irradiadores), los adornos, las joyas, los metales, las plantas, los relieves y las formas, los muebles y las estatuas, absolutamente todo lo que compone el decorado y el entorno en el que nos movemos. Hay también vibraciones emitidas por los colores, los sonidos, los perfumes, y que son para cada uno de nosotros, de acuerdo con nuestro temperamento, una agresión o un elemento confortante.

Nadie, salvo algunos animales insensibles, negará la influencia del entorno sobre la salud y la felicidad del individuo. Añado: Sobre su suerte, y es aquí donde comienzan las dificultades, cuando se trata de armar un decorado benéfico, de elegir los accesorios de la vida cotidiana en función de su utilidad *mágica*. ¿Cómo saber el símbolo que conviene, el color, el perfume, la planta, el metal, la forma, cuántas otras cosas, cuya presencia reforzará las posibilidades de felicidad y contribuirá a alejar riesgo de desgracia?

Los escrupulosos, los que quieren componer a su alrededor un decorado benéfico perfecto, y no llevar encima más que accesorios de tocador o adornos con los cuáles estén sintonizados sin duda posible, se interesan en conseguir los servicios de un ocultista, quien puede elegir competentemente los elementos activos de su suerte y eliminar influencia negativa o nociva. (En los hechos, una protección como ésa y una red de lazos de suerte, fue a veces construida, desde la cuna, alrededor de algunos hijos de reyes, pero tengo que reconocer que eso no impidió, por ejemplo, que se cumpliera el trágico destino de los tres hijos de Catalina de Médicis).

Esa fórmula recuerda un poco a lo que puede ser la asepsia perfecta en materia de higiene. Se termina eliminando a los buenos microbios junto con los malos. Las condiciones ideales de suerte obtenidas en laboratorio, con un rigor sistemático, paralizan las reacciones del individuo que debe normalmente se defender por sus propias fuerzas contra los asaltos de la mala suerte. Esta es la razón por la cual puede llegar a se conformar en ayudar a la suerte más bien que querer la crear en su totalidad. Una tendencia favorable se diseña entonces y contribuirá a inclinar la curva del destino, sin la contrariar.

Para conseguir ese resultado, limitado pero seguro, las correspondencias astrológicas bastan. Basta conocer el signo zodiacal en el que se nació, y, si es posible, el planeta dominante de su tema y el ascendiente, para estar en condición de elegir algunos elementos benéficos importantes del decorado de la suerte. Es por esa razón que reproduzco el cuadro sumario que indica, de acuerdo con la tradición esotérica más constante, las correspondencias zodiacales y planetarias. Cada uno podrá elegir así los elementos que más le convengan, de modo general, y no, es cierto, individualmente personalizados, a su destino astrológico y a la realización de su dicha.

Nel encabalgamiento de influencias y de fuerzas invisibles que actúan sobre el ser vivo, que condicionan su desarrollo más o menos dichoso, las analogías son preciosas guías, hasta indispensables, para se reconocer y se conducir. Hay que las tener en cuenta con cuidado, aprender a las interpretar, a se inspirar en ellas para decidir. **Los colores, los perfumes y los sonidos se corresponden**, dijo Baudelaire en un poema célebre. No hay que ignorar esas correspondencias si se quiere proseguir viaje aquí abajo en la mejor condición posible. El tren de la suerte sale siempre a la hora justa. Para saber su horario, el mejor indicador, puesto a disposición de todos los viajeros, es el de las correspondencias astrológicas.



<b>Signo</b>	<b>Color</b>	<b>Piedra</b>	<b>Perfume</b>	<b>Metal</b>
Aries (Marte)	Rojo	Amatista	Clavel	Hierro Acero
		Rubí	Áloe	
		Granate	Helecho	
		Cornalina	Primavera	
		Topacio	Heno cortado	
Tauro (Venus)	Verde oscuro	Ágata	Verbena	Cobre
		Esmeralda	Mugué	
		Zafiro claro	Lila	
		Perla	Lis	
Geminis (Mercurio)	Azul claro	Berilo	Toronjil	Aleación de plata y mercurio
		Jaspe	Verbena	
		Ojo de gato	Lavanda	
			Mumugué	
			Canela	
Cáncer (Luna)	Blanco Irisados Verde pálido Gris plata	Esmeralda	Iris	Plata
		Ópalo	Mugué	
		Piedra lunar	Mirra	
		Agua marina	Primavera	
Leo (Sol)	Amarillo dorado Naranja	Rubí	Lavanda	Oro
		Diamante	Heliotropo	
		Crisolita	Rosa	
		Ámbar		
	Gris	Jaspe	Jazmín	



Virgo (Mercurio)	Azul Azul claro	Coral sardónica Marcasita	Jacinto Lavanda	Platino
Libra (Venus)	Rosa Naranja Azul Verde claro	Diamante Zafiro claro Lapislázuli	Rosa Violeta Lis Azafrán Mirra	Oro verde o Cobre
Escorpio (Plutón)	Rojo Granate	Cornalina Topacio Diamante Rubí	Brezo Flor de espino Reseda	Radio e Hierro
Sagitario (Júpiter)	Violeta Azul Púrpura	Carbunclo Granate Turquesa Zafiro Diamante	Alelí Seringa Violeta Almizcle	Estaño
Capricornio (Saturno)	Marrón profundo Negro	Ónix Calcedonia Jade Coral negro	Mirra Incienso Benjuí Madreselva	Plomo
Acuario (Urano)	Gris oscuro Rojo violáceo Negro	Zafiro Perla negra Cornalina	Brezo Romero Mimosa Mirto	Aluminio y uranio



-----	-----	-----	-----	-----
	Azul	Coral	Alelí	
Piscis	marino	Crisolito	Eucalipto	Radio y
(Neptuno)	Azul real		Tomillo	estaño
			Esparcilla	

## El conejillo de la suerte

Para aplicar los principios y los métodos que acabo de exponer sumariamente, un grupo investigador trató de realizar la más extraordinaria experiencia de todos los tiempos.

Con el consentimiento y la colaboración de los padres, un bebé fue confiado, desde su primer vagido, a dos astrólogos y a un *ingeniero en suerte*. Luego de estudiar el tema de su nacimiento, se tomaron todas las medidas necesarias para lo poner en armonía ideal con las influencias benéficas que el cielo le otorga, y lo proteger del modo más eficazmente posible contra las malas influencias.

Su horóscopo, hay que decir, no ofrece perspectiva particularmente brillante. Sus dones innatos nada tienen de excepcional, sus capacidades son banales. Su padre y madre son pequeños funcionarios, de fortuna muy mediocre y de cultura primaria. Tiene, nel punto de partida de su vida, las mismas oportunidades y los mismos obstáculos que millones de niños franceses.

Su originalidad es que será beneficiario de todos los cuidados, de toda la ayuda y toda la protección de los que se rodea al sujeto de una experiencia única en su género. Será el conejillo de la suerte. En cerca de 20 años, al constatar los resultados obtenidos, se sabrá si verdaderamente es posible mejorar el destino de un ser humano le haciendo observar estrictamente las leyes de la suerte.

## Los espías del porvenir

Una vez sólidamente erigido el decorado de las correspondencias analógicas alrededor del niño, no concluye el útil papel de la astrología: Puede, todavía, nos proporcionar un mapa de ruta para el viaje de la vida, trazando de antemano el itinerario de la suerte.

Hombre prevenido vale por dos, dice la sabiduría popular. Gracias a la astrología, podemos conocer de antemano los períodos en los cuales nuestros deseos podrán se cumplir fácilmente, y nuestro esfuerzo coronado por el éxito. Sabremos los días en que obstáculos y retrocesos frenarán nuestras iniciativas, en los cuales seremos más vulnerables a la enfermedad, donde nuestro desarrollo se verá contrariado. ¿No es un gran triunfo, en la peligrosa partida que jugamos, desde el nacimiento a la muerte, el estar advertido de los momentos propicios cuando debemos llevar a cabo nuestra ofensiva, y aquellos en los cuales es preferible ser pasivo, permaneciendo en una prudente reserva?

No confundamos los consejos acerca de la conducta a seguir dados por los astros, con la revelación del porvenir. Las premoniciones son una realidad. Ciertos seres privilegiados ven acontecimientos futuros, tienen imágenes anticipadas de la realidad: Son los espías del porvenir. Pero la astrología nada tiene de comparable con la precognición. Es una especie de meteoro infalible que anuncia que va a llover tal día. Pero si uno no sale en ese día, no se mojará. Mientras que la vidente nos ve bajo la lluvia. Es por eso que, a pesar de la advertencia de la meteorología, decidimos salir en



ese día.

El problema fundamental consiste en saber si en ese día, somos verdaderamente libres de salir o de nos quedar bajo reparo.

Nos creemos libres, efectivamente lo somos. Pero a los ojos de Dios, a los ojos de aquel que ve al mismo tiempo el pasado, el presente y el futuro, no hay elección ni un destino a venir. Todas las decisiones fueron tomadas, todos los sucesos llegaron, todos los gestos fueron hechos.

Eso es lo que convierte en algo tan asombroso e inquietante el don de la videncia.

Para ilustrar mi propósito, recordaré el trágico fin del célebre novelista canadiense Luis Hemon. El autor de *María Chapdelaine* era obrero agrícola en una granja de Quebec, cuando decidió ir a buscar fortuna nel Gran Norte. Antes de partir, una india que decía la buena ventura le aconsejó abandonar su proyecto:

— Cuidado. Si fueres serás víctima de un accidente de ferrocarril.

Luis Hemon rió de la predicción. Le pareció especialmente estúpida, ya que los trenes en aquella época eran todavía raros en Canadá y, además por economía, decidiera viajar a pie.

Ocho días más tarde, sobre su camino hacia el Gran Norte, cuando atravesaba una vía férrea, fue aplastado por un tren al cual no oyó venir. El más improbable de los accidentes ocurrió tal cual previera la vidente.

Es de acuerdo con eso que podemos decir: Nadie escapa a su destino. Pero no es una razón para ser fatalista.

## La libertad desconcierta

Los astrólogos a menudo se ven desconcertados al constatar que las previsiones mejor estudiadas, a menudo son desmentidas por los acontecimientos.

En realidad, no están equivocados. Previeron correctamente lo que se produciría. Pero el engranaje de las necesidades nunca es lo bastante fuerte para contrariar a un hombre hecho a la imagen de Dios. A la altura del alma, las leyes físicas pueden ser transgredidas. Estamos bajo la jurisdicción solamente de las leyes de la suerte, a las cuales, por cierto, no se contraviene impunemente, pero al menos somos libres de las combatir, mientras que las leyes del ser son inviolables. El agua siempre correrá a lo largo de la pendiente más pronunciada, mientras que el hombre es capaz de remontar a su origen. Comprende que puede. En los hechos en eso no hay milagro, ya que el alma actúa según su voluntad, en total libertad. Ignora, desprecia todo lo que contradicen las otras realidades: El tiempo, el espacio, el frío, el calor, el peso, la liviandad, la lógica y la memoria.

Cuanto más alma tiene un hombre más libre es, y más imprevisible es su elección. El porvenir de un animal carece de misterio. Se puede prever cómo reaccionará según las excitaciones y las circunstancias, a qué camino se dirigirá para obedecer a su necesidad interior: Nunca contradecirá las fuerzas que inclinan y condicionan su destino.

Al contrario de eso, un ser evolucionado, más diferenciado, más elevado en la escala humana, difícilmente sufrirá con total pasividad las influencias de su herencia, de su educación, de su medio, y hasta de sus astros. Cada vez que llegue, siguiendo el camino de su destino, a una encrucijada de su libertad, elegirá un camino que no será siempre aquél al cual lo empuja la fatalidad. Es decir, el haz de fuerzas que dirigen el universo entero, desde las galaxias hasta los microbios, salvo el hombre.

Nos pongamos de acuerdo sobre la expresión *encrucijada de libertad*.

Al estudiar las influencias astrales que se ejercen sobre un hombre en un momento dado, razonablemente podemos prever su porvenir. El equilibrio de suerte y mala suerte puede ser calculado con una precisión bastante buena. Pero esas previsiones se



realizarán solamente si el sujeto cede a las influencias que lo inclinan. En la encrucijada de libertad donde se encuentre, si elige el camino hacia el cual lo empuja su fatalidad interior, los acontecimientos se desarrollarán entonces de acuerdo con la rigurosa exactitud de la profecía. Pero si se compromete, por bravuconería, por capricho o por espíritu de contradicción, en cualquiera de las otras vías que se le ofrecen en esa encrucijada, entonces ese acontecimiento no confirmará las previsiones. El astrólogo pasará por charlatán o mentiroso.

## Hacer mentir al destino

Esa posibilidad de elegir, en cada encrucijada de su libertad, es la señal de la eminente dignidad del hombre en la creación. Es maravilloso poder hacer mentir al destino. También es muy peligroso, pues ciertamente es más seguro, más de acuerdo con uno, dejar hacer a la naturaleza, ceder a la fuerza de las cosas. Se necesita cierta dosis de heroísmo para se encabritar contra las órdenes de la fatalidad. En todo caso, es reconfortante saber que se puede.

Lo que ambiciono es, justamente, convencer al lector de que en cada una de esas encrucijadas de la libertad que encontramos frecuentemente a lo largo del camino de la existencia, podemos preferir el camino de la suerte, aunque todas las fuerzas desconocidas de las cuales el hombre es el campo, venidas de los cuatro puntos cardinales, y de lo alto como de lo bajo, lo empujen hacia el de la mala suerte.

Tan pronto es bueno ceder, como puede resultar mejor resistir y se oponer. A veces será necesario tener el coraje de nadar contra la corriente, de enfrentar al destino. A veces sólo habrá que se dejar deslizar blandamente río abajo. Pero en cada caso hay que saber elegir con lucidez. Ser conscientes de nuestras oportunidades, aprender a las tomar. No somos corderos al matadero. Solamente los animales están absolutamente determinados en su devenir. La menor lucidez de conciencia, un resplandor del alma, permiten ya se rebelar, rectificar el destino. En cada encrucijada de libertad debemos ser clarividentes, nos informar, para elegir el mejor de los caminos con conocimiento de causa.

## La divina analogía

Los espíritus científicos no admiten que la astrología sea un medio de conocimiento. Afirman que los planetas del sistema solar no pueden tener, por irradiación, influencia nel temperamento, en la morfología, en la psicología ni nel destino del hombre. Tienen razón: No hay relación de causa y efecto entre la posición de los planetas en el zodiaco y el comportamiento de un ser humano en la Tierra.

La astrología está basada sobre la simbología y la analogía. Expresa relaciones que se muestran significativas y justas, si preferimos, a la ciencia experimental moderna, medios de investigación y de conocimiento menos racionales.

Desconfío de las referencias abusivas extraídas de autores a menudo legendarios y que nadie leyó. Sin embargo, toda la trayectoria de nuestro pensamiento se modificará si nuestro espíritu, un día, se ve bruscamente iluminado por esa verdad no demostrada pero evidente, que se atribuye a Hermes Trismegisto, el dios mestizo greco-egipcio: Todas las partes del gran mundo están sometidas a las mismas leyes. Funcionan de manera semejante y su conocimiento se ve facilitado por medio de la divina analogía, ley universal que rige todos los seres. Lo que está arriba y lo que está abajo. Lo inferior es semejante a lo superior. El que conoce una parte del macrocosmo, conoce entonces por analogía todas sus partes.

El hombre, ese microcosmos, es entonces un diminutivo del gran mundo. El cinturón



zodiacal se enrosca alrededor de su cuerpo, marcando con sus doce signos los principales órganos. La mano misma es un pequeño microcosmo en el microcosmo, y no es asombroso que se pueda leer el porvenir en sus líneas, como dicen las escrituras: *Longitude dierum in dextera ejus, et in sinistra illius divitiae et gloria.*

En todas las direcciones, esa verdad exuberante encuentra sorprendentes verificaciones: Los pitagóricos descubrieron las relaciones entre los intervalos musicales y el curso de los astros. En su *Metoposcopia*, publicada en latín en 1658, Jerónimo Cardan localizó e interpretó las siete arrugas principales y teóricas de la frente, que, de abajo hacia arriba, pertenecen a la Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Saturno. Actualmente, los sabios modernos constatan que la composición del átomo es análoga a la del sistema solar y que el movimiento de los electrones alrededor del núcleo reproduce la gravitación de los planetas alrededor del Sol.

Después de la lección de orgullo, la lección de humildad. El hombre no puede separar su destino individual del devenir cósmico por entero. Hay que reubicar lo, invisible e impotente, en ese inmenso conjunto.

Pero para ese efímero ridículo, minúsculo y desarmado, no hay azar ni fatalidad: Un golpe de voluntad le permite en cualquier momento abandonar un círculo analógico por otro y utilizar a la suerte como la vela al viento, cualquiera sea la dirección en que sople.





# La suerte de nacer

La muerte es una vida vivida

La vida es una muerte que viene

Jorge Luis Borges

**L**os pesimistas dirán que nacer no es una suerte sino una desgracia: El comienzo de una prueba, de la más extravagante y temible carrera que se pueda imaginar puesto que, por se desarrollar en la eternidad, no tiene comienzo ni fin. Los optimistas, al contrario, afirmarán que el nacimiento es el comienzo de la más maravillosa y exaltadora aventura que sea posible soñar, puesto que en los hechos ese nuevo ser que viene al mundo merecerá su eterno porvenir por sus obras y su esfuerzo.

Pero mi propósito no es filosofar sobre el tema. Mi objetivo es mucho más vulgar y de orden práctico más que teórico.

Nos interesan enormemente, en esta época de súper-población, todos los procedimientos capaces de disminuir el número de nacimiento en nuestro planeta rebosante de vida y que muy pronto no podrá alimentar los millares de hombres que pululan nél.

Desde la amigable persuasión hasta la esterilización obligatoria, la gama de medios empleados o desarrollados por los gobiernos o las asociaciones familiares es inmensa. Pero (fuera de la abstención, la castidad voluntaria y el método Ogino),<sup>1</sup> todos los procedimientos conocidos son antinaturales: Contrarían la naturaleza, son una violencia o una agresión. Es justamente, además, en lo que pueden ser esencialmente malos en su naturaleza o consecuencia, donde mide su eficacia esterilizante.

Ahora bien, he que la astrología será utilizada para la regulación de los nacimientos. La suerte de nacer depende, tal vez, más de la posición de los planetas en el horóscopo de los padres y ¡no está lejos el momento en que los especialistas en planificación familiar deban ser competentes astrólogos!

Antes de sonreír con escepticismo, esperemos a conocer los resultados de las verificaciones que se están realizando en Inglaterra y en Checoslovaquia, por medio de encuestadores médicos. Las bases de esas investigaciones, aun si no dieran los resultados descontados, son bastante sólidas para sostener una esperanza y nos hacer soñar.

## Procrear nel periodo de luna creciente

Los antiguos astrólogos, desde que la ciencia astrológica existe (o sea, verosíblemente desde los fabulosos Atlantes) siempre afirmaron categóricamente que la fertilidad estaba relacionada al crecimiento y la declinación de la Luna. Se trata de una verdad que la ciencia experimental moderna confirmó para plantas y animales.

Por un razonamiento analógico sensato somos llevados a pensar que los fenómenos de reproducción en los hombres están sometidos también más o menos fuertemente a la influencia de la Luna. Ya que es bueno, según admiten los ingenieros agrónomos, sembrar, plantar, trasplantar, abonar, cortar, es decir, hacer todas las operaciones que tienen como finalidad provocar nacimiento, multiplicación, regeneración de la célula vegetal, en período de luna ascendente, ¿por qué los seres humanos no elegirían también ese período favorable para procrear? El campesino, que sabe que es mejor

---

<sup>1</sup> *Método ogino*: También conocido como método del ritmo o método del calendario, el método ogino-knaus (nombre dado debido a Hermann Knaus y Kyusaku Ogino) es un método natural de control de natalidad. Nota del digitalizador



*llevar la vaca al toro* antes que sea la luna llena, ¿porqué no preferiría hacer sus propios niños de acuerdo con el calendario?

Ciertamente, la genética es capaz, nel laboratorio, de intervenir para decidir el sexo del individuo que nacerá de un germen. Pero experiencias de esa clase no se llevan a cabo en los hombres. Hay que conformarse entonces con las viejas recetas tradicionales que todo el mundo conoce y que no es necesario recordar aquí.

Personalmente, comparto la opinión de algunos viejos maestros ocultistas: El sexo del niño se decide, nel momento de la concepción, por la onda astral y el ritmo vibratorio de base de cada uno de los padres. Si, por la extensión de esa onda personal y por la intensidad de su ritmo vibratorio, el padre es superior a la madre, nacerá una niña. En caso contrario nacerá un niño. En consecuencia, si quieres tener una niña, haz de modo que nel día elegido para la engendrar, sea el marido quien tenga la onda astral personal más larga y el ritmo vibratorio de base más intenso. Dicho de otro modo: Es deseable que la esposa esté en ligero estado de inferioridad, tiernamente depresiva, si se puede decir así.

## Los astros condicionan la esterilidad

Volvamos ahora a asuntos más serios.

Es a partir de la afirmación de los antiguos astrólogos sobre la relación entre la fertilidad y las fases lunares, que psiquiatras y ginecólogos checoslovacos fueron los primeros en tener la idea de investigar si era posible, en un nivel científico, la utilización de ese principio para la regulación de los nacimientos. En 1968 fundaron un centro astral de planificación familiar y comenzaron a investigar.

El trabajo de ese equipo investigador estaba dirigido por doctor Eugen Jonaz. Los primeros resultados fueron bastante alentadores. Paradójicamente, sin embargo, en lugar de relacionar los casos mostrando la eficacia esterilizadora del método, las primeras experiencias probaron, al contrario, cómo, por medio de la aplicación de esa teoría astral, las mujeres estériles hasta ese momento se volvieron fértiles. Doctor Jonaz declaró que siguiendo ese método, es decir, concibiendo nel período astrológicamente aconsejado, las mujeres que anteriormente abortaron dieron a la luz en términos de modo normal. Añadió, en sus comunicaciones sobre las observaciones hechas en su servicio de ginecología, que pudo, gracias a ese sistema de concepción, permitir a los padres la elección anticipada del sexo de sus futuros hijos.

Esas declaraciones fueron recogidas con curiosidad y escepticismo por el medio médico inglés. En cuanto a los astrólogos de allende el canal de la Mancha, estimaron ser necesario verificar las afirmaciones del médico checoslovaco. Se creó entonces un equipo encuestador, compuesto de médicos y de astrólogos, para investigar acerca de la real posibilidad de establecer un control válido de los nacimientos basando en los datos astrológicos.

La teoría, que se trata de demostrar experimentalmente, pretende que una mujer es fértil solamente cuando la Luna forma con el Sol exactamente el mismo ángulo que el que existe nel momento de su nacimiento, es decir, cuando la posición de los dos astros es la misma que nel cielo natal de la interesada.

Doctor Roger Elliot, director de la comisión británica de esa encuesta, quiere fundar sus apreciaciones sobre estadística precisa. Así pidió a todas las madres de familia escribir, dando su fecha y hora de nacimiento exactas, la fecha de nacimiento y sexo de sus hijos, y la fecha en la cual fueron concebidos.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Si alguna de mis lectoras está dispuesta a brindar amable colaboración a esta encuesta, he la dirección adonde enviar los datos: Roger Elliot, Asociación Astrológica, 29 Roland Gardens, Londres SW 7





# Los dioses sin rostro

Espejo roto, sal derramada o pan caído, ojalá  
puedan esos dioses sin rostro me preservar  
siempre

Guillermo Apolinario

**D**esde el fondo de la noche de los tiempos, desde que hay sobre la Tierra seres humanos, esas criaturas razonables tuvieron una conciencia más o menos clara de que su supervivencia física, felicidad o realización dependían de ciertas fuerzas invisibles que era indispensable conciliar.

Para llegar a eso los hombres inventaron, o más bien trataron de poner a punto empíricamente, en una parte, algunos medios de se defender contra las influencias maléficas cuya agresión sufren, y, en otra parte, algunos elementos de seducción para atraer hacia sí las corrientes benéficas sin las cuales ninguna realización, ningún verdadero logro son posibles.

Neutralizar la mala suerte, se apropiarse de la suerte, fue, en todas las épocas y en todos los países, la preocupación dominante de los pueblos, tanto los más salvajes cuanto los más civilizados.

Este es el origen y la razón de ser de las prácticas supersticiosas que se transmiten de generación a generación

La superstición es el medio grosero del cual se vale una ambición noble. El objetivo es amansar las fuerzas misteriosas cuya influencia es sentida por todos los hombres, aunque escapen totalmente al control de la razón, ya que deciden al fin de cuentas el curso de los acontecimientos, los destinos individuales y la marcha del mundo.

Esas fuerzas no están sometidas a ley que pueda ser justificada por el razonamiento. No entran en el engranaje de las necesidades naturales ni de las relaciones de causa y efecto que conocemos. Se ignora su origen, dirección, los límites de campo de acción. Su intensidad es incierta, las manifestaciones varían de acuerdo con el momento y la circunstancia. No son intrínsecamente malas ni buenas y no tienen valor ni significación moral. Simplemente son, existen, y su eficacia puede, con justicia, nos asustar.

Entonces nada hay de asombroso en el hecho de que el primer cuidado del hombre fue se poner de acuerdo con ese poder desconocido, lo halagar, lo volver inofensivo y, si posible, lo domesticar para lo utilizar en su provecho.

Esa noble ambición tiene su medio sublime que es la religión, su medio racional que es la ciencia, y su medio pragmático que es la superstición.

Los alcances de la religión son ilimitados: Dispara a ciegas, hasta el otro mundo, hasta la eternidad. El alcance de la ciencia es limitado y preciso: Dispara sobre objetivos próximos y puede verificar, después de cada tiro, si el blanco fue alcanzado. El alcance de la superstición es más extendido e impreciso: Dispara sobre todo lo que se mueve en el horizonte más lejano, pero sin la certeza de saber qué presa alcanzó.

Estos tres cazadores tienen la misma ambición pero mentalidad diferente. El primero es optimista y exaltado, el segundo es prudente y metódico, el tercero es miedoso y crédulo.

Lo científico a veces es religioso pero difícilmente supersticioso. Lo supersticioso es casi siempre religioso, y recíprocamente. Pero las proporciones de la mezcla son variables.

En resumen: Hay dos categorías de seres humanos: En una parte, los que están acantonados en las apariencias, en la realidad cognoscible por medio de la experiencia o de la razón. En otra parte, los aventureros de lo desconocido, siempre buscando un sexto continente.



Por temperamento alguien se coloca en uno u otro campo. Se adoptan las disciplinas, los medios de se defender y de conocer. En todos los casos, nel fondo de cada alma humana está el espanto que inspira un universo del cual la inteligencia (*esa pequeña cosa en la superficie de nosotros mismos*, como decía Barrés) solo puede comprender una ínfima parte. Perdidos en la noche espiritual que nos aplasta, engañados sin cesar por las apariencias, es muy natural que busquemos ansiosamente alrededor de nosotros algunos puntos de referencia, signos, alusiones, anclas, protección, medios de evitar el conflicto con las fuerzas salvajes y el desenganche de la mala suerte.

Un niño que canta en la oscuridad para se dar valor no debe ser ridiculizado. Del mismo modo, no tenemos derecho a burlar de los supersticiosos.

## Se reconciliar con los dioses

En la antigüedad greco-latina no había diferencia entre religión y superstición. La palabra es la misma: *Religio*. Se trataba de conciliar los dioses con las fuerzas de la naturaleza por medio de prácticas supersticiosas.

En todas las circunstancias de la vida familiar, social, política, la tiránica superstición inspiraba los actos de los ciudadanos.

El poeta filósofo Lucrecio, en nombre de la razón, se rebela contra esa opresión. Denuncia la superstición (o la religión) como responsable de acciones impías o criminales cometidas por los seres humanos:

*Religio peperit scelerosa atque impia facta*<sup>3</sup>

Cita como ejemplo a la desdichada Ifigenia inmolada por su padre para obtener un viento favorable antes de partir la flota griega. El célebre verso con el cual termina su imprecación se convirtió en la contraseña de todos los racionalistas que condenan a la superstición:

*Tantum religio potuit suadere malorum*<sup>4</sup>

La religión cristiana trató de se liberar de las supersticiones paganas. En realidad se acomodó a ellas, las asimilando. Ya se trate de liturgia, de sacramentos, o de rito particular, encontramos nel catolicismo, bajo distintas formas, la mayor parte de las antiguas prácticas supersticiosas.<sup>5</sup>

El creyente o escéptico, ateo, pagano, animista, cristiano, mahometano, budista, hinduista, positivista, existencialista, todo el mundo, sin excepción, está siempre obsesionado por la necesidad de se conciliar con las fuerzas benéficas y se proteger contra las fuerzas maléficas, ya que la resultante de ambas rige el mundo.

¿Es la superstición un medio eficaz para llegar a eso? He el problema.

Es fácil responder se encogiendo los hombros, pero no es una actitud razonable. Los espíritus fuertes son apenas espíritus groseros. Es absurdo pretender que nada existe a más lo que es percibido por los sentidos, afirmar que la demostración matemática y la ciencia experimental son los únicos medios de aprehender la realidad.

Pero las prácticas supersticiosas nos parecen sin valor, equivocadas, ridículas. Nada las justifica ni las explica. En consecuencia, deberían ser rechazadas por todo espíritu racional y serio.

Sin embargo, poseen eficacia relativa. ¿Entonces. Es la superstición una solución? Las leyes de la suerte existen, aunque no sean conocidas completamente, ni codificadas.

<sup>3</sup> *Religio peperit scelerosa atque impia facta*: La religión parió empresas pérfidas e impías. Nota del digitalizador

<sup>4</sup> *Tantum religio potuit suadere malorum*: El cúmulo del mal son hombres dirigidos por la religión. Nota del digitalizador

<sup>5</sup> Superstición es la religión ajena. Nota del digitalizador



En todo caso, se supone que nadie las ignora, y cualquiera que las infrinja será castigado. Es por esa razón que pienso que es prudente observar algunas reglas de la superstición.

Seguramente, habrá que elegir las. Mi primer consejo es que se distinga entre las supersticiones: Algunas tienen un valor absoluto, son buenas para todo el mundo. Otras no tienen más que una eficacia relativa, en función del individuo que las practica.

Me explico: Tomemos el ejemplo del color verde, del cual desconfían los supersticiosos, pues tiene fama de traer mala suerte. Eso es absurdo para cualquiera que nació bajo un signo venusino y recibe una poderosa influencia de Venus, o más simplemente, para aquel cuyo color fundamental, como vibración, sea el verde: En ese caso, al contrario, el color verde será beneficioso.

Es, entonces, necesario, saludable, saber adaptar a la propia personalidad las supersticiones que la moda, el snobismo, la tradición o la pusilanimidad incitan a practicar. Lo que es bueno para uno no es bueno para otro. Nel arsenal inmenso donde el supersticioso puede elegir las armas defensivas u ofensivas, propuestas para se proteger o para conquistar, cada uno debe realizar una juiciosa elección. Por experiencia o por intuición, tratará de decidir el valor benéfico o maléfico de los signos, de las consignas, de las cifras, de las figuras, de los gestos, de las prohibiciones o de las obligaciones. En esa elección tendrá que ser clarividente y suspicaz. Sobre todo evitar se dejar esclavizar por la superstición.

La credulidad es una debilidad del espíritu. La manía supersticiosa es una estupidez y a veces una enfermedad. Conocí personas que se envenenan la vida a causa de una observancia obsesiva de innumerables reglas de conducta ridículas, a causa del respeto por tabúes injustificados. Esos coleccionistas de supersticiones se martirizan. En cuanto oyen hablar de una práctica nueva para conjurar la mala suerte, la adoptan sin discernimiento. Viven nel perpetuo pavor de desafiar una prohibición o de descuidar una obligación.

Recuerdo, por ejemplo, que el poeta Jean Cocteau sufrió de esa enfermedad durante muchos meses de su vida. No abría una puerta sin antes se asegurar de que la palma de su mano tocara completamente el picaporte. En la calle evitaba pisar las rayas que separan las baldosas y caminaba en la vereda como si jugase a la rayuela. Un sombrero arrojado sobre la cama desencadenaba una crisis de angustia. Un pan dado vuelta, un salero volcado bastaban para le arruinar el día. La vida se le volvió imposible.

Nel comienzo se trataba, por cierto, de un juego o de una búsqueda poética. Pero pronto la obsesión se apoderó de sí. Para sanar tuvo que sufrir una cura de desintoxicación, como nel caso de una droga.

Solamente ese ejemplo bastaría para recomendar prudencia al abordar el tema de la superstición. Me cuidaría bien de realizar un inventario de las prácticas supersticiosas que se usan en los diferentes países. Eso sería querer contar los granos de arena del desierto. Temería, también, que un lector escrupuloso quiera adoptar un número muy grande para su uso y se encontrara finalmente paralizado por el pavor.

Hay que seguir siendo un hombre libre. Lo que no quiere decir que haya que despreciar las precauciones. Se puede ser un hombre libre y sin embargo tomar un paraguas antes de salir si la meteorología previó que lloverá. Se puede ser un hombre libre y no olvidar de se poner la más linda de sus corbatas cuando uno se viste para una cita galante. Por la misma razón, la práctica de algunas supersticiones no será una sujeción tiránica, sino una precaución benefactora o una ayuda poderosa en algunas circunstancias de la vida. Es capaz de crear un estado de receptividad, una especie de estado de gracia original, que permite captar mejor el menor reflejo de la suerte más fugitiva.



## Las trampas para la suerte

Es cierto que existen las trampas para la suerte, que es posible construir, montar el mecanismo y hacer funcionar de manera satisfactoria. Pero corresponde a cada uno de nosotros individualmente aplicar las supersticiones convenientes luego de verificar por nuestra cuenta la eficacia, siempre evitando se volver esclavo de esas prácticas, por espíritu de imitación o debilidad.

Antes de nos someter es necesario verificar si la superstición que nos atrae nos concierne personalmente.

¿Cómo verificar? Solo hay dos métodos: El uno, a priori, se fiando de una intuición más fuerte que todas las razones. La otra, a posteriori, por la experiencia.

De acuerdo con la definición del Petit Larousse, la superstición es una desviación del sentimiento religioso por la cual uno se ve llevado a se crear falsas obligaciones, a temer cosas que no deben ser temidas o a poner confianza en otras vanas.

Cuando se está convencido, por experiencia, de que esas *obligaciones* no son siempre falsas, que el temor o la confianza a menudo están justificados, no podemos nos contentar con la definición del diccionario. Creemos más honesto extender la acepción del término y le quitar todo matiz peyorativo. La superstición puede ser entonces definida como un sentimiento para-religioso que empuja a se crear obligación, a observar ciertas reglas, a cumplir ciertos gestos, a pronunciar ciertas palabras o, al contrario, a poner la confianza en algunas otras, para atraer la suerte o alejar la mala suerte.

La dificultad comienza cuando se pretende determinar, entre las innumerables prácticas supersticiosas en uso, cuáles son ociosas, vanas, ridículas, y conviene las desechar, y cuáles eficaces, realmente operativas, y es útil o prudente observar.

Para escribir una verdadera *Defensa e ilustración de la superstición*, sería necesario examinar cada práctica, se apoyando sobre ejemplos vividos. Un trabajo así sólo podría ser realizado por un equipo numeroso dedicado a esa búsqueda durante decenas de años.

Mi propósito es más modesto. Me propongo despertar la curiosidad del lector, lo incitar a hacer el esfuerzo personal que le revelará en qué medida y bajo qué forma debe hacer acto de superstición. Es él quien decidirá si no debe encender tres cigarrillos con el fuego del mismo fósforo, si es un riesgo pasar bajo una escalera doble, si se atreve a silbar en la noche, etc. En resumen, si debe respetar todas las consignas más o menos absurdas de la superstición tradicional.

La tradición tiene sus razones que la razón no conoce. Las supersticiones no fueron inventadas por un juego sin sentido. Fueron impuestas poco a poco por la fuerza de las cosas. Son el residuo de millones de experiencias y de muy antiguas nociones aplicadas a encontrar el camino menos peligroso para avanzar en la jungla de las apariencias. Tampoco hay que las despreciar por principio. Pero no se debe las adoptar sin discernimiento y las considerar a todas igualmente valiosas. En ese arsenal inmenso, cada uno puede elegir las armas que son las mejores en su mano y las más útiles para se defender o para atacar. Para algo así, hay que ser clarividente y suspicaz. No nos impongamos obligación antes de saber, por experiencia o por intuición, si es verdaderamente necesaria para nuestra seguridad y para nuestro progreso. Es la regla de oro en esa materia, pues la superstición es un asunto personal o subjetivo.

Sin embargo, hay ciertas prácticas largamente experimentadas, reglas de conducta, comportamientos, ceremonias, palabras, cuya eficacia es real e igual para todos. Se trata del *vade mecum* de la superstición que es útil conocer. Al delinear ese repertorio, no tengo la pretensión de ser exhaustivo. Al menos todas las recetas citadas son de una eficacia garantida y tienen un valor universal. Son botes de salvataje puestos a la



disposición de los náufragos de la suerte.

## Luna en cuarto creciente

Para obtener éxito en una empresa, cualquiera que sea, hay que tener la precaución de la emprender en el período de luna en cuarto creciente.

La influencia lunar en nuestros asuntos terrenos no hay que probar aquí. Los jardineros, los arboricultores, los agricultores en general, tienen en cuenta las fases lunares en sus plantaciones, sembrados, injertos, para el corte, el trasplante, la tala. Los criadores, para la alimentación o la reproducción de los animales, la esquila, los cuidados de cualquier naturaleza, tienen las mismas preocupaciones. Los peluqueros prefieren cortar el cabello en cuarto creciente, mientras que los psiquiatras disertarán con la mayor seriedad sobre el recrudecimiento de los delirios perversos provocados por la luna llena.

Esa influencia, que se hace sentir en todos los dominios, evidentemente se manifiesta con la misma fuerza para favorecer o contrariar nuestras empresas. La realización de un proyecto se verá facilitada en período de cuarto creciente, y encontrará, al contrario, serias dificultades en cuarto menguante. Lo que no quiere decir, se entienda bien, que todo asunto emprendido en cuarto creciente se logrará. Pero al menos se pondrá la mejor suerte de su lado.

Mi consejo es formal: Ya se trate de sentimiento o de negocio, de coquetería o de salud, de placer o de deber, hay que esperar la luna nueva para emprender, inaugurar, arriesgar, decidir. Eso no es superstición, es prudencia unida a una precaución de eficacia.

## Los agentes secretos

Conviene otorgar siempre la mayor importancia a presagio, designio, premonición, presentimiento, sueño. A menudo su sentido es oscuro y interpretación difícil. Es como si fuesen mensajes de agentes secretos que trabajan para nosotros nel otro campo. Es indispensable aprender a los descifrar. Gracias a los datos así obtenidos, muchas batallas mal planteadas fueron triunfos.

Para facilitar la transmisión de secreto, para escuchar mejor la voz de esos espías que vienen del futuro, es necesario, antes de se dormir, comer azúcar o se poner bajo la lengua una hoja de laurel.

## La sal marina

La sal marina sin refinar es un poderoso protector. Es el elemento más importante de la práctica supersticiosa, negativa o positiva. Es de una eficacia sin igual, ya se trate de atraer la suerte o de alejar los maleficios.

La receta es simple: Durante siete noches, ponga bajo su cama un plato de loza blanca que contenga sal marina. ¿Deseas favorecer una empresa sentimental? Ponga el plato a la altura del corazón. Si se trata de un asunto de otra clase, la sal tendrá que estar ubicada a la altura de la cabeza.

No solamente es una treta de suerte muy eficaz, sino también una protección casi perfecta contra las influencias maléficas que pueden acechar al durmiente.

Una precaución indispensable: Luego de lo usar siete días, arrojar la sal en agua corriente, luego de haberla pasado previamente por el fuego purificador. Si no, todo el mal que haya absorbido sería liberado y puesto en circulación.

## La parte del fuego





La virtud purificadora del fuego se utiliza con un éxito constante en numerosas prácticas supersticiosas. Por ejemplo, si los claveles te traen mala suerte no arrojes con horror el ramo que te acabaron de regalar. Te conformes en elegir una sola flor y la quemes con un poco de sal marina sobre una placa enrojecida al fuego. El maleficio será neutralizado. Entonces podrás aprovechar sin peligro las corolas de perfume picante, que sería una lástima arrojar en todo su fresco esplendor.

Dé su parte al fuego. En todas las circunstancias ofrezcas en sacrificio una partícula, aunque sea ínfima, de seres o de objetos que quiera purificar o proteger: Un mechón del cabello de un niño, un poco de pelo de un perro que tiene que se enfrentar con un jabalí, una pluma de un pájaro enfermo, el recorte de una uña de un enemigo que te desea el mal. Le des, para devorar, el hueso del cordero, la primera gota de la botella de aceite que abres, la primera hoja de tu libro diario. El primer fósforo de una caja nueva, lo enciendas para nada, por placer, para honrar al fuego. Arranques un hilo de tu vestido nuevo y lo arrojes al fuego. Nel Domingo de Ramos no te olvides de quemar el olivo bendito el último año. ¿Qué más? Cualquier cosa debe ser un pretexto para entablar con el fuego los lazos de una amistad íntima.

Esos pequeños sacrificios familiares se acompañan de ritos y fórmulas que varían de acuerdo a los países y de acuerdo con los propósitos. De todas formas, los ritos y fórmulas no son más que accesorios. La única cosa importante es dar su parte al fuego.

## Mudanzas

Una superstición poco conocida, pero que recomiendo por su eficacia, consiste en combatir la mala suerte cambiando de lugar los muebles en la casa. Ese gran trastorno interior rompe los hábitos nocivos, corta el encadenamiento de una serie negra, destroza la red de influencia maléfica. Es un buen truco, de valor confirmado. Hay que pensar en lo usar cuando se atraviesa un período de malhumor.

La gran limpieza de Pascua y de Navidad, tradicional en muchas familias, es apenas una expresión doméstica de esa superstición. También es una costumbre para no olvidar.

En algunas provincias (principalmente en Córcega), las mujeres, durante la gran limpieza de Pascua, recorren toda la casa golpeando con un plumero en todos los muebles para pillar a los malos espíritus, nel preciso instante que las campanas suenan para anunciar la resurrección. Abren de par a par las puertas y ventanas para dejar salir todas las miasmas maléficas que se refugiaron en la casa durante el año. Ese zafarrancho es excelente. Aun si le da ganas de reír, apliques esa receta. Podrás constatar pronto los felices resultados.

## Un lugar de seguridad

La casa, el lugar donde uno vive, es una formidable caja de resonancia para todos los impactos de la suerte y la mala suerte que se producen allí inevitablemente. También es importante la convertir en un lugar seguro.

Las supersticiones que conciernen a la casa son numerosas. Cada provincia tiene las suyas. Hay algunas, sin embargo, que son válidas para todo el mundo y todos los países.

Es cierto, en forma notable, que las casas traen desgracia. Una de las más célebres es la Triangular Lodge, en Rushden Northants, Inglaterra. Su constructor y primer ocupante, sir Thomas Treshan, fue condenado a muerte y decapitado luego de la conspiración de la pólvora.<sup>6</sup> Luego de eso, todos sus propietarios sucesivos murieron trágicamente, hasta que un heredero, advertido de la causa, hizo añadir una cuarta pared

<sup>6</sup> *Conspiración de la Pólvora*: Complot que ciertos católicos armaron contra Jacobo I de Inglaterra y el parlamento, en 1605



que la volvió cuadrada.

Felizmente, es bastante raro que los arquitectos tengan la absurda idea de construir casas triangulares. Conocí, sin embargo, algunos de ellos en Francia. Ninguna era inocente. Sus ocupantes vieron siempre peligrar sus negocios o arruinarse su salud. Una costó la vida a un delicioso escritor, célebre autor de novelas policiales, que cometió el error de no ser supersticioso.

Cuando una maldición alcanza a una casa hay un medio muy eficaz de atraer a la suerte: Se encienden tres velas y, frente a las ventanas y puertas que dan al exterior, se traza nel aire una cruz con el humo de las tres llamas. La operación debe ser hecha en la primera noche de luna nueva, pronunciando la siguiente plegaria: **Nuestro señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de nosotros...** y se añaden los nombres usados por las personas que viven en la casa.

En la alta Provenza, para arrojar el maleficio de una casa, los pastores tienen la costumbre de clavar, extendida en forma de estrella sobre la puerta, la flor más grande de un cardo plateado. A veces se conforman en cruzar una cruz de paja trenzada, o un bucráneo (cuidadosamente limpiado con ácido), con los cuernos de triple voluta, de un carnero que durante toda su vida haya cumplido valiente y lealmente su rol de jefe de tropilla.

Esas prácticas son excelentes. Se las puede trasplantar a otras regiones y conseguir los mismos resultados. Lo verifiqué practicándolo en una casa de Flandre, en Francia.

## Un lugar de seguridad

Para neutralizar los efectos de un objeto maléfico, a menudo basta solamente lo pasar nel humo de un fuego donde arden algunos pelos de cabra. Ese mismo humo impedirá al importuno, cuya visita temes, venir a golpear la puerta. Si quieres descubrir la traición del ser amado, dirijas sobre él esa fumigación. Confesará, inevitablemente, durante la hora siguiente.

## Las siete agujas

Es frecuente, ¡ay!, que las personas tengan dificultad para encontrar un empleo o para conservar el que tienen. A esos desdichados cesantes, a esos asalariados inquietos con su porvenir, así como a los que aspiran a una situación más estable y mejor remunerada, daré una pequeña receta mágica cuya eficacia verifiqué muchas veces.

El demandante debe ir, en persona, a comprar siete agujas nuevas. Enseguida debe las enviar a una persona a la cual sepa dotada de poderes magnéticos, pidiendo que durante siete días trabaje las agujas por imposición de las manos o las ubicando sobre el plexo, para que se impregnen de fluido vital. Cuanto más calurosamente desee el magnetizador el éxito de la operación, mejor será el resultado que se obtendrá mediante el uso de las agujas. Si siente un débil interés, indiferencia o enemistad, el fracaso es seguro.

El trabajo de *magnetización* debe ser hecho dos veces por día, al alba y al atardecer, a horas precisas, elegidas en función de la fecha de nacimiento del interesado. Queda entonces, y éste es el aspecto delicado y ridículo de la operación, invocar al genio que conviene al nativo y a las horas de intervención (según la numeración talmúdica), y leer el salmo cuyo número está indicado en ese ordo mágico.

Por supuesto, la operación tendrá que se hacer nel período de luna creciente. Cuando terminar, las agujas deben ser pinchadas en un trocito de tela blanca. Quien las usará tiene que las llevar encima, lo más cerca posible de la piel, siempre en posición vertical, con la punta dirigida hacia la tierra, cada vez que busque trabajo o pida un aumento de



salario. Esas agujas imantarán a la suerte para todo lo que se relacione con el trabajo.

## Si rompes un espejo

Nel terreno de las supersticiones no hay verdad absoluta. Resulta absurdo se pronunciar categóricamente, afirmar, por ejemplo, que romper un espejo siempre trae mala suerte. Siete años de desgracia, precisan los pesimistas. Los optimistas se conforman en contar un año de desgracia por cada pedazo de espejo, lo que reduce a menudo la pena a dos o tres años cuando el espejo no cayó desde muy alto.

A decir verdad, no es buena señal romper un espejo. Ciertamente no hay relación de causa a efecto entre el se quebrar de un espejo y las desgracias que eventualmente traerá enseguida al autor de esa torpeza. Pero se trata de una señal, el anuncio de pequeñas o grandes molestias, de una hendidura nel espejo todavía virgen del destino.

¿Cómo explicar. Coincidencia? Puede ser. Pero es demasiado fácil. Creo que hay que investigar en un campo más sutil y más misterioso, el de las analogías y los símbolos. Si el espejo se quiebra, la imagen reflejada por ese espejo también se quebrará. La unidad es la suerte. La división es la dispersión, lo inacabado, el fracaso, la mala suerte. Dos espejos ubicados frente a frente reflejan su vacío hasta el infinito, se devuelven una ausencia de imágenes, la pureza absoluta de un destino virgen. Es el símbolo más expresivo de nociones abstractas que sobrepasan nuestra comprensión, y hasta nuestra imaginación, como el infinito, la eternidad, la fatalidad, la pureza... Pero si uno de los espejos se rompe, todo se vuelve relativo, comprensible por la imagen, sometido a las coyunturas y a los contratiempos. Todo puede suceder, es decir, ¡seguramente, desde luego, la desgracia!

Siempre, aun sin ser supersticioso, el hecho de romper un espejo, provoca una impresión desagradable. Se puede razonar y se defender, el temor entró obscuramente nel corazón y es difícil se desembarazar de él.

Es por esa razón que indicaré, si un accidente como ése ocurrir, el medio de se liberar de esa aprensión eludiendo el signo maléfico del espejo quebrado. Tomes los pedazos (ya sean dos o diez) y los pases, uno a uno, nel humo de incienso. Los pintes de negro, de manera que no puedan reflejar imagen, y los arrojes, a razón de uno al día, en el agua corriente. Es importante que los pedazos sean verdaderamente dispersados y cegados. En todo caso lo que jamás hay que hacer es arrojar el espejo roto a la basura sin tomar precaución.

## Para pescar billete de banco

Con el objeto de reforzar la suerte en la finanza, existen algunos medios de los que hablé más arriba. Se trata de operaciones largas y complicadas, de intervenciones que se preparan en función del temperamento, del condicionamiento astrológico o del grado de apertura espiritual del interesado.

Nun registro menos serio, me parece divertido revelar un pequeño truco de magia operativa que tiene por objeto atraer los billetes de banco hacia el portafolios o la cartera de quien los necesita. No cuesta intentar, y diremos que siete veces sobre diez los resultados son satisfactorios.

Para se procurar una trampa, he cómo conviene proceder: Ante todo, habrá que leer muy atentamente el número de cinco cifras escrito en los billetes que nos pasen en las manos. Cuando se descubra uno cuyas cifras sean las mismas leídas de izquierda a derecha o de derecha a izquierda (por ejemplo, 12521), entonces lo conservemos cuidadosamente: Servirá de cebo.

El billete-trampa nunca estará solo en nuestro bolsillo. Otros de igual valor vendrán a



se le reunir, y habremos organizado una fructífera cita inevitable para los Watteau o los Mazarin.

Hay que comprender que la trampa no funciona las 24 horas, y se necesitaría, a ese paso, un siglo para hacer fortuna. Pero para resolver algunos problemitas irritantes, es muy agradable poder cazar en terreno vedado el dinero del bolsillo.

### A santa Ágata no gusta la lejía

Conozco una ciudad cerca de Montsegur donde ninguna mujer, ninguna muchacha (sobre todo si es casadera) se arriesgaría a lavar la ropa en 5 de febrero, día de santa Ágata. Hasta las máquinas de lavar permanecen silenciosas en ese día. Es una tradición y una regla que todo el mundo respeta: Se cree que la infringir traería desgracia.

Esa fuerte tradición es de origen cátaro, y es asombroso que sobrevivió en toda su fuerza constrictiva desde fin del siglo 12. El maestro de ese pueblo trató muchas veces de explicar a sus alumnos que es ridículo e irrazonable respetar una costumbre así: Nunca convenció a alguien, y la prohibición supersticiosa aún sobrevive.

¡Mejor así! Si el hecho de lavar la ropa sucia en 5 de febrero es una provocación a fuerzas invisibles y desconocidas, ¿en nombre de qué estúpida temeridad lo haríamos? En tanto no sepamos de manera científica, experimentalmente cierta, que una bomba fue desactivada, no hay que jugar a la pelota con ella.

Añado, detalle punzante y que puede hacer reflexionar, que en el nuevo calendario del Vaticano, san Rogelio suplantó a santa Ágata en 5 de febrero. Puede ser que, nel nuevo culto, el lavado de la ropa sucia ya no esté prohibido a las amas de casa. En todo caso tengo mis razones para pensar que san Rogelio es un patrón particularmente benefactor.

### La herradura

¿Qué es una herradura? Es una forma y un relieve, fabricados por la mano del hombre en un cierto metal. Es también un objeto de noble uso ya que sirve para calzar al animal más noble de la creación.

¿Debe ser considerada la herradura un amuleto valioso? Contesto que sí, sin duda, pero en ciertas condiciones.

En primer lugar, hay que ubicar a la herradura de modo que sus brazos se abran hacia el norte. Si se la cuelga de una pared, sus brazos deben abrirse hacia arriba. En fin, si se la encuentra en un camino, es señal de suerte si recibe al que la encuentra al costado de la abertura.

El número de los orificios de clavo que tenga la herradura tiene importancia. Lo mejor es que sea un número impar.

Como siempre, hay una justificación racional para esa superstición. Se encuentra en ella el recuerdo dun gran secreto perdido nel curso de los siglos y del cual queda una supervivencia aparentemente absurda. Tuve ocasión de lo verificar nel laboratorio de uno de mis amigos físicos. Atando, por juego, una herradura a un voltímetro, ubicando un electrodo sobre cada uno de sus brazos, tuvimos la sorpresa de constatar que la aguja del voltímetro indicaba 1/2v cuando la herradura estaba exactamente abierta hacia el norte magnético pero la fuerza electromotriz se volvía nula cuando la orientación dejaba de ser rigurosamente exacta. Entonces podemos imaginar que, sin pila voltaica, sin utilizar fuerza de energía conocida, se haría funcionar un transistor poniendo en serie cinco o seis herraduras convenientemente orientadas. Eso prueba que la herradura, en tanto que forma, emite una onda cuya fuerza electromotriz puede ser medida. Es posible que esa corriente invisible sea beneficosa para los que la captan. Entonces se trata, sin



duda, de un amuleto, aunque disguste a los escépticos.

Nada de asombroso hay en que un objeto tal, cuya sola forma es susceptible de desarrollar una fuerza actuante, pudo ser usado en forma corriente, desde tiempos muy antiguos, para activar la vitalidad, en consecuencia la suerte, de los que saben se servir de ella.

La influencia analógica, la influencia simbólica de la herradura es digna igualmente de ser tenida en cuenta. No es una fuerza desdeñable, y basta para justificar la reputación benéfica que los supersticiosos le otorgan.

### Para se hacer amar

Las antiguas recetas mágicas tienen a menudo una poesía y una ingenuidad que me encantan. Tan bellas son que dan gana de probar. Son como los libros de cocina, que hacen que se nos haga agua la boca. Queríamos preparar todos los platos para probar.

Para mis lectores que no conozcan esa exquisita literatura, daré un ejemplo que recibí en un precioso *Colección de secretos cabalísticos, inventados y puestos en práctica por Abraham. Los cuales secretos fueron extraídos de los cinco libros de Moisés y de varios libros de las sagradas escrituras. (Copia conforme al manuscrito de Roma)*. Se trata de una receta para se hacer amar por un hombre o por una mujer.

Arranques una hoja de parra antes de que salga el Sol, extraigas la miel junto con una de mirto. Con esa miel escribas sobre la hoja de mirto tu nombre junto con el de la persona, y lo que sigue: **Mi querida es mía y soy suyo. Yaceré bajo las rosas hasta el frescor del día que expande la sombra.** Enseguida la perfumes. Hay que la quemar, recoger la ceniza y la poner en una rosa florecida antes de salir el Sol. La hagas sentir a la persona y verás maravillas.

¿Cómo no sería eficaz receta tan encantadora?! Tengo apuro en probar.

### El acebo

En Navidad, hay un problema que se plantea siempre y que llega a dividir a las familias en dos campos ferozmente opuestos: El acebo, que tradicionalmente sirve de decoración en esos días de fiesta, ¿debe ser considerado portador de buena o de mala suerte?

No se puede responder categóricamente a esa pregunta, pues se trata de una planta que no es benéfica o maléfica por naturaleza, esencialmente, sino en función de las personas que se sirven de ella. En todo caso, se puede afirmar que es influyente. Entonces es prudente se informar sobre la manera de reaccionar personalmente ante su influencia.

Ocurre frecuentemente que los que buscan acebo se pierden nel bosque nel instante de la Navidad. Esas personas no respetan las leyes de la suerte, por ignorancia o por desafío, pero el resultado es el mismo. Si el acebo quiere su mal, ¡fueron muy imprudentes en lo buscar! Aquellos para los cuales, al contrario, esa planta es portadora de buena suerte, tienen un gran interés en decorar con él su casa.

Hojeando mis archivos, encuentro sobre ese tema diversos hechos que sirven de ejemplo.

Nel gran bosque de Chaux, cerca de Dôle (Jura), un imprudente buscador de acebo erró durante 56 horas antes de encontrar el camino. Otro caso nel departamento de Yonne: Un habitante de Carbuy (¿porqué no dar su nombre?), señor Rogelio Messenger, vigoroso cincuentón, se perdió nel bosque patrimonial de Pintigny mientras buscaba acebo. Su mujer alertó a la gendarmería y se organizó batida. Nel día siguiente un perro



de policía descubrió señor Messenger desvanecido al pie de un árbol, *muerto* de frío. Tuvo que ser internado en un hospital de Auxerre, y estuvo a punto de morir por no respetar las leyes de la suerte.

¿Cómo saber, sin estar obligado a esperar el resultado de la experiencia, si el acebo nos resulta beneficioso o perjudicial? Evidentemente, se trata del primer problema que debemos resolver.

En la medida en que podamos nos conformar con una respuesta aproximativa, la astrología proveerá útiles señales: Todos que nacieron bajo el signo de aries, de escorpio o de capricornio tienen la mejor probabilidad de encontrar nel acebo una ayuda para su felicidad. Al contrario, los nativos de géminis, de libra o de acuario probablemente reciban de esa planta influencia perniciosa. Los otros seis signos del zodiaco son considerados neutros en relación al acebo, no reaccionando bien ni mal a su influencia. Añado que el ascendente debe ser igualmente considerado nel cielo del nacimiento.

A esas consideraciones generales convendría añadir algunos consejos particulares, que pueden variar de acuerdo con la morfología, la complexión y el estado de salud de cada individuo. Por ejemplo, las mujeres encinta deben, cualquiera sea su signo de nacimiento, desconfiar del acebo. Los hepáticos, los jorobados, las vírgenes (sobre todo durante la menstruación), deben actuar del mismo modo.

## El elixir del cura

Un viejo cura de campaña, lleno de sabiduría y de humor, me dio la receta de un elixir que cura todos los males:

En la mañana de San Juan, en verano, luego de haber dicho la misa de las 6, bajo al prado del presbiterio y, mientras recito mi rosario, corto allí todas las flores que encuentro. Una vez en casa, pongo el ramo a macerar en una bembona del mejor aguardiente. El elixir que obtengo así es una verdadera panacea. Durante todo el invierno, gracias a ese *licor de las mil flores*, curo los males de todos mis parroquianos y hasta los de aquellos que, siendo ateos y anticlericales, olvidaron completamente el camino de la iglesia desde su primera comunión. Nunca, en mi parroquia, algún médico permanece. Ninguno pudo hacer una clientela suficiente para ganar la vida, ya que soy quien cura a todos los enfermos.

Esa práctica puede ser alineada, de cualquier modo, en el arsenal de las supersticiones eficaces. Es así que quiero desmontar los resortes ocultos. Me parece, en efecto, que hay una explicación racional de la virtud curativa de ese elixir *mágico*.

El día de San Juan es el momento del año en que la floración es más variada y más abundante. En la mañana las flores están todavía húmedas de rocío, y cada gota está cargada de ese magnetismo cósmico del que tan ávidos son los alquimistas. ¿Por qué recoger las flores solamente nel prado del presbiterio? Porque, en la campiña de tradición católica, es el único lugar al cual no van a pastar los corderos. Por lo tanto, la hierba no fue ensuciada. Finalmente, ¿para qué recitar el rosario mientras se corta? Porque es precisamente el tiempo necesario para recoger la cantidad exacta de flores que permiten hacer una dosis satisfactoria del elixir.

He entonces tres buenas razones que explican y que justifican las prácticas aparentemente supersticiosas de ese buen cura.

## El matrimonio de los pájaros

Me ocurrió hace muy poco que engañé gravemente a uno de mis jóvenes amigos y perdí su confianza, porque me rehusé a condenar formalmente cierta tradición



supersticiosa cuya observancia contrariaba sus proyectos.

Ese joven quería se casar sin tardanza, es decir, fijar la fecha para el mes siguiente, que era el mes de mayo. Explicó:

— Mi novia no está de acuerdo. Pretende, la madre le puso en la cabeza esa idea ridícula, que trae desgracia se casar nel mes de mayo. Sabes la confianza y el afecto que te tienen en mi familia política, donde te tienen por oráculo. Suplico que digas que se trata de una superstición ridícula. En tí creerán y podré me casar nel mes que viene, lo cual tiene mucha importancia para el funcionamiento de mi negocio.

¿Y bien? Una vez que reflexioné, a pesar de mi deseo de ayudar a mi joven amigo, tal vez con el temor de preparar su desgracia, me negué a intervenir nel sentido en que lo deseaba.

Si confiamos en la sabiduría de nuestros antepasados, mayo es el mes de la unión de los pájaros, lo que la superstición traduce, por analogía, como una amenaza contra la duración y la estabilidad de las uniones llevadas a cabo entre cristianos durante ese inquietante mes de mayo.

Esa ridícula vinculación entre las costumbres de los pájaros y las de los seres humanos no puede bastar para arrancar mi convicción. Pero dispongo de otro argumento, en ese caso, estadístico. Uno de mis amigos, antiguo cartista, alcalde de una pequeña comuna, se distrajo investigando nun período de una docena de años cuál fue la suerte de los matrimonios que celebrara cuando era oficial del estado civil, durante el mes de mayo. Según eso, en comparación con los matrimonios celebrados durante los otros meses del año, la estadística hace resaltar, con una brutal evidencia, que los celebrados en mayo se truncaron prematuramente a causa del divorcio o de la viudez en una proporción mucho más grande que los otros.

Esa estadística fue hecha en una sola comuna de Francia y en un período de doce años. Sería por lo tanto un abuso la convertir en una ley universal. Sin embargo, no pienso que sea prudente fortalecer las supersticiones que nos vienen de la tradición. Es la razón por la cual, a riesgo de me cubrir de ridículo, aconsejé al novio demasiado impaciente a esperar el mes de junio para se casar, antes de arriesgar su dicha conyugal por se las dar de incrédulo.

## La virgen del candado de oro del presidente de Mali

Para domesticar a la suerte, los hechiceros emplean a veces procedimientos que hacen estremecer cuando se los descubre inopinadamente. Me limitaré a citar un solo ejemplo, asombroso, pero cuya verdad histórica no se puede poner en duda. Fue el mago astrólogo marroquí Delta Acruz quien me contó la historia. Cada detalle es verídico. Los personajes, los hechos, el decorado, los accesorios del drama, todo es real, más bien diremos surrealista, pues percibimos nel relato la intrusión de lo sobrenatural en los sucesos y en las peripecias que hacen el destino de los hombres.

En 19 de noviembre de 1968 el presidente Modibo Keita, jefe de estado de Malí, fue derrocado, destituido y hecho prisionero. Acababa de volver a la capital, a la cual abandonara algunos días antes para visitar la ciudad de Mopti, alejada 600km.

Hasta aquí, todo es banal. los golpes de estado no son raros en las jóvenes repúblicas africanas y lo sobrenatural nada tiene que ver en esas revoluciones palacianas.

Pero el asunto toma una coloración misteriosa cuando se mira el revés de las cartas.

Nel día siguiente del golpe de estado los nuevos amos del país ordenaron una pesquisa en la residencia del presidente destituido. Se trataba, sobre todo, de realizar un inventario de los bienes muebles e inmuebles del prisionero. Pero nel curso de la investigación los policías y los magistrados hicieron un muy extraño descubrimiento.

En una habitación secreta de la suntuosa morada del presidente, cerrada a llave, en la



cual ningún servidor tenía derecho a entrar, se erguía una estatua, o al menos lo que se piensa ser una estatua, pero que en realidad era el cadáver embalsamado de una joven virgen, recubierto de una capa de cobre blando, que dibujaba exactamente sus formas, la manteniendo erguida y rígida. Los labios estaban cerrados por un candado de oro.

Los requisadores no tardaron en encontrar la explicación de esa macabra y misteriosa puesta en escena. Se trataba de un montaje mágico, realizado por poderosos hechiceros, para permitir a Modibo Keita conservar el poder, que había, a lo demás, obtenido con la ayuda de medios igualmente sobrenaturales.

Cada vez que el jefe de estado Malí debía abandonar su capital, temía que sus enemigos aprovecharan su ausencia para organizar un complot y sublevar al pueblo en su contra. Entonces realizaba los ritos de una ceremonia mágica frente al cadáver embalsamado de la joven virgen.

Esa joven, sacrificada en circunstancia ignorada, simbolizaba al pueblo malí, o más exactamente, la democracia, especie de diosa exigente y caprichosa, fuerza oscura, violenta e irracional, a la cual un jefe de estado debe siempre conservar a su favor.

Antes de abandonar su palacio presidencial para un viaje a las provincias, Keita nunca dejaba de encerrarse en la cámara secreta, en un *tête á tête* con la estatua cadáver cubierta de cobre. Luego de haber pronunciado las invocaciones rituales, y llevado a cabo los ritos mágicos, colocaba el candado de oro en los labios de la joven virgen y lo cerraba cuidadosamente, acompañando ese gesto con órdenes muy precisas.

Luego de lo cual podía partir tranquilo. Amordazara a la democracia, redujera el pueblo malí al silencio para todo lo que durase el viaje.

Pero para realizar una operación mágica como ésa, destinada a retener por la fuerza a la suerte, fuera necesario establecer un pacto escrito entre el beneficiario y el hechicero que servía de intermediario ante las fuerzas ocultas.

Ese pacto estipulaba particularmente, entre las condiciones a las que se sometería Keita, que el contratante se comprometía formalmente a no tener hijo.

Desde luego, tres meses antes del golpe de estado que lo derrocaría, el presidente fue padre de una niña.

El viaje a Mopti fue el primero que emprendía después que su mujer dio a la luz y, en consecuencia, violó el compromiso acordado en el pacto mágico que estableciera para conservar el poder.

## El perro de los muertos

En mi juventud me ocurrió que transgredí cierta prohibición supersticiosa, y fui castigado durante largos años. Historia particular de la que se puede extraer una moraleja general. Como si yo describiese un accidente de automóvil del cual sería la víctima, para ilustrar un artículo del reglamento de ruta.

Es una aventura de profanador de tumba, que viví hace mucho tiempo. Estaba entonces en Colombia, donde buscaba filones auríferos en compañía de un ingeniero francés llamado V. Nos detuvimos en un pueblito ubicado como un montón de barro al borde de una malsana laguna. Era el último punto habitado nel límite de la selva virgen, la selva tropical que recubre con su enorme marea las pendientes de la cordillera de los Andes. Punto de partida de nuestra expedición, fue allí donde contratamos los mandaderos que nos acompañarían en nuestro viaje de exploración que debía durar varias semanas.

Elegimos cuatro muchachos<sup>7</sup> fuertes, mestizos, de pequeña estatura, delgados y nerviosos. Reemplazaban ventajosamente a las bestias de carga que avanzan

---

<sup>7</sup> En castellano nel original





difícilmente en la selva montañosa. Cada hombre tenía que llevar una especie de larga canasta sostenida por una correa, que la mantenía en equilibrio sobre las espaldas. Esas canastas, una vez cargadas de provisión (harina de maíz, arroz, poroto colorado, caja de cartucho, pala y pico, batea para lavar el aluvi3n, y nuestras hamacas para dormir) pesaban, cada, 20kg.

Terminado el preparativo, partiríamos, cuando el alcalde del pueblo dijo:

— Tendrían que llevar con al Mudo.

— ¿Qué? ¡El perro de los muertos! — Exclamó V, bruscamente. — ¡Muchas gracias! ¡Ese comedor de carroña nos traería mala suerte!

— ¡Bah!, replicó el alcalde. La gente del pueblo es supersticiosa. Tiene miedo del Mudo porque su garganta está cerrada y habla como los animales. Se lo acusa de ser necrófago y lo llaman *el perro de los muertos*, porque tiene un olfato extraordinario para descubrir los viejos cementerios indígenas cubiertos por la selva. Justamente la región que iréis a visitar está llena de éstos. Si abriendo las tumbas se encontraría allí más polvo de oro que lavando el aluvi3n al pie de la Teta, añadió mientras señalaba el pico lejano que tenía la forma de un seno de gigante y que dominaba la cadena de montañas cerrando el horizonte al oeste. Creed, el Mudo es un valiente muchacho y su servicio os será más útil que toda esa ciencia de buscador de oro.

Oí hablar sobre los cementerios de los indios precolombinos. Son los únicos vestigios de las tribus que vivieron en la cordillera antes de la conquista española. Los arqueólogos que tienen la suerte de descubrir tales sepulturas pueden hacer allí asombrosos descubrimientos. La costumbre entre los indígenas consistía en enterrar al muerto con todas sus riquezas: El pro en polvo o en pepitas, sus armas, sus vestidos, las alhajas, las herramientas, los utensilios de uso casero. En esas regiones actualmente inhabitadas e inexploradas, las tribus se extinguieron hace varios siglos sin dejar rastro ni herencia. Sólo quedan los antiguos cementerios, inviolados mientras no son conocidos. Es difícil los encontrar bajo la marea vegetal que los recubre. Es nel lugar cuando se los comienza a reconocer: Siempre están ubicados sobre una elevación del terreno que hace de línea divisoria ubicados entre varios valles, con una abertura hacia el leste y hacia el oeste.

Un guía se ofrecía para nos conducir al terreno mismo. No había que lo rechazar con el ridículo pretexto de que tenía el mal de ojo. Insistí esforzadamente ante V, para llevar Mudo con nosotros.

No sin dificultad, mi amigo consintió:

— De acuerdo. Pero que la maldición caiga solamente sobre ti. Es un sacrilegio turbar a los muertos en su último sueño, sobre todo cuando se trata de sepultura precolombina, vestigio de una civilización impregnada de magia, protegidos por los encantamientos que los siglos refuerzan en vez de disipar.

Esa amenaza me hizo sonreír, y acepté sin remordimiento el hecho de asumir todo el riesgo.

Vestido de harapo, tocado por un sombrero de paja deshilachada, rengo, de una delgadez inquietante, el Mudo tenía el aspecto temeroso y erizado de un perro perseguido.

—¿Vienes con nosotros?

Asintió con un gesto.

— ¿Puedes llevar una carga?

Señalando uno de los cestos, hizo señas de que no. Pero mientras tocaba con respeto el fusil que yo llevaba en bandolera, hizo señas de que sí.

— ¿Sabes adónde vamos? — Dijo V — Hasta el pie de la Teta. ¿Conoces algunos cementerios allí?



Su mímica significó *Puede ser*.

— La región está deshabitada. ¿No es cierto. No hay indio en ese paraje?

Como toda respuesta, el Mudo se puso a reír y rascó el suelo con el pie.

— Está bien. — Concluyó V — Un peso por día y la comida. En marcha.

## El sacrilegio

Luego de tres días de marcha dejáramos la zona de jungla inextricable donde sólo se podía avanzar cortando camino a machete. La vegetación es tan lujuriosa, tan hostil, tan viva, que al usar el machete se tiene la sensación de herir a un ser monstruoso. Entonces llegamos a los primeros contrafuertes de la cordillera, nel dominio de la auténtica selva virgen que no se parece a la imagen que uno puede formar leyendo las novelas de aventura y las tiras ilustradas. En realidad es una oquedad gigantesca, una barahúnda de enormes troncos cuya cúpula de opaco verdor, cerrada a 50m hacia el cielo, impide el paso de los rayos solares. Una oscuridad casi completa reina al pie de los árboles. Solamente los más fuertes para crecer hasta la luz sobreviven. Todas las otras plantas mueren ahogadas y depositan nel suelo un colchón cada vez más espeso de podredumbre vegetal, un humus que forma el más blando y más sordo tapiz.

Al séptimo día de marcha, desembocamos al salir de la selva en una planicie rocosa, especie de sabana de hierba seca que el sol devoraba. El Mudo, que hasta entonces nos siguió dócilmente, comenzó a se agitar. Husmeaba el aire como un perro, temblaba rascando el suelo con el pie desnudo. Corrió tras V, que guiaba nuestra marcha con la brújula, le tiró de la manga y le hizo seña de doblar hacia el sur.

Seguimos al rengo. Nos condujo a un montículo desnudo desde donde se descubrían tres valles, toda la inmensidad de la selva que acabáramos de atravesar y de aquella que nos separaba todavía de la Teta, punto culminante de la cadena tras de la cual se ponía el Sol.

Mudo lanzó un gruñido de placer. Una gran risa silenciosa descubrió sus dientes podridos.

— ¡Indios! Pudo articular mientras señalaba con su dedo tembloroso pequeñas elevaciones de terreno casi imperceptibles, esparcidas como al azar sobre el montículo.

— ¿Cómo sabe que es el emplazamiento de un antiguo cementerio? —pregunté a V — Ningún ser humano puso el pie en esa región desde hace siglos.

— ¿Qué importa cómo sabe? Lo que es seguro es que sabe. Si todavía estás de acuerdo en desafiar la maldición, verificaremos y a abriremos las tumbas que indicar.

Elegimos la elevación más importante y mejor situada. V pretendía que ésa era, seguramente, la tumba de un jefe y que descubriríamos en ella un tesoro. Los muchachos, con alguna repugnancia, se pusieron a trabajar.

Un sordo malestar se apoderó de mí cuando los primeros golpes de pico atacaron el túmulo. ¿Escrúpulo? Sería digno de risa. El sueño de aquellos muertos no podía ser turbado. Confundido con la tierra, el fino polvo que los siglos formó con sus huesos y su carne ni sería reconocible. ¡Adelante entonces, nada de remordimiento!

Comenzamos dos cortes perpendiculares que debían se unir nel centro del túmulo, nel lugar donde, sin duda, fue enterrado el jefe indio.

De acuerdo con las tribus, la manera de sepultar es diferente. A veces el muerto era ubicado en una especie de pequeña rotonda, en las paredes de la cual había huecos a manera de estantes donde se depositaban las riquezas de los difuntos, sus armas y sus cacharros. Otras simplemente se lo extendía nel suelo y se lo recubría de un montículo de piedras y de tierra mezclada.

Luego de una jornada de grande esfuerzo, los cortes se unieron con el nicho redondo que sirvió de tumba. Podíamos delimitar exactamente su contorno.



El Mudo, que era presa de una agitación extraordinaria, no quiso dejar a alguien el trabajo de levantar el escombro. Resoplaba como un perro, rascaba el suelo con pequeños golpes precipitados, gruñía, hipaba, bajo la mirada reprobatoria de los muchachos. Bajo sus garras apareció un diminuto cacharro con delicadas molduras. V saltó y se apoderó de ella. Con precaución, arrojó la tierra que contenía en una batea. Un polvo amarillento rodó mezclado con la arenilla y el mantillo. V profirió un grito de victoria: ¡Oro. Oro! En efecto, era polvo de oro, toda la fortuna que sirvió al jefe indio para comprar un buen pasaje al otro mundo.

Encontramos también algunos sílex tallados que servirían como puntas de flecha, un guijarro groseramente esculpido en forma de corazón, y finalmente un objeto alargado y chato, de oro duro, cincelado con arte, que podía ser un talismán o una fíbula.

Todas las tumbas de ese pequeño cementerio fueron abiertas sucesivamente. Algunas estaban vacías, otras contenían algunos objetos y un poco de polvo de oro.

### Todas las desgracias se parecen

A mi regreso a Francia escribí para una revista el relato de esa expedición. Mi artículo terminó con una conclusión tranquilizadora:

¿Hay que temer un castigo por ese sacrilegio? La muerte trágica de los arqueólogos que violaron la tumba de Tutancamón debe incitar a la prudencia. Pero, sin duda, los modestos indígenas enterrados desde hace siglos en Colombia, nel fondo de la selva ecuatoriana, sean menos vengativos que los poderosos señores egipcios, o protegidos por encantos menos fuertes, pues V y yo estamos vivos y parecemos escapar de su venganza".

Este optimismo resultó presuntuoso. Pronto verifiqué en mí mismo qué peligroso era contravenir las leyes no escritas de la suerte. Las catástrofes comenzaron a se abatir sobre mí. En cuanto a mi amigo V, sin duda acerca de cuál era la maldición que lo hacía su víctima, vio cómo la suerte se encarnizaba consigo: Todas sus empresas fracasaron, todos sus negocios peligraron, su salud se arruinó. Resistió valiente y cristianamente durante algunos años. Pero la adversidad no aflojó su torniquete, y entonces renunció a se defender y se dejó morir.

Todas las desgracias se parecen. Sería fastidioso las contar. Su repetición persuadió a la víctima de que todo esfuerzo es vano para escapar a la mala suerte. Uno se tiende bajo la maldición. Nada sirve. Esa actitud hace nacer la desesperación, un sentimiento de impotencia, de angustia atroz, al se saber el juguete miserable de una fuerza rencorosa desconocida, de un implacable dios sin rostro y sin forma, del cual no se puede escapar.

Habiendo conocido personalmente ese pánico y ese castigo, querría preservar de él a otras eventuales víctimas, las poniendo en guardia contra toda violación, aun fortuita, de las leyes de la suerte.

Si sufrí la maldición de los indios precolombinos es porque su reposo estaba protegido por encantamiento cuyo mecanismo, a la primera agresión, se desencadena automáticamente. Para escapar al diente de la desgracia, tuve que pagar caro, atravesar años negros, encontrar intercesores poderosos, poner en funcionamiento medios que sobrepasan mis débiles conocimientos. No deduzco de eso que todos los arqueólogos estén malditos, ni que todas las sepulturas deban ser respetadas. Pero afirmo que me equivoqué al transgredir una prohibición supersticiosa que me fue claramente expresada.

Sí. Afirmo, con seriedad espantosa, que tengo irrefutables razones para ser supersticioso.



# El poder de los objetos

Todo emblema escarnecido o mal dibujado se venga implacablemente

PB Gheusi

¿**O**bjetos inanimados, ¿entonces tenéis alma?, gemía Lamartine. Es una manera poética de hablar. Podemos responder que los objetos hechos de materia inerte, sean muebles, utensilios o bibelós, aunque sin vida y sin conciencia, no dejan de tener personalidad radiante y pueden ser verdaderos acumuladores de fuerza.

Son capaces de contrariar o de favorecer a la suerte. Entonces hay que aprender a los conocer y reconocer, a descubrir su influencia, domesticar, excitar o neutralizar.

En la jungla mobiliaria donde vive el hombre civilizado resulta capital distinguir los *objetos salvajes*, para los alejar o matar antes de ser víctima de ellos. No es menos importante reconocer a los objetos *domésticos* para utilizar mejor su servicio. ¿Cómo hacer? Trataré de dar algunas recetas empíricas que permitirán se mover con menor riesgo en los misterios del baratillo, nel nivel más humilde de la existencia cotidiana.

Para esclarecer el tema, es útil, ante todo, comprender que el poder de los objetos puede ser prestado o esencial.

Es prestado cuando los objetos están impregnados, por una inexplicable ósmosis, del fluido vital de sus propietarios sucesivos, o cuando absorbieron como una esponja los efluvios inmatereales de un clima, de un medio, de un decorado donde residieron durante mucho tiempo.

Su poder es esencial cuando, sea por su formato por su materia, concurren a la armonía universal o la contrarían. Esos objetos no son irradiantes. No son el reservorio o el vehículo de fuerzas extrañas: Simplemente son. Por el solo hecho de que están inscriptos en cierto plano, en cierta red linear, y que a menudo representan un símbolo, crean lo que llamaremos (a falta de una palabra exacta), un *campo de fuerza*, como dicen los físicos.

Los objetos influyentes de la primera categoría, a los cuales llamaremos para comodidad *objetos cargados*, solo se revelan nel uso, a menos que se esté dotado de intuición, de sensibilidad excepcional que vuelve perceptible a primera vista su maleficio o beneficio. En otra parte, esos objetos cargados pueden ser maléficós para algunos individuos y benéficos para otros. Es decir que su influencia es relativa, no absoluta. Son un poco como esos medicamentos que pueden curar o matar según la naturaleza del paciente que los reciba.

Existen también *objetos neutros*, sin irradiación buena o mala, porque no sufrieron impregnación o porque su carga se evaporó por uso muy prolongado. Felizmente son los más numerosos.

## Como reconocer los objetos cargados

Para reconocer los objetos cargados, a veces es suficiente los tocar. Las personas sensibles reciben la descarga como un *puñado de castañas*, según la expresión de los electricistas. Si no se tiene una receptividad tan fina, habrá que trabajar para adquirir ese don. El entrenamiento consistirá en afinar la sensibilidad como si se afilando la punta de un lápiz, hacer el vacío en uno mismo, imitar la estatua ejemplar que el abate de Condillac imaginaba despertar progresivamente a las sensaciones. Si se pone una rosa bajo su nariz, ella no es más que el perfume de la rosa, puesto que es la única sensación que se percibe. Al primer contacto con el objeto cargado, todo nuestro campo afectivo



debe ser invadido por la influencia que él irradia. Sabremos entonces si estamos enfrentando un poder bueno o malo, y su intensidad.

Me contaron el caso de una joven a quien sus padres ofrecieron un antiguo piano de buena marca, comprado de ocasión. Esa futura virtuosa, cuando ponía los dedos sobre el teclado, sentía el corazón latir con un ritmo tan precipitado, tan doloroso que casi se desvanecía. Esa taquicardia era provocada, por cierto, por la carga de la que el propietario anterior, sin saber, impregnara el instrumento, y la joven, muy receptora sentía psíquicamente el choque.

Casi siempre existe entre el músico y su instrumento una comunión, una complicidad afectiva. A la larga, el objeto termina vibrando, me animo a decir, silenciosa e indefinidamente como si traumatizado en forma duradera por el esfuerzo artístico de su dueño. En tanto no sea desactivado, neutralizado, los que lo utilizaren serán sensibles a esa remanencia.

Muy a menudo se trata de violín. Pero estoy seguro de que la trompeta de Louis Armstrong o la guitarra de Django Reinhard también están *habitadas* y cualquiera que las toque recibe la invisible descarga.

## El violín que mata

No se trata de un piano sino de un violín en la historia que una anciana señora me contó, para confirmar mi opinión sobre el peligro que un objeto cargado puede hacer correr a su propietario. Contó la desdichada dama:

Mis padres me hicieron aprender el violín en mi juventud. Entre los 13 y los 20 años manejé el arco muy asiduamente sobre las cuerdas de un violín comprado nuevo para mí. Como me convirtiera en una buena ejecutante, recibí entonces como premio un buen violín antiguo que mi profesor, que era amigo de mi padre, encontrara en la casa de un anticuario. Dejé entonces, con alegría y orgullo, el violín que me sirvió durante mis años de estudio.

Algunas semanas más tarde mi profesor murió súbitamente. Seis meses después mi padre falleció en un accidente. ¿Coincidencias? Cada vez que yo tocaba en mi nuevo violín me enteraba de la muerte de un pariente o de un amigo. Hubo una verdadera hecatombe alrededor mío, a tal punto que terminé renunciando completamente a la música. Estaba espantada por las *coincidencias*: Cada vez que tocaba mi instrumento alguien moría a mi alrededor.

Me casé con la edad de 24 años. Pasaron cincuenta años desde entonces. Nunca más volví a tocar ese violín, que guardo como recuerdo de mis padres. Tengo la impresión de que se trata de un objeto maléfico y que siguió trayendo desgracia toda mi vida: Mi marido y yo trabajamos como bestias y nunca prosperamos. No quiero contar mis miserias. Sin embargo, a menudo me sucede que miro mi violín con temor y con odio, me diciendo que si mi profesor de música no me hiciese en aquella época aquel regalo envenenado, sería una mujer dichosa.

## El piano de Chopin

Para volver a los pianos, puedo testimoniar que aquel del cual se sirvió Chopin durante los meses de su amorosa y tempestuosa permanencia con George Sand en la cartuja de Valdemosa, en Mallorca, estaba poderosamente cargado.

Hay en la cartuja dos celdas vecinas donde se ofrece a la curiosidad de los turistas el piano de Chopin. Evidentemente, hay uno de más. Los dos propietarios de las celdas se



hacen una guerra encarnizada, recíprocamente se acusando de impostura, pretendiendo cada uno ser el único poseedor del verdadero piano en el que fueron compuestos algunos de los más hermosos nocturnos.

Visité esos dos pequeños museos en compañía de una virtuosa dotada de una sensibilidad musical extraordinaria. Sin querer escuchar los argumentos presentados por los dos enemigos, esa mujer se contentó en tocar los dos pianos. Al posar sus dedos sobre el teclado del segundo, se desvaneció, fulminada por la carga que nél dejara Chopin.

## El poder espiritual de la materia

La segunda categoría es la de los objetos que extraen su poder, no de una impregnación previa, sino de su misma esencia, de su forma o de su materia, eventualmente del símbolo que ellos representan. Son los objetos signo.

Son los más temibles. Como bombas a las cuales es casi imposible desactivar. Su influencia es duradera. Canalizan algunas fuerzas incontroladas que circulan nel universo y las precipitan en torrentes en direcciones imprevisibles. Se conocen mal las reglas de su utilización y, las manejando inocentemente, en todo momento se corre el riesgo de perder su control y desencadenar verdaderas catástrofes.

A veces los objetos cargados están en escala humana, fáciles de domesticar o de neutralizar, se asociando fácilmente a nuestra vida cotidiana, otras los objetos signo son inhumanos, misteriosos, capaces de poner en movimiento un monstruoso engranaje de causas y de efectos que sobrepasa nuestro entendimiento. Conviene los tratar con temor reverencial y no los utilizar más que en la más total humildad, dentro de las fronteras estrictas de una fe religiosa o nel corsé de hierro de una doctrina filosófica tradicionalmente estructurada.<sup>8</sup>

Todos esos objetos influyentes son una buena ilustración de lo que Teilhard de Chardin llama *poder espiritual de la materia*.

Pero mi propósito no es filosofar. No busco sostener tesis ni adelantar hipótesis. Me limito a constatar un estado de hecho y tratar de dar un modo de emplear sin peligro a los que quieran utilizar para su provecho personal ciertas fuerzas inquietantes de la *materia espiritual*.

Sin duda los espíritus fuertes me harán una objeción: ¿Puedes probar que esos objetos cargados y esos objetos signo tienen realmente influencia sobre el hombre?

Nel estado actual de los conocimientos humanos, mis pruebas no pueden ser extraídas más que de la tradición o de la experiencia personal de cada uno. Confieso humildemente. No queda más remedio que pensar que la creencia en la influencia de los objetos forma parte del inconsciente colectivo: Se lo puede añadir a la lista de los arquetipos de Jung. Que se trate de talismanes o de sacramentos, todas las religiones reconocen a algunos objetos un valor activo y no solamente simbólico o venerable.

Las patas de conejo de los hechiceros bantúes o las ramas de olivo bendito de los católicos son eficaces por las mismas razones (no animo decir bajo el mismo título), porque son objetos cargados. Es cierto que la pata de conejo, que trae buena suerte para un senegalés, sería incapaz de proteger a un occidental cristiano, mientras que una medalla bendita, milagrosa para un católico, perderá todo encanto útil en el cuello de un fetichista.

Es necesario buscar una razón: La influencia benéfica de un objeto cargado es siempre relativa. No hay misterio de interferencia entre el espíritu y la materia.

---

<sup>8</sup> Pienso principalmente en las alhajas en forma de cruz, de esvástica, de estrella de Salomón, en los objetos, adornos o amuletos que representan el tetragrámaton, el alefe, la cifra de la bestia, etc.



Corresponde entonces a cada uno investigar y encontrar las influencias ante las cuales reacciona. El hombre tipo no existe. No hay más que hombres diferentes por la raza, herencia, civilización, religión. Según las categorías humanas, algunas leyes de la suerte cambian. Por tanto, debe entenderse bien que mi libro se dirige únicamente a los que pertenecen, por raza y por tradición, a la civilización occidental cristiana.

## A golpe de corbata

No pienso que pueda existir un hombre tan obtuso que nunca notara que algunos objetos le traen buena o mala suerte. Algunos pueden pensar siempre que no se trata más que de simples coincidencias. Pero los hechos constatados y su repetición subsisten.

Es así que al referirme a mi experiencia personal puedo afirmar que en mi colección de corbatas tengo una que me hace ganar a los juegos de azar. Si la uso estoy seguro de acertar varias veces un número pleno en la ruleta o ganar una banca provechosa. Mi ganancia, al fin de cuenta, no son considerables, pero tengo al menos la satisfacción, al fin de la velada, de nunca haber perdido cuando abandono el casino.

Esa corbata me la regaló una persona querida, sin otra intención que la de gratificarme. Es de seda, con rayas diagonales, de largo desigual, amarillas, negras, blancas y marrones. Traté de adivinar de dónde proviene la influencia benéfica de ese objeto. No se trata de una carga previa, ya que la corbata era nueva y nunca fuera usada por alguien cuando me la regalaron. De otra parte, no solamente me son propicios los colores, ya que tengo otras corbatas donde amarillo, marrón y negro se combinan y que sin embargo son de neutralidad absoluta. Entonces puede ser que la disposición de las rayas de colores construya un anzuelo para la suerte.

Para verificar la eficacia de esa corbata hice muchas experiencias. Abandoné la sala de juego cuando estaba ganando y cambié la corbata en el guardarropa. Al recuperar mi lugar frente al tapiz verde, pude constatar que la suerte cambiara bruscamente. Otra vez, me poniendo al cuello una corbata neutra, llevé mi corbata de la suerte en el bolsillo. Perdí. Pero luego de haber sacado del bolsillo y haberla puesto ante mí, junto a las fichas, empecé a ganar. Volví a realizar esas experiencias muchas veces y en lugares diversos.

Llegué también a prestar mi fetiche a un amigo con el propósito de que la suerte lo beneficiase. El resultado fue negativo. Esa corbata, decididamente, no favorece más que a su propietario.

¿Azar. Coincidencia? La explicación no es satisfactoria. En realidad, se trata de una causa que produce siempre los mismos efectos. A partir de una constatación como ésta, repetida, tenemos derecho a tratar de deducir una ley. Es así al menos como se construye el conocimiento científico. ¿Por qué sería abusivo proceder del mismo modo en el dominio todavía inexplorado de la suerte?

## Las leyes de la mayonesa

Tengo otra corbata, azul marino con lunares negros, que tiene la propiedad muy desagradable, de provocar escenas conyugales. Realicé con ella las mismas experiencias verificadoras que con mi corbata del casino. Los resultados fueron diferentes. Por ejemplo, si me la saco del cuello una vez desencadenada la escena, la ira conyugal no se apacigua, sin embargo. Al contrario, si me animo a decir. La única deducción que puedo extraer, es que es más difícil devolver el buen humor a una esposa irritada que hacer volver la suerte en el juego. El factor psicológico que entra a jugar en ese caso falsea toda previsión. No busquemos en eso las leyes de la suerte, sino más bien las de la mayonesa.



Sin embargo, tengo la prueba de que esa corbata tiene verdaderamente influencia nefasta sobre las relaciones conyugales. En efecto, pedí a seis amigos míos, que no sospechaban la experiencia perversa a la cual me entregaba, que se la anudasen al cuello al volver a su casa. Todas las veces la tormenta estalló nun cielo sereno. Pienso tener entonces, derecho a generalizar y decir a los hombres casados: Nunca usar corbata azul marino a lunares negros.

## Señales para respetar

Si no vacilo en hablar de futilidad como éstas en un libro que, ante todo pretende ser serio, es para atraer la atención sobre algunos objetos que no entran en alguna de las dos categorías que definí al comenzar este capítulo. Evidentemente no son neutros, ya que su influencia es activa; no están cargados, ya que no sufrieron impregnación; no son objetos signo, ya que no representan fuerza espiritual, ni su materia es, por su esencia, irradiadora, y su forma no tiene significado esotérico. Esos objetos son de una banalidad perfecta. ¿Cómo, en esa condición, explicar su eficacia?

Entre los objetos cargados y los objetos signo existe una tercera categoría de objetos cuyo poder hay que considerar con asombro: Los llamaré los objetos símbolo.

Son, en general, imágenes figurativas, pintadas o esculpidas por la mano del hombre, símbolos visibles de una realidad oculta, y que tienen una vocación particular, una misión particular que llenar. Todas las religiones y todos los folclores están llenos de ellos. Estatuas de santo o de animal totémico, *agnus Dei*<sup>9</sup> o fu mágicos, enseñas profanas o sagradas, son representaciones que están destinadas a cumplir cierta función bien precisa, pero son inertes para otra influencia. Esos objetos símbolo son casi siempre benefactores: Protegen contra el fuego, epidemia, tal o tal otro mal, celo, muerte violenta, etc., curan, hacen hallar los objetos perdidos, vuelven fecundos a los estériles. ¿Qué más puedo decir?

Su poder es real y fue atestiguado. Falta explicar su fuente, y la manera en que ella actúa. No son objetos impregnados de carga magnética, psíquica, mágica ni sagrada. Nada por sí. Representan y simbolizan, eso es todo.

La hipótesis explicativa más valiosa parece ser la siguiente: Según mi opinión, esos objetos son, en realidad, neutros, desposeídos de carga espiritual o fluido, pero, por su propia presencia, ayudan o contrarían en un punto en particular, la armonía universal. Están emparentados más a los objetos signo, pero en un orden menor, nel nivel más bajo. Son, en cierto modo, como esos paneles de señalización que, ubicados inmóviles al borde de los caminos, aceleran o detienen la velocidad de la circulación. Es probablemente la forma o el color de esas señales lo que tiene importancia. La dificultad para cada uno de nosotros es aprender a las leer. En todo caso, aconsejo nunca transgredir su orden. No intentemos, no las desafíemos. Nunca seremos más fuertes.

## La serpiente de bronce

A propósito de los objetos simbólicos, de los cuales está interminablemente picoteado el camino de la tradición desde la noche de los tiempos, el más erudito de mis amigos, Pierre Villoteau, me citó un hecho distinto recogido por Gregorio de Tours en

---

<sup>9</sup> *Agnus Dei*. ¿A qué se llama *agnus Dei*? Según la definición más ortodoxa, son pequeños medallones de cera blanca, hechos por los monjes cistercienses de Santa Cruz de Jerusalén con la cera del cirio pascual de la capilla Sixtina y de otras iglesias de Roma. De forma ovalada, tienen de un lado la efigie del cordero pascual y del otro una representación de la Santa Virgen o de un santo. Son sacramentales y la Iglesia les atribuye poderes muy extendidos y singulares. En la lista que confeccionó monseñor Barbier de Montaut, camarero de su santidad, destacamos las propiedades siguientes: • Impiden el temor que inspiran los fantasmas y calman los pavores que ocasionan los malos espíritus • Otorgan prosperidad • Preservan de modo excelente contra enfermedad • Apaciguan viento • salvan de naufragio • extinguen incendio, etc. A lo demás, el accidente o el gendarme sabrán nos recordar el respeto al código de la suerte.





su *Historia de los francos*. El obispo santo, que vivió nel siglo 6 y cuyos escritos son unas de las más raras fuentes de información sobre esa oscura época merovingia, cuenta que una antorcha olvidada en un almacén parisiense, cercano a la basílica de San Vicente provocó un terrible incendio. Cerca de una puerta de la ciudad había un oratorio dedicado a san Martín, hecho con ramas entrelazadas, levantado en el lugar donde el benefactor dos siglos antes curara a un enfermo de lepra, lo besando. Una pareja, confiando en la protección del santo, se refugió en ese oratorio que las llamas lamieron, sin penetrar. Gregorio de Tours escribió:

Allí, terminó el incendio, que comenzara a arreciar en ese lado del puente. Nel otro lado, sin embargo, lo consumió todo con un furor tal que solamente el río pudo lo detener. Sin embargo, las iglesias y viviendas que dependían dél no fueron quemadas.

Eso es nada para añadir a la lista interminable de milagros de los cuales pueden se vanagloriar los santos. Y que cito en la historia. Se trata de un simple prefacio para mi actual propósito, que consiste en dar referencia que corrobore el asombroso poder de algunos objetos simbólicos. Entonces leamos con atención la continuación del relato de Gregorio de Tours:

Se dice que antiguamente la ciudad fue consagrada para no ser destruida por incendio y que no vivían en ella lirones ni serpientes. Pero, sin embargo, cuando se limpió el conducto de agua del puente para quitar la basura que lo obstruía, allí se encontró una serpiente y un lirón de bronce. Los sacaron y desde entonces aparecieron innumerables lirones y serpientes. Y la ciudad comenzó a sufrir incendio.

El texto es muy sugestivo. El poder ejemplar de un objeto simbólico, en esa circunstancia se trata de una serpiente de bronce, se pone en evidencia. La figura jugaba un rol mágico de protección. Ubicada nel lugar conveniente, cargada de invocaciones y de transferencias que le daban la impronta de su fuerza, cumplió su misión protectora durante siglos, lo ignorando sus beneficiarios, hasta que fue rechazada por profanadores ignorantes o sacrílegos. Es una historia de la cual encontraríamos fácilmente innumerables versiones modernas si supiésemos leer los hechos distintos con la lucidez de Gregorio de Tours.<sup>10</sup>

Esa serpiente de bronce es un símbolo que se encuentra en la Biblia. El cuarto libro del *Pentateuco*, *Números*, cuenta que durante el éxodo el pueblo de los hebreos fue probado por la mordedura de serpientes llameantes y muchos murieron por eso. El pueblo llegó a Moisés y dijo:

— Ruegues al señor, para alejar de nosotros a las serpientes.

Moisés rogó por el pueblo.

El señor dijo:

— Hagas en bronce la imagen de una serpiente y la expongas como un signo. Cualquier herido que la mirar vivirá.

Moisés hizo una serpiente de bronce, y la expuso como a un signo. Cuando

---

<sup>10</sup> Nel comentario que acompañaba la cita de Gregorio de Tours, mi erudito amigo Villoteau me hizo notar que muy cerca de la ubicación señalada, existe todavía una calle Serpente, alias calle de la Serpiente, llamada así por causa de una imagen votiva, pintada o esculpida, que evoca el milagro que unas buenas gentes de Lutecia atribuían a la serpiente y al lirón de bronce. El lirón no es más que un simple doble de la serpiente, el cual es el dragón. La palabra *serpiente* no debe, bien entendida, ser tomada en el sentido ofidio, sino más bien como grifo, quimera, lamia, hidra, etc. Filosofando con humor acerca de ese lejano suceso, mi amigo hizo notar que hasta el siglo 18, en vísperas de la revolución en París y sin duda más lejos, eran los religiosos quien cumplía el oficio de bombero. Escribió: Añadiría que movilizaban para hacer la cadena entre el río y el lugar del incendio, ribaldos y otros pícaros. El agua y el fuego, Dios y el diablo. Estamos en presencia de un mito tan viejo cuanto el mundo. Nacida del mar, Afrodita estaba entre las divinidades del fuego. No es fácil hacer comprender esos hechos en una época en la cual *elf* es una marca de *súper* y en la cual los elfos no bailan en la mejorana, en una época en la que Wotan se convirtió en OTAN, y las lavanderas proclaman ¡**Et omo factus est! (y se hizo hombre)**!



los heridos la miraban se curaban.<sup>11</sup>

## El caballo mágico de santo Tomás de Aquino

Abate Bordelon, que vivió en comienzo del siglo 18, contó, en uno de sus libros, una divertida anécdota que ilustra, también, la eficacia de los objetos simbólicos. Anécdota no es, sin embargo, la palabra que conviene, pues su veracidad es al menos dudosa. Se trata más bien de una leyenda, de una especie de fábula de la cual cada uno podrá extraer la moraleja según su convicción y creencia. He la historia:

Santo Tomás de Aquino, cuando estaba escribiendo su famosa *Summa theológica* era importunado a diario en su trabajo y sus meditaciones por las pisadas de los caballos que pasaban en la calle bajo sus ventanas para ir al abrevadero.

¿Qué hizo el santo para proteger la calma de su erudito retiro? Fabricó la imagen mágica de un caballo, verdaderamente una representación simbolizada, esquematizada, del animal, sobre la cual realizó una operación de transferencia, y la puso sobre una piedra a la entrada de la calle. Desde entonces ningún caballo volvió a pasar allí. El obstáculo invisible era infranqueable. Los palafreneros se vieron obligados a tomar otro camino para conducir los caballos al abrevadero.

Es una operación mágica análoga a la de la serpiente de bronce de la cual hablamos antes.

De todos modos, aunque la historia sea imaginaria, se pueden extraer las mismas lecciones que si fuese verdadera, ya que es ejemplar. Quiero decir que ilustra perfectamente una realidad incontestable de magia operatoria, a saber, que actuando sobre la representación de un ser se actúa sobre ese mismo ser.

De otra parte, es posible por medio de algunas prácticas simples de transferencia en un objeto inanimado, sobre un vegetal o sobre un animal, hasta sobre un ser humano, los males o los síntomas presentados en un individuo. Así se libera al paciente.

En psiquiatría, la curación de algunas neurosis u obsesiones se obtiene así. Son los accesorios terapéuticos y el vocabulario lo que cambia, pero el principio es el mismo.

En un plano de moral sublime, nel dominio del misticismo o del esoterismo más elevado, encontramos el mismo principio fundamental, que se trata del chivo emisario, del sacrificio del cordero, del inexplicable dogma de la *reversibilidad de los méritos*, de fenómenos de posesión y su curación, tales como los contados en el *Evangelio*, del odio que mata y el amor que cura, etc.

Luego de esas digresiones (tal vez más útiles de lo que parecen), vuelvo a mi propósito principal, que es siempre la suerte.

Igual que Santo Tomás ayudó a su suerte alejando a los caballos cuyo ruido le molestaba, cada uno de nosotros puede preparar también los medios de alcanzar un mejor logro de sus proyectos por medio de procedimientos análogos.

## Los guijarros de la suerte

Es posible, de manera notable, transferir una orden o una ofrenda a un objeto, lo volver portador, acumulador y ejecutor de una voluntad. Nos quedaríamos estupefactos de constatar los resultados obtenidos por nuestro esfuerzo en ese sentido, luego de algunas semanas solamente de entrenamiento. Explicaré como practico. Bastará hacer otro tanto.

Recojo algunos caracoles en la playa o guijarros nel campo. Los elijo preferentemente pequeños, livianos, lisos, de buena forma, fáciles de tener en la palma. Luego, durante todo un año los manipulo, los acaricio, los domestico, y finalmente los

---

<sup>11</sup> Libro de los *Números*, 21, 6-9



cargo de una impregnación simpática que, como la tinta del mismo nombre, no se revelará más que al contacto caluroso de la persona a la que se los regale. Pues éste es precisamente mi objeto: Dar a mis amigos un testimonio concreto de mi afecto y de mi solicitud por ellos. El pequeño guijarro *cargado* así es un resonador de suerte, el portador de una orden y también un ayuda memoria.

Resonador de suerte porque servirá de diapasón para evitar las disparidades entre la vibración personal del que lo utiliza y la armonía universal. Lo que llamamos la suerte es la nota justa, el acuerdo perfecto. La discordancia, la cacofonía, es la mala suerte. El guijarro correctamente cargado da el la antes de la obertura del concierto de la felicidad.

Portador de una orden: Es posible fijar especialmente una consigna a la carga del guijarro que se envía a una persona determinada. Aquí entramos en un terreno mágico donde no debemos nos aventurar sin precaución. Concretamente, podemos inclinar fuertemente, a veces irresistiblemente a un individuo hacia el cumplimiento de una orden expresada calladamente por el guijarro que previamente impregnamos con nuestra voluntad.

Ayuda memoria: Es saludable se encontrar, a veces, bajo los dedos un guijarro que haga recordar que tenemos imperiosos deberes a cumplir. ¡Cuántas obligaciones a desempeñar, ejercicios a hacer, sacrificios a consentir, esfuerzos a intentar! Si no pensamos en ellos constantemente, si olvidamos el deber de vivir y las leyes de saber vivir, entonces nos dejaremos ir en alas de la facilidad, en esa pendiente que conduce fatalmente a un abismo. Hay que querer antes que conseguir. La suerte se obtiene a ese precio, y ese guijarro dado por un amigo está allí precisamente para recordar esa necesidad.

### Sobre esta piedra edificaré tu desgracia

Junto a los guijarros de la suerte las piedras de la desgracia. Algunas, aun siendo preciosas, tienen mala reputación. Las personas supersticiosas pretenden que la amatista, por ejemplo, es maléfica. ¿Por qué. Tal vez porque los antiguos le atribuían la propiedad de preservar de la ebriedad, y el hombre no puede ser más que desdichado cuando está sobrio? Me resulta chistoso. De mi parte, no pienso que haya que sospechar de todas las piedras que pertenecen a una misma familia, y que fueron clasificadas por los geólogos (o mejor dicho, los *gemólogos*, como se dice hoy) bajo la misma denominación. El maleficio, según mi opinión, no está relacionado más que a una piedra individualmente, y no a toda una categoría de gema.

En cuanto al origen o a la causa de ese maleficio, es difícil las precisar. Puede ser de la naturaleza, de la esencia de la piedra tal como salió de la entraña de la Tierra. Su polaridad es negativa, emite vibraciones cortas y perniciosas. Otras veces se trata de una maldición caída sobre la gema convertida en joya, y que la impregna en forma duradera. En fin, puede ser una falta del primer dueño, sobre todo si la piedra estaba engarzada en un anillo o en un collar. Si la llevó durante mucho tiempo y si su irradiación personal era maléfica, pudo la cargar con sus ondas maléficas de modo indeleble, y son los futuros propietarios sucesivos quienes, después de él, sentirán sus efectos.

En todo caso, si se puede averiguar hasta saber por qué tal esmeralda o tal perla son maléficas, los efectos del maleficio son indiscutibles. Para los rebatir habría que dar prueba de una mala fe desvergonzada.

Los ejemplos son innumerables. No hablo de aquellos que se conocen en nuestro círculo, sino de todos los que, irrefutables, no fueron tomados de la leyenda pero de la historia oficial mejor controlada.

El caso más célebre es sin duda el de un diamante que un aventurero francés llamado



Tavernier trajo de las Indias y vendió a Fouquet, que era entonces el todopoderoso ministro de Luis XIV.

Tenía el tamaño y la forma de una gran ciruela. Era de una extraña belleza. Se diría una bola de fuego fría y azulada. Fuera arrancada, por no se sabe qué ladrón sacrílego, del frente de una estatua de un dios hindú, y Tavernier la trajo a Francia. Desde luego esa piedra maldita era seguida por un reguero de muerte, catástrofe, tragedia que provocaba a lo largo de siglos, donde pasase.

La primera víctima fue, seguramente, su primer dueño, Tavernier, que murió en la miseria, aunque vendió el diamante a un precio fabuloso a Fouquet, que, además, no lo aprovechó largo tiempo, pues cayó en desgracia, fue detenido y enviado a la prisión durante toda su vida. Le confiscaron su riqueza y el maravilloso diamante se convirtió en una joya de la corona de Francia. Encerrada nel tesoro real, su maleficio parecía adormecido. Pero recobró toda virulencia cuando la coquetería de una reina hizo reaparecer en público la piedra de fuego helado.

María Antonieta la encontraba tan hermosa que adoraba la usar en las grandes ocasiones. La prestaba también algunas veces a su más querida amiga, la princesa de Lamballe. Esas dos jóvenes mujeres fueron las víctimas elegidas por el moloque revolucionario. La reina fue guillotizada y la cabeza de la princesa paseada sobre una pica por el populacho en las calles de París.

Luego de esa tragedia, el diamante perdió la ponzoña. Alo menos no se volvió a oír hablar de él durante mucho tiempo. No escapó al pillaje del tesoro real, pero sus huellas se pierden hasta que, vuelto a tallar y convertido en prendedor, reapareció en la casa de un joyero de Amisterdán, donde el duque de Newcastle lo compró para llevar a Londres. Es a partir de entonces que el diamante se llamó *Hope*, por el nombre patronímico de esa ilustre familia, y bajo ese nombre se hizo famoso. No parece que trajo la desgracia al duque, al menos de manera espectacular. Pero al cambiar de propietario, de nuevo manifestó activamente su maleficio.

En 1894 el heredero del duque de Newcastle, Lord Francis Hope, regaló el diamante a su esposa, la actriz Mary Yohe. Hasta su divorcio en 1902, la joven no perdió ocasión de llevar la piedra, que adoraba y que la fascinaba. Estaba equivocada. Se arruinó totalmente, perdió sus últimos bienes en un trágico incendio y murió en la más negra miseria. El duque vendió Hope a un joyero cuyo negocio bien pronto quebró. Un francés llamado Collet compró el negocio con sus mercancías. Se volvió loco y suicidó inmediatamente después de vender el diamante maldito al príncipe ruso Kanitovsid, que prestó la piedra a una de las actrices del follies-bergére, de la cual se decía el protector. También fue atacado de locura furiosa. En la primera vez que su amiga apareció nel escenario con el diamante, desde su palco la mató a balazo. Algunas horas más tarde se mató a puñalada.

La trágica serie continuó. El propietario siguiente fue un joyero griego. Luego de vender Hope al sultán turco Abdul Hamid, se arrojó a un precipicio y se mató. La historia nos cuenta cómo aquel al cual se llamara *Abdul Hamid, el maldito*, o *el sultán rojo*, mató sin motivo a su mujer, la sultana Salma Zobeida, cuando ella llevaba el broche maldito nel pecho. Poco después del crimen, Abdul Hamid fue depuesto y su tesoro dispersado en la subasta pública. Un tal Habib, que adquirió Hope, no tardó en morir ahogado. Un millonario yankee, Beale McLean, compró el diamante, en 1911, por la suma, enorme en esa época, de 50 mil libras esterlinas. Con él entró la desgracia en su familia. Lo juzguemos: Señora McLean, que gustaba de la joya y la usaba a menudo, vio morir a su hija en un accidente de automóvil. Se divorció de su marido, que murió miserablemente en un asilo psiquiátrico.

La mala suerte continuó la persiguiendo: En 1941 cometió la imprudencia de llevar



Hope a la ceremonia de casamiento de su hija única, quien, poco tiempo más tarde murió trágicamente a causa de ingerir una dosis demasiado grande de somnífero. La piedra aún era suya cuando murió en 1948, luego de sufrir duros reveses financieros.

El último propietario, Harry Winston, no quería creer que una piedra pudiese traer desgracia. Al menos lo pretendió. Pero comprendió a tiempo que el maleficio de Hope se despertaría. Antes de ser abatido por la mala suerte tuvo la inteligencia de desembarazarse del diamante, donándolo al museo Esmitsoniano, donde ahora puede ser admirado sin peligro. Al convertirse en un objeto de museo, perdió la malignidad.

Eso no es, sin embargo, lo más raro del asunto: Se comprobó que el maleficio se extinguía cada vez que la extraña piedra dejaba de estar en contacto directo con la piel de un ser viviente.

## El anillo en forma de si

Así llamaba Paul Claudel al anillo que los esposos cambian el día de su casamiento. La imagen, poéticamente muy hermosa, está cargada de sentido. La alianza es un lazo de consentimiento que liga más fuertemente quien la recibe. Su poder simbólico es real. Es por eso que la perder es un mal presagio. La experiencia vivida por una joven conocida mía lo prueba.

Resumiré la historia en pocas palabras, pues su interés reside no en la circunstancia, en el decorado, en los personajes, sino solamente en el problema de suerte que plantea.

Una joven, obligada a empeñar su anillo, fue a retirarlo unas semanas más tarde. El prestamista, que recibió su dinero, invitó a su cliente a buscar su anillo en una copa donde estaban muchos anillos semejantes. Eligió la alianza que le quedaba bien, se la puso y se fue.

Ese día marcaba para ella el comienzo de una serie de hechos de mala suerte y de desgracias inexplicables. La víctima buscó una causa para esa serie negra. Creyó la encontrar cuando descubrió que, al recuperar su alianza en la del prestamista, se equivocara y que llevaba la alianza de otra persona. Tenía la prueba de su error, pues en el interior del anillo no estaba grabada la fecha de su matrimonio.

Volvió al prestamista, para recuperar su alianza, la que su marido deslizó en su dedo el día del casamiento. En vano. El anillo no estaba en la copa. Desapareciera, llevado por otra cliente.

¿Es posible modificar los efectos desgraciados neutralizando un cambio como éste? En un caso así, según mi criterio, hay tres soluciones posibles: Hacer neutralizar esa alianza extraña por medio de un operador competente, que tenga la técnica y los poderes de aliviar los objetos cargados de la impregnación, la hacer fundir en un crisol y la volver al estado de metal informe, o la arrojar al mar o en el agua corriente.

## Medallas benditas

Entre los objetos influyentes más fácilmente identificables, evidentemente están las medallas benditas. Tienen un increíble poder. Sin duda, los nuevos sacerdotes del clero progresista sonreirán ante esa afirmación. En cuanto a los laicos racionalistas, me acusarán de alentar la superstición de las beatas y las chinchas de sacristía.

Jamás polemizaría con esos espíritus fuertes. Me conformaré en renovar serenamente una afirmación que está fundada en algunas experiencias. Sería fastidioso contarlas. Permitas solamente contar una anécdota personal que ilustra mi propósito.

Durante varios años tuve a mi servicio a una mujer que no podía tener en la mano una medalla bendita. La dejaba caer como si fuese un trozo de metal encendido. Pero si la medalla no estaba bendita, la guardaba, sin molestia, entre los dedos. Hice la



experiencia muchas veces. Traté de confundir a esa sencilla mujer, le haciendo creer que la medalla que le di no estaba bendita, mientras realmente estaba, o a la inversa. Jamás vaciló: Si la medalla estaba bendita no podía la tener. Si no estaba la conservaba entre los dedos como una vulgar moneda.

¿Cómo explicar ese extraño comportamiento? Sin duda se trataba de un caso benigno de posesión satánica, pues esa mujer se curó luego que la envié a RP de Tonquédec, que era entonces el exorcista oficial de la diócesis de París. En todo caso, vi en eso la prueba de que algunos objetos están realmente cargados de un poder inmaterial cuyo efecto siente el hombre.

De todas las medallas conocidas, la más poderosa es la de san Benito. Debe tener, en un lado la efigie del patriarca de los monjes, alrededor de ella la divisa: *In virtute tua fiat Pax (Por tu causa se hace la paz)*. Nel reverso la llamada cruz de San Benito, en cuyos brazos están inscriptas las siguientes siglas: Sobre la línea vertical CSSML (Crux sancta sit mihi lux). Sobre la línea horizontal NDSMD (Non draco sit mihi dux). Entre los brazos de la cruz, ubicadas en forma de cuadrado, las letras CSPB (Crux sancti patris Benedicti). Finalmente, inscripta en círculo, siguiendo el borde externo de la medalla, la sigla de una fórmula de exorcismo: VRS (Vade retro Satanas) NSMV (Nunquam suade mihi vana) SMQL (Sunt mala quae libas) IVB (Ipse venena bibas). Esos encantamientos, rimados en bajo latín, agradaban a Baudelaire, que encontró los mismos acentos de hechizo, aunque en un tema profano, en su admirable poema *Franciscae meae laudes*. Pero no se necesita ser poeta para sentir la fuerza de esas fórmulas y querer se poner bajo la protección de ese escudo.

Para que sea activa esa medalla tiene que estar bendecida por un benedictino o por un sacerdote que recibió delegación y poder de un padre abad de la orden de San Benito. Los iniciados pretenden que cuanto más grande es, mayor es la eficacia. Según mi opinión, su diámetro no tiene importancia, pues comprobé docenas de veces que era capaz, bajo su pequeño formato, de cumplir su rol protector. Evidentemente, lo ideal es elegir el metal de la medalla teniendo en cuenta las correspondencias astrológicas: El solar debe preferir el oro, el lunar la plata, los venusinos el cobre, el marciano el hierro, el saturniano el plomo, etc. Pero eso es sólo un refinamiento.

Entre las otras medallas, aconsejaría especialmente el uso de la de san Cristóbal y la de san Expedito.

La de san Cristóbal puede parecer un poco desvalorizada por el abuso que de ella hacen los automovilistas. Pero no por eso disminuye su eficacia.

De acuerdo con mis consejos, el director de una compañía de seguro trató de establecer una estadística de los accidentados cuyo coche está bajo la protección de san Cristóbal. Su encuesta, discreta por fuerza, le sirvió para averiguar que, sobre 5000 casos, solamente 9% de las víctimas de un grave accidente de automóvil llevaban una medalla de san Cristóbal. Los otros descuidaron esa protección.

Para extraer una lección válida de esa estadística, habría que saber, evidentemente, cuál es el porcentaje de automovilistas que ponen un san cristóbal en el tablero de su coche. Pero me parece razonable admitir que ese porcentaje es muy superior al 10%.

Opino que una compañía de seguro advertida otorgaría una reducción de la prima a todos los clientes que se comprometiesen a usar la protección de san Cristóbal.

## Los especialistas de san Expedito

La medalla de san Expedito es capaz de actuar con la rapidez de un rayo en caso de necesidad urgente. Su especialidad consiste en provocar el desenlace favorable de una crisis, aportar una solución inmediata e imprevista a un problema angustioso, ofrecer al desesperado remisión instantánea.



Queda saber por qué se atribuye a ese santo una especialidad como ésta, ya que en su vida terrena nada parecía lo predisponer en ese sentido.<sup>12</sup>

El culto de dulía, el que se rinde a los santos, mientras que el de latría es el que se rinde a Dios, crea alrededor de su objeto un entorno afectivo y un ambiente vibratorio que terminarán a la larga por informar su personalidad sagrada y definir qué clase de interferencia es capaz de favorecer más especialmente entre lo sobrenatural y la vida cotidiana.

Se me comprenderá mejor si tomo un ejemplo que todos conocen: El de san Antonio de Padua. Absolutamente nada predisponía a ese gran santo a se convertir en el eficaz *abogado de los objetos perdidos* que llegó a ser. Sin embargo es cierto que, gracias a San Antonio, millones de cristianos tienen la oportunidad de encontrar objetos que perdieron. Eso es el resultado de varios siglos de plegarias dirigidas al mismo intercesor para obtener otorgamiento de la misma clase. Así se acumulan al pie de una estatua del santo, al mismo tiempo que las gotas de los cirios, especies de aluviones fervientes y activos que obligan a un santo tan solicitado a se manifestar.

Como todos sus hermanos de santidad, es también así que san Expedito conquistó su especialidad. Mientras haya exámenes y candidatos inquietos, temblorosos aspirantes a puestos demasiado codiciados, necesidades vitales para satisfacer urgentemente, heridas provocadas por el dinero que amenazan en se convertir en mortíferas, san Expedito verá a los fieles al pie de sus estatuas.

Recuerdo que el encantador y abominable escritor maldito Maurice Sachs, cuya escandalosa vida de dandi perverso tuvo un epílogo trágico e innoble, fue beneficiado varias veces por los favores de san Expedito. Fueron, por lo que conozco, las intervenciones más espectaculares y más indiscutibles de ese santo. Sin embargo, el autor de *Sabá* vivía desvergonzadamente nel vicio, y el ozono poético nel cual respiraba cómodamente exhalaba azufre. Pero le quedó, de su corto paso nel seminario, disposición natural a la fe, que facilitaba sus relaciones con lo sobrenatural. Puede ser ésta la razón por la cual pudo ser también inexplicablemente privilegiado. Cualquiera que sea la razón, para me agradecer (pues fui quien lo presentó a san Expedito), en 1935 regaló a mí un bastón de ébano con mango de marfil que perteneció a Gobineau, por quien sabía que yo profesaba una vehemente admiración. Esa caña es el objeto más poderosamente cargado que poseo.

## Como se desembarazar de un objeto maléfico

En este mundo obstruido por los objetos donde nos movemos, hay que avanzar con precaución como en una hormigueante jungla de espinas venenosas y de maravillosas flores. Tengamos cuidado con sus acechanzas. Sepamos distinguir nuestros amigos de enemigos. Puede se tratar de una corbata, una bolita de vidrio, una prenda de vestir, un cenicero, un cortapapel, un par de pantufla, un estuche de antejo, un sillón, una pipa, un ratón... Cuando descubras los objetos amigos de tu felicidad no los abandones. De los objetos enemigos te desembaraces por cualquier medio.

No importa cómo si se trata de objetos neutros. Pero para los objetos cargados y los objetos signo es mucho más delicado. Hay que observar formalidades indispensables. Si no, la mala suerte que provocan persistirá. Para disipar esa funesta remanencia hay que cumplir algunos ritos que indicaré.

No obligo a que me crea bajo palabra. Puedes sonreír con las precauciones que recomendaré para se desembarazar, según las reglas, de un objeto maléfico. Tal vez pensarás:

---

<sup>12</sup> Es el inconsciente colectivo. Nota del digitalizador



— Con tal que no lo vea y no lo toque más lograré escapar a su influencia.

Sin embargo, no. Su acción es comparable a la de una radioactividad que persiste después de su desaparición, el alejamiento o la destrucción del objeto que es la fuente.

No existe, al que sé, más que dos maneras de se sustraer a las peligrosas irradiaciones de esos objetos. La primera es de una perversidad bastante siniestra: Regalar el objeto nefasto a alguien que lo acepte con conocimiento de causa. Es necesario que el receptor, por abnegación, como una bravata o por escepticismo, consienta en recibir el regalo lo sabiendo envenenado. El nuevo propietario asume así, deliberadamente, en nuestro lugar, un riesgo por él conocido: Se pone en nuestro lugar. Es por esa única condición que el maleficio puede cambiar de blanco. Nosotros salimos del campo de tiro. Es al nuevo propietario a quien ahora asaltará. Corroboramos aquí la aplicación de una de las leyes fundamentales de la suerte. La ley de substitución, sobre la cual hablé en otro capítulo.

Es posible que el nuevo amo sea más fuerte que el maleficio y lo domine. Entonces todo terminará bien. El objeto se volverá neutro. La fiera fue domesticada.

Puede se presentar otro caso: El nuevo propietario no está en la misma longitud de onda que el objeto. Entonces nada ocurre. Es como si los disparos cayesen ineluctablemente al lado del blanco. Se trata, de forma notable, del caso en que la carga del objeto fue inicialmente encaminada a alcanzar un objeto particular. Una vez desaparecido el objetivo, el proyectil se pierde. Pero el objeto sigue siendo, al menos en forma virtual, peligroso: Le basta encontrar un nuevo amo ubicado en su línea de mira para que el maleficio reaparezca en forma virulenta. Es entonces mucho más prudente, cuando se puede, neutralizar definitivamente el objeto.

## Comodoro

Conozco un hombre cuya especialidad es justamente ésta: Me animaría a decir la profesión. Es una especie de artífice de lo invisible, que desactiva las minas sobrenaturales.

Vive como un ermitaño en un pueblito de Gâtinais.

No quiero revelar su nombre ni dirección, pues detesta a los curiosos. No admite trabajar más que para sus amigos, algunos anticuarios y un librero especializado en las obras de ciencias ocultas. No quiere ampliar la clientela.

Nel pueblo donde vive, nadie conoce sus actividades. Lo llaman Comodoro. Vive como un retirado de la marina, un viejo capitán de larga carrera, poco conversador y de humor fuerte. Su propiedad, bastante grande, está totalmente cerrada por altos muros. Hay hierba suficiente para alimentar una tropilla de cabra. En sus invernaderos crecen plantas desconocidas en nuestro clima.

Aunque aparentemente desinteresado, gana bastante dinero. Sé que para neutralizar un objeto pide como mínimo 500 francos. Si se trata de un adorno o de un bibeló particularmente peligroso, aumenta el precio. Lo vi pedir 5000 francos a un norteamericano para volver inofensivo un maravilloso collar de esmeralda, que tenía la fastidiosa propiedad de estrangular a las mujeres que lo llevaban.

¿Qué hace con el dinero que gana? Ese anciano apenas tiene necesidad. Se alimenta con legumbre, bebe agua de la fuente. No colecciona obra de arte. No es benefactor de institución de caridad. Toda su servidumbre se compone de un viejo jardinero y de un criado para todo servicio. El criado es un ex monje que, luego de pasar diez años como hermano laico en una trapa, volvió al mundo donde fue incapaz de subsistir.

Es un caso perdido que Comodoro recogió un día por azar. Es bueno para todo y para nada. Es un pobre de espíritu, pero todavía sabe rezar.

La casa, una antigua granja, está muy deteriorada. Dentro no hay lujo ni confort.





Mesas, sillas, camas, son de madera blanca. ¿Adónde va el dinero? Llegué a saber.

Todos los hermosos billetes crujientes que le dan los ricos de este mundo son quemados por Comodoro en su gran chimenea de banasta dos veces por año, en verano, en Santa Juana, y en Santa Lucía. ¿Por qué ese absurdo auto de fe? Es una ceremonia expiatoria en la cual el santo hombre recarga su fuerza moral. Es también una bravata, una provocación a Mamón.

Tuve el privilegio de asistir a uno de esos incendios. Era alucinante. Uno se esfuerza en despreciar el dinero, pero sufrimos físicamente al ver que la llama devoraba tanta riqueza. No se puede evitar un movimiento de rebeldía. Pero cuando los billetes del banco de Francia, las libras esterlinas y los dólares fueron solamente ceniza, sentí un maravilloso apaciguamiento semejante a la dichosa tranquilidad que sigue al goce. Tuve la impresión de estar a la vez despojado y ligero como si ganase todo al lo dar todo.

Comodoro rezaba mientras recogía en una bolsita la ceniza, que le serviría para la confección de algunos amuletos, cuyo secreto posee, destinados a favorecer la suerte financiera. Esos amuletos son pagados muy caros por los banqueros y negociantes supersticiosos, cuyas letras de banco serán devoradas por la llama. Así va el mundo, siguiendo la absurda ronda de las transformaciones en círculo cerrado. Lucha insensata contra los signos de la riqueza. ¿Espera ese loco verdaderamente ganar en velocidad a las planchas de billetes de los bancos, de casas de moneda y destruir el dinero más rápido de lo que se reproduce?

Los amuletos que fabrica Comodoro son de piel de chivo. Se niega a se especializar según la demanda de los clientes. Unos están destinados a favorecer el amor, otros a la investigación, otros el dinero. De todos modos, son de eficacia asombrosa.

Es seguro que todos los amuletos no tienen el mismo poder. Pero que estén en condición de actuar, es necesario, evidentemente, que estén personalizados y consagrados. Su eficacia dependerá, a continuación, de la competencia de quien los fabrica o de su autoridad sobre las fuerzas que pone en juego. No sería sensato pensar que los pretendidos talismanes, fabricados en series industriales, vendidos por correspondencia, o en el aserrín de tiendas ambulantes, pueden ser influyentes.

Me acuerdo de haber leído en los diarios, con una consternación divertida, un hecho extraordinario, edificante y de un ácido humor: Un estudiante senegalés vendía a sus compatriotas y condiscípulos un papel secante que borraba las faltas de ortografía. Antes de ser detenido por estafa, tuvo tiempo de hacer fortuna.

Hay también comerciantes, ¿qué digo?, industriales, que venden engañabobo de la misma clase a innumerables personas que desean, no ya escribir una carta sin falta de ortografía, sino sobresalir nel negocio o nel amor, conseguir suerte o seducción.

Esos vendedores de talismán, amuleto, medalla, cruz o estatuilla venden apenas esperanza, es decir nada, y que sin embargo puede llegar a ser la más preciosa de las mercancías cuando quien compra tiene confianza, pero es solamente viento para el que perdió la fe.

En otra parte, esa es una de las razones por las cuales vacilo en disipar las ilusiones que se hacen millones de personas sobre el valor de los pretendidos *talismanes*, alabados (con testimonios firmados) por ruidosa publicidad.

Ya que mi propósito es precisamente enseñar a los que tienen mala suerte los medios de salir del atolladero y conseguir un poco de felicidad, si entre esos medios están la ilusión y la mentira, ¿no sería cruel de mi parte privar de ellas a todos los que encuentran allí confortamiento y a veces la realización de sus deseos?

Sin embargo, es difícil se hacer el cómplice, aunque no sea más que por el silencio, de una farsa gigantesca. Estoy seguro de que, entre los estudiantes negros que usaron el papel secante que borraba las faltas de ortografía, muchos aprobaron su examen



mientras que otros hubieran debido fracasar normalmente: Cometieron menos error en sus dictados a causa del papel que, creyeron, podría los borrar. ¿Era ésa una razón suficiente para no interrumpir el astuto tráfico?

La credulidad es una virtud propia de la infancia. Abre las puertas al sueño y a la poesía. Entre ser crédulo y ser creyente no hay más que un matiz. Cuanto más tiempo creemos en Papá Noel, más tiempo seremos dichosos y... satisfechos nuestros deseos.

Sí. Cierto. Pero eso ocurre porque Papá Noel no existe. Mientras que los verdaderos talismanes, fuertes, irradiadores, fabricados con mano maestra y no en cadena, existen verdaderamente. Tienen realmente una eficacia que puede ser formidable.

Cuando uno sabe, se escandaliza mucho al ver que bajo el mismo nombre se propone a los ingenuos y a los ignorantes, incapaces de distinguir la verdadera mercadería de la falsa, aparatos, adornos o alhajas que no tienen otro valor espiritual ni otra eficacia que las que le otorgan sus compradores.

Ese escándalo me hace pensar en esas famosas *verdades convertidas en locura* de las que hablaba el gran escritor, de religión católica, Chesterton.

La talismánica es una ciencia y un arte. Se funda en tradiciones. un saber sutil y profundo. Un tesoro de experiencia milenaria. Para fabricar sus *obras maestras mágicas*, cuyo mecanismo es más delicado que el de una bomba atómica y su poder mucho más temible, se debe tener en cuenta datos astrológicos, geométricos, físicos, químicos, numerológicos, botánicos, religiosos, biológicos, etc. Así como hace falta una tonelada de uranita para hacer un gramo de radio, lo mismo se necesita, para preparar a un individuo cualquiera el amuleto que le conviene, prestar atención a cuidado, esfuerzo, plegaria y conocimiento, un tesoro inmenso, sin algo en común con el pequeño objeto que saldrá de esa cocina *mágica* y se venderá u ofrecerá a un profano a veces escéptico.

He por qué estoy tan profundamente conmovido por la confusión, sabiamente mantenida por los ávidos comerciantes, entre los ridículos talismanes fabricados en serie, que no tienen valor ni eficacia, y los auténticos amuletos personalizados, que a veces son verdaderas bombas de suerte.

De otra parte, todos los anzuelos para la suerte, cualquiera que sean, nunca funcionan solos. Es a quien los usa que corresponde los cebar y estar muy atento para los poner en movimiento nel momento oportuno.

Para fijar las ideas sobre ese tema, encuentro la mejor referencia en Estanislao de Guaita, uno de los eminentes maestros rosacruces, el amigo íntimo de Maurice Barrés, que escribió en su *Clave de la magia negra*, como citó Etteila:

Para que un talismán sea eficaz, es decir, para que confunda y prevenga aquello para lo cual es establecido, es necesario que los deseos de quien requiere estén en su esfera, para que nada tengan contra la ciencia y la sabiduría. Un talismán es un hueco que recibe la cera que el modelador vierte a él, para que las influencias se concentren sobre quien para el cual fue hecho el talismán.

No pienso que los talismanes vendidos nel comercio u ofrecidos como propaganda comercial puedan ser de esa naturaleza.

## El dinero compra todo

Luego de nuestra digresión sobre los amuletos, volvamos al problema de los objetos reconocidos como maléficis y dañinos, a los cuales es necesario eliminar. Si no se puede los neutralizar o no se encuentra una persona que consienta en los recibir conociendo los motivos, existe (¡gracias a Dios!) otras maneras de se desembarazar de ellos sin perjuicio.



Si no podemos dar el objeto, lo vendamos. El dinero es un poder maldito que compra todo ciegamente, la buena como la mala suerte. Puede comprar la conciencia, la virtud, el honor. Pensemos entonces que fue capaz hasta de comprar la vida de Cristo, y nunca se terminará de reflexionar sobre la venalidad de Judas. De otra parte, nel dominio de lo sagrado, aunque se condene la simonía con horror, no queda duda de que un sacramento comprado es al menos un sacramento válido.

El amor, la fidelidad, la devoción, aseguro que todo se compra. No hay excepción. Todo es cuestión del precio. El dinero es el arma absoluta del Demonio y es el Demonio quien reina sobre el mundo. Pero ese poder es ciego: Compra también. Y eso es el colmo de esa insensata anarquía, hasta lo que puede lo destruir, por ejemplo, las indulgencias.

No vacilemos: Cuando tengamos la ocasión, vendamos el adorno o la alhaja maléfica cuya influencia nociva advertimos.

En consecuencia, desconfiemos de los anticuarios. Encontraremos en su comercio lo peor y lo mejor. Antes de aprovechar una *ocasión*, de adquirir un objeto, hay que asegurarse de que es neutro o benéfico. Si no, nos arriesgamos a recibir desagradable sorpresa.

Otra manera, a la cual se debe recurrir nel peor de los casos, es quemar el objeto completamente y arrojar la ceniza en la pila de algunas iglesias dedicadas a algunos santos cuya eficacia antimágica fue reconocida tradicionalmente. Esa es la razón por la cual las pilas de la iglesia de san Eustaquio, en París, a menudo están muy sucias. Entre los otros santos eficaces citaré san Antonio, san Roque, san Expedito, san Juan Evangelista (pero no san Juan Bautista), san Cristóbal, san Benito...

Si el objeto es incombustible no queda más que un recurso: Lo arrojar al mar o a un río profundo. En todo caso el agua debe ser corriente: Estanque o laguna no serviría.

Utilicé personalmente ese procedimiento en una circunstancia que contaré. Fue muy oportuno.

## ¡Cuidado con los anticuarios!

Cuando era un joven periodista me encargaron una entrevista a propósito de no me acuerdo qué suceso de actualidad, a un anticuario del bulevar Raspail. La amable anciana tenía una coqueta mirada y una sonrisa inquietante. Rengueaba ligeramente y se apoyaba al caminar sobre un báculo episcopal. Estaba vestida de hopalanda forrada, como la que llevaban los boyardos rusos antes de la revolución, ajustada a la cintura por una cadena de oro, cada uno de los eslabones adornado de un ícono en miniatura. Esa extraña anciana, luego de haber respondido de buen grado a todas mis preguntas, me hizo los honores de su negocio. Junto a muebles magníficos había una confusión de objetos heteróclitos. Dijo:

— No aconsejo te aventurar en mi negocio en noche. No saldrías vivo. Todos estos adornos son mortíferos. Los colecciono por su malignidad. En la noche no cierro la puerta con cerrojo. Todos los objetos que están aquí se defienden. En una noche un ladrón entró para robar mi negocio. Nel día siguiente, en la mañana, lo encontré extendido nel piso, paralizado. El primer adorno que tomó en las manos lo fulminó. Era un joven agradable. Lo cuidé hasta que se curó y lo ayudé a encontrar un trabajo honesto. En la actualidad es mi secretario. Vive conmigo, en mi casa de Neuilly, donde no tengo objeto peligroso.

Por supuesto, no creí en aquel insensato relato, pero fingí entrar nel juego de la vieja loca. Dije:

— Me dejaste manipular los adornos. ¿No caeré paralizado también?

— Mientras yo esté contigo nada tienes a temer. Cuando el dueño está presente las



fieras retraen las garras. Desprecio estos objetos malignos, los considero viles, escupo sobre ellos. Ni uno osó se rebelar.

Mientras decía eso escupió sobre un sapo de bermejo ubicado sobre la tapa en forma de hoja de nenúfar de un azucarero de plata y golpeó violentamente el piso con su báculo. Gruñó con sombría violencia:

— ¡Domino a todos!

Luego de un silencio bastante largo, añadió:

— Percibí que no me tomas muy en serio. Es una lástima, porque eres muy agradable y siento que tienes el don. Si consientes en te prestar a una experiencia, te obligaré a creer. Tomes. Es un adorno que trae desgracia sin ser mortífero. Lo tengas. Regalo a ti. Será un recuerdo de tu visita a mi casa.

Se trataba de un toro de cobre, esquemáticamente estilizado: Dos cuernos, una frente, una agarradera, pero sin ojo, sin garganta, sin hocico ni oreja. ¡Casi un Picasso! 2cm de alto por 2cm de ancho. Origen desconocido pero seguramente antiguo, pues el metal usado, pulido por los años, era suave al tacto.

Llevé el objeto. Me gustaba su belleza un poco inquietante. Era agradable lo tocar. Sentía simpatía pero pronto supe, a costa mía, que a él no ocurría lo mismo. A partir del momento en que me convertí en su propietario una serie increíble de pequeñas desgracias se abatió sobre mí. Al bajar del autobús en marcha me torcí el tobillo. Nel día siguiente, sin motivo válido, me despidieron del trabajo. Luego perdí mi portafolio nel cual estaba toda mi fortuna, es decir, la indemnización que acabara de cobrar. Rompí mi cámara fotográfica. Me peleé con un amigo querido. Ordenando mis papeles, arrojé al fuego, por un descuido inverosímil, el manuscrito de una novela en la cual trabajaba desde hacía seis meses y cifrara grande esperanza. El horno de mi cocina a gas me explotó en la cara... Resumiendo: Al fin de la semana fui castigado de tal modo que me convencí de que era la cabeza de toro quien me traía desgracia.

La puse sobre un cenicero, en mi escritorio. Tenía un aspecto inocente. Pero en adelante ya no me dejaría convencer por la hipocresía de los objetos. Pagué caro mi iniciación. Con repugnancia tomé el pequeño objeto, lo puse nel bolsillo y volví a la casa de mi anticuario, para lo devolver.

La anciana dama me recibió con una sonrisa irónica:

— ¿Ya vienes para devolver mi regalo?

— Si quieres lo recibir. — Dije, tristemente. — Es increíble la cantidad de tejas que me cayeron en la cabeza desde que soy su dueño.

— ¡Ah, mi joven y escéptico señor, ya te convencimos! Pero no creas que es tan fácil se desembarazar de él. Sería muy sencillo si todo consistiese en devolver. Lo aceptaste, te pertenece como si fuese uno de tus miembros. Para romper el encanto haría falta ahora que yo lo aceptase con todos los riesgos que eso significa. ¿Sería razonable?

— En ese caso sólo me queda tirarlo a la basura.

— No te librarías de la mala suerte.

Entonces explicó el misterio de la remanencia, la extraña propiedad que tienen los objetos cargados, de continuar influyendo sobre su propietario, aunque los aleje de sí. Explicó también la condición en la cual puede se llegar a una total separación entre el objeto y el dueño. Me sentí asombrado y un poco asustado por ese hecho.

Para me consolar quiso dar las recetas sobre las cuales hablé antes y que permiten se deshacer de un objeto peligroso.

— ¡Vamos! Recibiré la pequeña cabeza de toro, pues sé cómo la volver inofensiva como un cordero. Si yo me rehusase, podrías se deshacer de ella y escapar a su influencia la tirando al Sena. Es un truco que enseñó. Podrá te resultar útil algún día. Para que no dejemos de ser buenos amigos haré otro regalo. Aquí tienes un talismán que



te compensará de los desastres que causó la cabeza de toro.

Me tendió una gran ficha de marfil en cuyo centro se inscribía una cifra: 13.

— Lleves este colgante. Provoca los dichosos golpes de suerte.

— Generalmente se dice que el 13 trae mala suerte. — Dije, estúpidamente.

— ¡Bah! Eso depende. La superstición no siempre tiene razón. Además, no es un número abstracto, sino una cifra escrita nel marfil. Para ti este objeto será bueno. Trates de te hacer amigo de él.

## El 13 y la chica

Llevé el colgante durante varios meses y pude comprobar que, en efecto, favorecía inexplicablemente la mayoría de mis asuntos.

Un día lo regalé a una muchacha norteamericana que bailaba entonces en una casa musical parisién. Me acuerdo de que se llamaba Doris y que tenía cabello de fuego. Hoy debe ser una vieja dama honorable que entibia su reumatismo al sol de California. Pero estoy seguro de que conserva el temor supersticioso del número 13. Si por un azar imposible estas líneas cayesen en sus manos, podría confirmar los asombrosos acontecimientos causados por el colgante que ofrecí.

Le gustara la alhaja. Quiso la tener. Para la complacer la regalé, insistiendo nel hecho de que era un verdadero amuleto. Para la convencer, hasta conté la historia de la anticuaria. Creyó. Estaba muy contenta en tener una alhaja dotada de semejante poder.

Ese 13 de marfil se reveló inmediatamente de virulenta malignidad. Los malos golpes se sucedieron con ritmo rápido y parecían tan inexplicables que no se los podía atribuir más que a una auténtica agresión de la mala suerte. Para qué contar todas las desgracias que se abatieron brutalmente sobre la joven bailarina, la dejando literalmente embrutecida de pavor. Entonces me acordé del consejo de la anticuaria: Llevé un día a mi amiga a la pasarela del puente de las Artes y le aconsejé a arrojar el 13 al Sena. Vaciló un poco, preocupada en sacrificar una alhaja que consideraba una prenda de amor. Finalmente se decidió y la arrojó al agua negra. Al hacer ese gesto la manga de su vestido se desgarró bruscamente desde el hombro al codo. Fue la última picardía del 13 de marfil. Desde el día siguiente el destino de la muchacha retomó el curso normal.

Así pude comprobar la eficacia del infantil procedimiento que recomiendo si algún día haber necesidad de escapar a la influencia nefasta de un objeto empeñado en hacer mal.

## Como cargar un objeto

Los objetos que fastidian nuestra existencia cotidiana y a cuya influencia estamos sometidos se cargan muy frecuentemente al azar de su permanencia en casas donde los moradores irradian intensamente, en situaciones en las cuales se desarrollan acontecimientos de importancia excepcional. O absorbieron, sin saber su dueño, una parte de su fuerza vital, deseo, ambiciones, odio, amor. A continuación, cualquiera que toca o posee tales objetos hereda de todos modos nel plano sobrenatural un reflejo activo del primer propietario. Esa es la razón por la cual las reliquias de los santos son tan preciadas y pueden hacer milagro. Es la razón por la cual los objetos que pertenecieron a hombres célebres son tan buscados.

Pero la carga no es forzosamente resultado del azar. Puede se realizar deliberadamente por ciertos procedimientos. En otros términos, es posible cargar a voluntad un determinado objeto. Puedes lo intentar, si te divierte, y quedarás asombrado del resultado.

Naturalmente, indicaré aquí solamente los procedimientos que permiten cargar los



objetos de influencia en principio benefactora. Las cargas maléficas pertenecen a la magia negra y sería lamentable posibilitar su difusión.

Habiendo hecho esta aclaración, antes de dar los consejos que permitirán intentar la experiencia, se impone una observación preliminar: No es posible se hacer bien a uno mismo. Abandones toda esperanza de acumular su propia fuerza vital en un objeto que se la devolvería más tarde, cuando estuvieses en un período de depresión. En ese sentido, hay que admitir la decepción, no se puede hacer provisión para uso personal. Es imposible. Trabajarás siempre para los otros, nunca para ti. *Sic vos, non vobis*, dijo Virgilio.<sup>13</sup>

Segunda advertencia: Puedes cargar un objeto como juego, como placer, como ejercicio, para nada, luego lo poner en circulación sin se preocupar más con él o, al contrario, vigilando con curiosidad los efectos que provocará. En ese caso comprobarás que tendrá mucho más poder cuanto menos se parezca a ti la persona que lo posea. Inexplicable pero cierto: Dos gemelos no podrían se hacer uno al otro un regalo útil con un objeto que uno de los dos hubiese guardado. La semejanza moral provoca además la misma inhibición que la semejanza física. ¿Por qué? No sé, pero es un hecho.

Si procedieres a la carga *ad personam* de un objeto, harás bien en tener en cuenta ese factor.

Para llevar a cabo la operación el objeto no debe se separar de ti, al menos durante una semana y estar siempre en contacto con la piel. En la noche te acuestes contigo, lo ubicando preferentemente entre los muslos. Durante el día, lo tengas entre las palmas. Hay que pensar con fuerza y se representar nel espíritu la corriente de fuerza que se produce de ti a sí. Si sientes la fatiga del esfuerzo, es buena señal.

En principio todos los objetos, cualquiera sea su material, pueden ser cargados. Sin embargo, la madera, los metales, el barro cocido, el hueso, el marfil, el cuero, el ámbar, el jade, las piedras preciosas o no, se impregnan mejor que el vidrio o el caucho, por ejemplo. En cuanto a los materiales plásticos, son de tal manera muertos que son completamente impropios para retener una carga durable. Al contrario, el algodón hidrófilo, la lana, la seda, son excelentes, mientras que las fibras sintéticas son impropias.

Evidentemente, la forma del objeto es también muy importante. Lo ideal es el huevo, lo oval. Las formas redondeadas, los círculos, son más fáciles de cargar que los objetos con aristas, ángulos, puntas.

Por supuesto, solamente los objetos pequeños pueden se cargar por ósmosis directa. Los que son demasiado grandes, principalmente los muebles, no pueden se cargar más que, a la larga, se impregnando de un ambiente. Sin embargo, a fuerza de poner las manos en ellos, podrás al menos apresurar la impregnación.

Hay igualmente algunos muebles u objetos que reaccionan muy violentamente al

---

<sup>13</sup> *Sic vos, non vobis*: Así vosotros, no para vosotros. La frase se aplica al que hace un trabajo, otro llevando las palmas o el beneficio. El origen de la frase es: Contó Tiberio Claudio Donato, en su *Vida de Virgilio*, que tras de una noche de abundante lluvia apareció en las puertas del palacio de Augusto el siguiente dístico (composición poética que sólo consta de dos versos en los cuales se expresa un concepto cabal): Nocte pluit tota - redeunt spectacula mane - Divisum imperium cum Jove Caesar habet. El dístico, traducido al castellano expresa: Lluve toda la noche pero mañana se darán de nuevo espectáculos, pues César comparte el imperio con Júpiter. El emperador preguntó de quién eran los versos. Inmediatamente el poetaastro Batilo dijo que eran suyos, por lo cual en la noche siguiente se leyó en la misma puerta este hexámetro (verso de 6 pies o compases): Hos ego versiculos feci - tuttli alter honores. En castellano: Hice estos versos y otro llevó la gloria. Además, seguido a dicho hexámetro, estaba escrito el hemistiquio (mitad o parte de un verso), *Sic vos, non vobis*, repetido 3 veces, Batilo no pudo completar los cuatro versos, por eso tomó la iniciativa Virgilio, diciendo: *Sic vos, non vobis, nidificatis, aves.* - *Sic vos, non vobis, vellera fertis, oves.* - *Sic vos, non vobis, mellificatis, apes.* - *Sic vos, non vobis, fertis aratra, boves.* En castellano: Así vosotros, pájaros, hacéis el nido, y no para vosotros. - Así vosotras, ovejas, producís la lana, y no para vosotras. - Así vosotras, abejas, hacéis la miel, y no para vosotras. - Así vosotros, bueyes, lleváis el arado, y no para vosotros. Con eso quedó evidenciado que el autor era Virgilio. <http://agenortabasco.blogspot.com.br/2009/07/asi-vosotros.html> Nota del digitalizador



ozono pasional que se desprende de algunos enfrentamientos humanos. No te asombres si lees que el lecho de Napoleón, la bañadera de Marat o la silla perforada de María Antonieta son buscadas por los coleccionistas. Más que su rareza, es la irradiación invisible de esos muebles lo que constituye su valor real.

Ciertos objetos, ciertos muebles, ciertas decoraciones, fueron a veces tan poderosamente cargados por un acontecimiento, por ejemplo un crimen del cual fueron testigos, nel cual hasta tal vez hayan jugaron un rol, que están como traumatizados. Enseguida liberan esa carga con fuerza y constancia extraordinarias. Esa es la verdadera explicación del misterio de la aparición de fantasma, de aparecido, de casa encantada, nel cual la razón querría negar la realidad pero cuyas manifestaciones fueron comprobadas a menudo.

## Sanear las casas

Hay casas felices y casas desdichadas. Aquellas donde vivieron generaciones de personas apacibles emanan ondas favorables a nuestra felicidad. Las donde se desarrollaron dramas o donde se sufrió grandes enfermedades durante mucho tiempo o donde se tramaron complots, donde escenas entre parejas, odios familiares, hasta crímenes, perturbaron la atmósfera, serán siempre inadecuadas para la felicidad, en tanto no hayan sido desinfectadas.

Antes de se instalar en una casa o en un departamento, hay que tomar algunas precauciones. Si no eres muy fuerte, si no recibiste la iniciación necesaria para desinfectar esos lugares, te queda siempre el recurso de se dirigir a un sacerdote que, a golpes de agua bendita y de fórmulas sacramentales, disipará peligrosas remanencias. Aunque no seas creyente, no tengas vergüenza de fijar en la pared una imagen del sagrado corazón y poner ramilletes de olivo sobre los armarios.

No hay que tener vergüenza de emplear esos medios comprobados, aunque parezcan ridículos, para ahuyentar de las habitaciones, donde se vivirá, las fuerzas malignas que se acumularon allí con el curso de los años. Todo es mejor que dejar que se comprometa nuestra felicidad y nuestra suerte por los errores de abusivos y predecesores.

En cuanto a las casas nuevas, si no fueron construidas con materiales nobles, hay que las evitar como a la peste. El cemento, el hormigón, los elementos prefabricados no son impregnables por la irradiación humana. Se trata de la prisión ideal, el calabozo inhumano por excelencia. Estarás allí de tal modo al abrigo de toda influencia exterior que será como si estuvieses desnudo, desarmado, librado solamente a tu poder individual que se reflejará, se quebrará, rebotará sobre esas superficies impenetrables, y terminarás finalmente te devorando. Es el Infierno. Uno se vuelve loco o criminal. Esa es la razón de todos los dramas que estallan en las HLM,<sup>14</sup> de lo que se llama *el mal de los grandes complejos*, la irascibilidad, las depresiones nerviosas, los suicidios.

Si se tiene la desgracia de estar condenado a vivir en esos lugares malditos, en esos establos para asalariado, la única manera de se proteger es acumular en torno de sí los muebles y objetos poderosamente cargados, que establecerán una corriente artificial de vida sincera, interferencias de irradiación que impedirán una deshumanización completa de los habitantes de esas prisiones.

---

<sup>14</sup> HLM: Viviendas económicas



# El buen y el mal de ojo

No me gustan los espíritus  
fuertes. No son más que tontos  
que desafían lo desconocido.

Napoleón

**L**os seres vivos (vegetales, animales, humanos), son capaces, como los objetos, de traer buena o mala suerte. Entonces es útil, como para los objetos, saber reconocer para aprovechar mejor a los benéficos y se proteger contra los maléficos.

No hay problema con las plantas ni con las flores. Cada uno de nosotros, aun lo más torpe, es consciente de la simpatía o de la antipatía irracional que experimenta por algunos vegetales. Entonces basta no contrariar nuestro instinto.

Quien detestar el nogal no debe dormir la siesta a la sombra (mortífera para sí), de ese árbol. Quien siente repugnancia por las plantas grasas no las tendrá en su departamento. Quien guste de la compañía y del perfume de los geranios no necesita mi consejo para adornar su balcón y su jardín. ¿El perfume del pino macerado te cura el resfrío. La magnolia de hojas enceradas te da una bienhechora sensación de lujo. La amarga hoja del laurel, puesta bajo la lengua durante el sueño, te procura sueños proféticos? No te prives de esas oportunidades. Hagas amistad con todas las plantas que te quieren bien. Abraces largamente los robles, acaricie la suave corteza de los abedules, rasque cariñosamente el tronco de los cerezos silvestres. Podrás obtener un provecho inmediato y duradero. Pero si la palmera te da sarna, si las tuyas lo asustan, si las orquídeas te envenenan, no te creas obligado a disimular. No tiene deber de cortesía a ellas. Huyas con horror, aun si, en un caso extremo, el más importante de tus enemigos es la rosa.

Todo es sencillo nel dominio de lo vegetal. No hay que temer sorpresa. Las plantas son siempre lo que son. Es imposible las cargar. Entre ellas y tú todo es cuestión de afinidad. Ninguna fuerza extraña es capaz de modificar el bien o el mal que ellas te deseen.

*Digas con flor* es un lema engañoso inventado por los floristas. Si el lenguaje de las flores existe, es propio de ellas, jamás será el tuyo. Nunca podrás les hacer decir más que su verdad. Pongas todo su amor en un ramo de rosa roja, no por eso dejarán de ser nocivas si existe incompatibilidad entre ellas y la persona que lo recibirá.

Pero un consejo al pasar: No hagas mal a las flores, pues lo devolverán. Por ejemplo, hay que saber que las rosas sufren si están en número par en un jarrón, y que si se las ubica frente a un espejo morirán más rápido, agotadas por la contemplación de su belleza. Víctimas de tu negligencia, tendrán para ti un mal pensamiento cada vez que pierdan un pétalo. El crimen se paga, sobre todo si se trata del asesinato de una rosa.

También los animales pueden actuar sobre la suerte de los hombres. Como nel caso de los vegetales, es la amistad que uno les ofrece lo que nos informa sobre el bien o el mal que pueden nos atraer. Si te gustan las arañas, te traerán felicidad. Si detestas los gatos, te traerán mala suerte. No hay truco posible.

Sin embargo, debo añadir que los animales y los vegetales pueden servir de soporte a transferencias mágicas de las que hay que desconfiar. Es posible, en efecto, hacer pasar a ellos el *mal* (de cualquier naturaleza que sea) que ocupa a una persona, y del que ella se verá librada. Esos desdichados substitutos se debilitan y mueren en lugar de los seres humanos cuyo mal les fue transferido mágicamente. De otra parte, es posible también





los transformar en una especie de centro flúidico, capaz de emitir en su entorno ondas abstractas (benéficas o maléficas), hasta que sea neutralizado por el desgaste o por intervención deliberada.

Es decir que, aun en las relaciones con los más humildes compañeros de nuestra vida, es prudente se mostrar suspicaz. Nunca hay que olvidar que nos bañamos en un ambiente mágico, que nos penetra en todos los poros y nos obliga a nos mantener alerta sin cesar.

## Advertir a los que aman

Hay que hablar ahora, ¡ay!, sobre los hombres.

El poder del hombre, tanto para el bien cuanto para el mal, es espantoso. Los límites no están marcados ni son continuos. Por su irradiación, voluntad, el hombre es capaz de modificar profundamente no sólo su propio destino sino también el de sus semejantes.

Los dos motores más poderosos son, evidentemente, el amor y el odio.

El amor cura, protege, facilita todos los adelantos en la vida de aquel que es su objeto. Todavía es necesario que ese amor sea activo, que sepa se proponer claramente un objetivo de beneficencia. No basta amar por proyección, precisando bien lo que se desea al ser amado. Entonces el poder de ese acto de amor será expresivo, irresistible.

Conocí casos increíbles de protección a distancia. Algunas personas escaparon a peligros mortíferos de manera que parece milagrosa. En realidad fueron salvados, transformados en invulnerables, por el aura de amor que los rodeaba.

Podría citar docenas de ejemplos vividos pero los escépticos preferirán creer nel azar o negar la realidad del peligro corrido.

¿Me creerán si afirmo que, durante la guerra, un soldado recibió una esquirla de metralla en pleno rostro, a menos de 50m de distancia, y que no tuvo más que un rasguño, porque su mujer, en ese momento a 500km de distancia, pensaba con intensidad en le hacer una armadura con su amor? Me creerán todavía menos si decir que esa mujer, al mirar, como hacía varias veces por día, la fotografía de su marido, constató que la imagen del ser amado fue, de pronto, inexplicablemente acribillada por minúsculos puntos. No se trata nada más que de una verificación de ese misterio de la *substitución* que es una de las leyes de la suerte, de las que hablaré en otro capítulo.

¿Hay que citar otros ejemplos? Conocí las circunstancias exactas y las víctimas de un accidente de automóvil que ocasionó tres muertes y del cual escapó solamente un joven a quien su madre, inquieta, decidió rodear de amor durante todo el tiempo que durara ese viaje al que ella temía por un presentimiento.

En lo general las personas prefieren confiar nel azar o nel milagro. Son demasiado perezosas o demasiado escépticas para tratar de utilizar un poco del extraordinario poder que, sin duda, irradian.

Habría que advertir a las madres, a las amantes, a las esposas, y las convencer de que nada es imposible a su amor con tal que tengan voluntad de utilizar sus recursos secretos.

## El odio mata

El odio, no hace falta decir, es tan eficaz cuanto el amor. Es capaz de matar a distancia, de perturbar el funcionamiento de los órganos, de provocar eczema, dermatosis, de hacer perder el equilibrio, de provocar accidente, de volver insomne, de contrariar todas las oportunidades favorables de quien fue atacado por una fuerte voluntad de lo perjudicar.

No hay necesidad, para que el odio sea eficaz, de emplear los procedimientos



desdichadamente demasiado difundidos, del hechizo. Basta odiar con fuerza y constancia, de dirigir ese odio en pensamiento contra el blanco elegido.

Felizmente el odio es un bumerang. Esa arma temible, manejada sin precaución, vuelve a golpear al que la utiliza. Es lo que se llama el efecto de retorno. Cuando el blanco es demasiado duro, demasiado puro o bien demasiado protegido, el odio no lo muerde. Hay un regreso al que lo envía, que puede ser catastrófico. Es un justo castigo.

Pero sucede a veces que, en la confusión provocada por esas idas y vueltas del boomerang, la víctima no sea el blanco deseado ni el provocador del odio, sino un tercero inocente que está fortuitamente en su trayectoria. Ese fenómeno de sustitución, nadie pudo creer ni justificar. Sin embargo se produce. Conozco algunos ejemplos.

Recuerdo principalmente el caso de una mujer celosa que, se quejando gravemente de su marido, desencadenara contra él una ofensiva de odio violento. Durante semanas concentró su voluntad de lo perjudicar, hasta provocar una dermatosis en las partes más sensibles del cuerpo de su ofensor. Pero el hombre era más fuerte que el odio de su mujer, era como un espejo impenetrable a las ondas malignas que se le enviaba y, sin duda, ellas se refractaban. El efecto de retorno debería alcanzar a la mujer. Fue su hijita quien lo recibió. Su cuerpo se cubrió de granos y de pústulas. Los médicos fueron incapaces de emitir diagnóstico.

Mi amistad con esa desdichada me permitió comprender enseguida la verdad. Le expliqué que su hija era la víctima inocente del odio que ella sentía hacia su marido. Le aconsejé resignación, si no perdón. Se apaciguó. La niña se curó.

Un periodista muy conocido del periodismo radiofónico fue víctima de una desventura semejante, que en definitiva resultó más un vodevil que un drama. El muchacho se divorció luego de varios años y pensaba volver a casarse. Pero su antigua mujer que, sin duda, era un poco hechicera, rumiaba viejo rencor y no admitía que su ex marido intentase una segunda experiencia conyugal y lo expresó con claridad. Él pasó por alto las amenazas y fijó la fecha de la boda.

En la víspera tuvo que anular la ceremonia, pues de pronto se volvió inepto para librar el combate venusino que normalmente debe producirse en el curso de la noche de boda. Un eczema mal ubicado le impedía cumplir su primer deber conyugal y esa carencia lo ponía en el riesgo de ser mal interpretado por la nueva esposa, poco advertida en ese género de cosa.

Luego de varios días de enérgicos cuidados, todo pareció recuperar la normalidad y se fijó una segunda cita con el juez de paz. Se enviaron las invitaciones, se tomaron todos los recaudos para el viaje de bodas. ¡Ay!, una nueva postergación se hizo indispensable. La esposa divorciada no cesaba su maleficio.

Tres veces seguidas, *in extremis*, hubo que postergar la ceremonia. La consternación reinaba en la familia de la joven, donde les preocupaban las verdaderas intenciones del novio. Finalmente, nuestro colega, víctima paciente pero no resignada, prefirió consultar a otros médicos que no fuesen los de la facultad de medicina y como él mismo era pasablemente versado en tales *diabluras*, pudo salir del mal paso. La mujer *hechicera* fue reducida a la impotencia y el matrimonio pudo llevarse a cabo. Los espectadores se rieron mucho, los actores un poco menos, pero todo salió bien.

## Los brujos están entre nosotros

En todos los casos de odio eficiente que puedo contar por haberlos verificados personalmente, debo advertir que nunca se trata de magia negra. Como todo el mundo, leí innumerables relatos que explican cómo proceden los brujos para hechizar a distancia, cómo pinchan agujas en dágides, torturan figurillas de cera que representan a las víctimas elegidas, preparan filtros mágicos, etc.



Esa literatura es muy atrayente, pintoresca, a veces hasta llena de información sobre las costumbres de los malditos. Aguijonea nuestra curiosidad entreabriendo las puertas del misterio, revelando procedimientos extraños, decoraciones insólitas, personajes de azufre y ozono.

Pero la verdad obliga a decir que todos los extraños ritos que se nos describen, en realidad son inútiles para el éxito de la empresa. Se trata solamente de teatro, de una utilería destinada a impresionar los espíritus sensibles.

En realidad, basta el odio. Solamente el odio, sin ceremonia que lo acompañe, es eficaz, y cualquiera, ejerciendo una voluntad de perjudicar muy fuerte, es más peligroso que un brujo. Las fórmulas, los encantamientos, las cocinas mágicas pueden servir de sostén al odio. Crean una decoración, atmósfera propicia para la concentración del espíritu, pero no tienen virtud por sí. El odio es necesario y suficiente. Es un veneno que mata sin preparación. Basta querer morder.

Los brujos están entre nosotros. Eres tú, soy yo, es todo el mundo. Esos brujos que no saben lo que son son más temibles que los profesionales que extraen provecho de su arte ilusorio haciendo pagar a los clientes ingenuos. También, tengas cuidado, sepas te proteger. El peligro es permanente. *Temas al amigo que te quiere bien* más que a todos los magos negros del mundo.

## Dos eficaces escudos

Pero, me dirás, ¿cómo nos proteger de las flechas del odio que pueden ser disparadas de cualquier parte por nuestros enemigos, sin declaración de guerra previa?

Felizmente hay algunos escudos muy eficaces.

La suerte, si estás ricamente dotado, puede te volver invulnerable. Lo mismo la buena conciencia. No hay armadura más dura que la pureza y, si verdaderamente nada tienes a te, reprochar el odio no podrá te morder.

La suerte y la santidad son dos protecciones absolutas. Pero está también la virtud de la fuerza. Cierta densidad de la personalidad que rechaza los asaltos exteriores. Es la virtud más necesaria, principalmente a los hombres públicos, que permanentemente están en la mira de una verdadera erosión de odio. Políticos o artistas, es necesario que tengan el cuero duro, una epidermis moral de paquidermo, para no se dejar lastimar. Si no estallan. Suicidio o depresión nerviosa son las salidas más corrientes.

Algunos refuerzan su resistencia por medio de la práctica de ascesis, la observación de régimen alimenticio o por el uso de simples amuleto. Otros se encierran en una verdadera armadura de orgullo prácticamente impenetrable a la duda. Fue el caso de un ilustre jefe de estado del cual no es necesario dar el nombre.

En un estadio más humilde, otro orgulloso ejemplar es aquel Prix Goncourt que, cada vez que publicaba un libro, hasta un simple artículo en un diario, no dejaba de expresar la más ingenua autosatisfacción proclamando que **en esta vez, verdaderamente, tuve la sensación de que escribí lo mejor**. Esa gentil vanidad, por cierto deliberada, le permitió se defender de todas las agresiones de la envidia, de coleccionar poco a poco todos los premios literarios, y le permitió también se convertir en un académico bastante presentable.

Pero para el hombre medio, para nosotros que no somos santos, héroes ni monstruos de orgullo, nos queda al menos, ¡gracias a Dios!, algunos medios empíricos de protección.

## Los portadores de mala suerte

Todo el mundo, hasta el racionalista más riguroso, me parece que admitirá que el



amor o el odio tienen efecto sobre las personas que son su objeto. Tal vez un espíritu fuerte niegue esa influencia a distancia, pero convendrá con nosotros, de buena gana, que puede llegar a sentir mal, a disgusto, en presencia de alguien que lo deteste o, al contrario, reconfortado por la simpatía activa de un ser que lo ame. Sin duda, no irá mucho más lejos en su concesión, y lanzará exclamación si tratamos de lo persuadir de que algunas personas, que no alientan hacia nosotros sentimiento de odio o de amor, son capaces, sin embargo, por su sola presencia, por su sola cercanía, de nos traer felicidad o desgracia.

Eso es, sin embargo, una realidad cotidianamente verificable.

Antes de nombrar a un general, Napoleón planteaba siempre, de antemano, la pregunta: **¿Es dichoso?** Ante sus ojos, la suerte aventajaba al valor, el talento, la fidelidad. Tenía razón.

La experiencia nos enseña que algunas personas no pueden asociarse a una empresa sin hacerla fracasar. Desde el momento en que entran en un negocio, éste peligra. Tienen mal de ojo. Su inteligencia, habilidad, trabajo para nada sirven y arruinan todo lo que tocan. En deporte, juego, negocio o placer esos lamentables portadores de mala suerte hacen perder a su equipo, campo, patrón, socio, amigo. Su mala influencia involuntaria es temible. La prudencia aconseja descartarlos despiadadamente. Al menos que uno se sienta tan seguro de su propia suerte que sea capaz de neutralizar la maldición que traen con ellos. Aun en esos casos, en otra parte, el peligro subsiste, pues por fuerza llega un día en que Grouchy, buen general, hábil táctico, valiente, honesto, fiel, se retrasa inexplicablemente en lugar de avanzar hacia el cañón. Entonces sobreviene Waterloo. No para sí, sino para el imprudente que se valió de sí para servir a la fortuna de él.

La suerte, como su contraria la mala suerte, son enfermedades contagiosas. Se *pescan*. Pero si la primera suerte es una epidemia deliciosa a la que todos queremos exponer, la mala suerte es una calamidad de la cual hay que saber protegerse.

Es bueno rozarse con personas que tienen suerte, tocarlos psíquicamente, vivir con ellos, en su intimidad y su irradiación. La amistad de un afortunado es un regalo de los dioses. Aun si no nos quiere especialmente, aunque sea un egoísta sin generosidad de corazón, nos hará al menos participar, sin querer y sin sospechar, en su contagiosa suerte. Las migajas del festín bastan a veces para alimentar a los hambrientos. Seamos entonces los parásitos de la suerte de los otros.

Recíprocamente, las personas que no fueron atacadas por la vergonzosa enfermedad que es la yeta, serán prudentes si se alejan y desconfían de la proximidad y del contacto de los que tienen mal de ojo. Pues nunca se sabe quien es el más virulento, quién será el más fuerte en ese enfrentamiento entre el yetado y el suertudo. Nunca se sabe anticipadamente el resultado de esa lucha. No hay que presumir de la buena suerte ni se creer invulnerable a la mala suerte.

¿Algunos ejemplos? Basta observar alrededor para encontrar los casos característicos de las picardías ocasionadas por el mal de ojo.

En los diversos sucesos de la más quemante actualidad, se descubren fácilmente lecciones que hacen meditar. Ese financista cuyo negocio prospera, a quien todo sale bien desde hace años sin que merezca por su trabajo ni por su condición, casualmente encuentra a uno de sus amigos de infancia, a quien la vida no sonrió y que vegeta casi en la miseria. El hombre rico socorrió a su desdichado compañero y le ofreció un puesto de responsabilidad en una de sus empresas. Seis meses más tarde el negocio quebró y su presidente-director-general fue a la cárcel. La suerte del financista había sido totalmente anulada por la mala suerte del nuevo empleado.

Leímos esa historia en los diarios, y creímos que se trataba solamente de un



escándalo como cualquier otro. Nadie se atrevió a nos decir que en realidad se trataba del último asalto de una lucha que enfrentara a dos combatientes a pesar suyo, ignorantes de las fuerzas antagónicas que se enfrentarían en un duelo mortífero hasta que uno destrozara al otro: ¡La suerte contra el mal de ojo!

Es verdaderamente peligroso arriesgar la propia suerte en una prueba semejante. Sigamos el consejo: Nos mantener a distancia de los que tienen el mal de ojo y evitemos toda colaboración consigo.

Entre las personas que están dotadas del mal de ojo, ¡ay!, mucho más numerosas de lo que se cree, hay algunas que saben que traen la desgracia (son las más desdichadas), y las que lo ignoran (son las más peligrosas).

Las primeras terminan generalmente sufriendo graves complejos. Están amargadas, desesperadas, neurasténicas. Van se repitiendo sin cesar que tienen la *peste*, que nunca pueden lograr lo que emprenden, y que no hay que se asociar a sí. Parecen aquellos leprosos que, en la edad media, agitaban una campanilla para advertir su cercanía.

En la segunda categoría, encontramos, al contrario, a los optimistas, satisfechos de sí, ¡y que serían horriblemente vejados si se les dijese que llevan el mal de ojo! Es una raza muy especial de portadores de mala suerte, pues bien puede ocurrir que personalmente tengan buena suerte que haga prosperar sus asuntos, llevando, sin embargo, desgracia a los otros con constancia y virulencia.

A veces se llega, en la vida cotidiana, a increíbles *quid pro quo*<sup>15</sup> de comedia: Un hombre de poca suerte, que busca un poco de buena suerte suplementaria, se asocia a un compañero cuyo éxito admira. En realidad ese afortunado tiene el mal de ojo y llevará la desgracia al socio, se manteniendo, sin embargo, en su prosperidad. ¡Cuánta complicación!

Cuando se trata de relación con extraño es fácil rechazar, sin miramiento, a todo individuo que se constate transmitir la mala suerte. Pero si es un ser próximo y querido, del que uno verifica que lleva el mal de ojo, ¿qué hacer? Es imposible descartar con rigor a un pariente, a un hijo, un amigo íntimo, rechazar toda relación, toda colaboración con los que están ligados a nosotros por la sangre y por el afecto. No es posible, sin embargo, correr a la ruina con los ojos abiertos, se arrojar con la cabeza baja hacia la desgracia, con el pretexto de que los deberes hacia la familia y los amigos son sagrados. ¿Entonces?

El problema que se plantea es saber si existe un medio de neutralizar el mal de ojo, volver inofensivos a los que, sin querer, llevan la desgracia alrededor.

Sobre ese punto soy formal. Respondo que sí. La mala suerte, la que calificaré de venenosa, es decir, que emponzoña a los otros, es causada por un desequilibrio del campo vibratorio, lo que provoca una discordancia entre las vibraciones del individuo que lleva el mal de ojo a las personas de su entorno. Entonces basta, en principio, volver a equilibrar la diferencia entre las dos emisiones, les devolver la sintonía, para que el barómetro de la suerte no vuelva a indicar esa peligrosa depresión.

¡Ay! Ese remedio es muy difícil de aplicar. Quiero dar uno más sencillo, que está al alcance de todo el mundo, y que basta extraer del arsenal de las supersticiones tradicionales: No por eso posee menor eficacia.

---

<sup>15</sup> *Quid pro quo* es una expresión latina que significa *tomar una cosa por otra*. Se refiere, en todas las lenguas latinas (en portugués *quiproquo*), una confusión o engaño. Tiene origen medieval. Era usada para referirse a un engaño en el uso de términos latinos en un texto. También significando *Eso por aquello*. En los países anglosajónicos el significado evolucionó a un sentido distinto. Es allí usada significando un cambio de bien, servicio o favor. [http://pt.wikipedia.org/wiki/Quid\\_pro\\_quo](http://pt.wikipedia.org/wiki/Quid_pro_quo) Nota del digitalizador



## ¡Hagamos los cuernos!

Por ejemplo, cuando es un desconocido quien trae el mal de ojo, alguien con quien uno se cruza en la calle, el funcionario de un servicio público detrás de su ventanilla, un vendedor de diario, el señor sentado ante nosotros nel subterráneo, ese encuentro puede bastar para arruinar las oportunidades del día. En ese caso, ¿cómo se proteger?

Si nuestra suerte personal es fuerte, bastará para neutralizar esa mala influencia. Si no, la única manera es recurrir a algunas tonterías ridículas, pero a menudo eficaces, de la superstición tradicional. Seguramente nuestra nodriza nos enseñó, para conjurar a la mala suerte, *hacer los cuernos* con el meñique y el índice de la mano izquierda, o a persignarnos discretamente, o a tomar nuestra medalla tutelar. Hay también algunos breves conjuros, distintos según los lugares, que se pueden murmurar preventivamente.

Si te sientes vulnerable, aconsejo no temer el ridículo y emplear esos remedios de comadre: Fueron probados, a pesar de lo que digan los escépticos. En todo caso, no dejarán de disipar la deprimente impresión que provoca siempre un encuentro con el mal de ojo.

## El cura y el herrero

A veces es un miembro de nuestra familia o de nuestro entorno más cercano quien lleva el mal de ojo. Entonces es imposible alejar al inocente maligno que a lo mejor resulta un ser muy querido. ¿Qué puede se hacer en esos casos? Aquí tenemos algunos remedios clásicos que nos permitirán los neutralizar:

En cuarto creciente, pongas sobre tu cama, hacia los cuatro puntos cardinales, bolsitas de papel negro llenas de sal marina no refinada. Renueve las bolsitas con cada nueva luna. Es prudente se deshacer enseguida de la sal usada, la quemando o arrojando al agua corriente.

Algunos hechiceros buscan esa sal *maleficiada* para la echar al umbral de la casa o al campo del enemigo. A propósito de eso, contaré una historia que resulta algo picante.

En un pueblo de Berry conocí a la criada de un cura que, sin ver en eso malicia, aumentaba cada mes sus entradas vendiendo al maestro herrero las bolsitas de sal que pusiera bajo la cama del patrón. El santo sacerdote, en efecto, tenía el mal de ojo. El herrero, que lo advirtiera, y que practicaba la magia en sus ratos perdidos, pagaba a la criada para procurar la sal maleficiada.

Lo más ridículo de la historia es que el hechicero, un feligrés muy piadoso, indignado por los ataques anticlericales que el maestro multiplicaba contra el cura, usó esa sal para atraer la mala suerte hacia el impío. El maestro, acechado por la desgracia, tuvo finalmente que abandonar el pueblo. En cuanto al cura, nunca sospechó que fue el instrumento de una operación mágica. Era tan caritativo que ni se regocijó de la partida del enemigo. Hubiera hecho bien en lo hacer, como lo muestra el final de la historia. En efecto, como el hechicero, luego de su victoria, no necesitaba más sal maleficiada, la criada dejó de la poner bajo la cama de su patrón. Como el mal de ojo del cura ya no era neutralizado, el púlpito de la iglesia se hundió un domingo durante la misa bajo los pies del predicador, la campana cayó del campanario, una tormenta arrasó la quermese parroquial, el equipo de fútbol del patronato fue vencido vergonzosamente...

## Como levantar la imposibilidad de venta de una casa

Una de las formas más exasperantes de la mala suerte, es la que impide a algunos propietarios vender su casa. El caso es frecuente. Todos conocen ejemplo. Se trata siempre de un bien inmueble (casa, departamento, quinta, granja, terreno....) a los cuales el propietario no vende, cualquiera sea el sacrificio que consiente para decidir al



eventual comprador. A veces las tratativas están muy avanzadas y se concierta una cita en lo del notario para firmar el documento de venta pero a último momento el comprador se desdice sin razón válida. Una fuerza misteriosa parece impedir la conclusión del negocio. Todo sucede como si la casa estuviese dotada de un impedimento especial, arrojado por algún sortilegio o por prácticas mágicas: Una *imposibilidad de venta*.

Los vendedores inmobiliarios están hastiados y toman partido con filosofía. Saben bien que, mientras la oculta prohibición no sea levantada, su esfuerzo, sus tratativas, la publicidad más atractiva y la más increíble concesión, todo será en vano. La casa no se venderá.

Entonces me parece útil señalar, a los que sufren de una mala suerte de esa clase, los medios para que la prohibición se levante. Sin embargo, antes de usar esos medios fuertes (lo cual obligará a desafiar el ridículo), antes de proclamar el sortilegio, hay que juzgar objetivamente la situación. Si lo que se pide por la casa puesta en venta es un precio muy alto, es normal que no se encuentre un candidato para comprar. De otra parte, la coyuntura económica (como se dice) puede ser tal que las transacciones inmobiliarias sean difíciles. En fin, más simplemente, puede ser también que no se hizo esfuerzo necesario para informar al eventual cliente y lo llevar a concluir la operación.

Añado que si el propietario no está en estado de suerte nel momento en que venderá, evidentemente encontrará más obstáculo que facilidad para la realización del proyecto. Entonces no se trata más que de un problema banal de suerte personal, que conviene reforzar por uno de los procedimientos de los que hablaré en otra parte.

El caso más interesante para estudiar es el de las casas efectivamente tocadas por una prohibición de venta de origen mágico.

Para anular un sortilegio de esa clase hay que determinar primero el artificio de hechicería que se utilizó.

Explico: La prohibición puede haber sido enviada por ondas abstractas, a distancia o ser el resultado de algunas maniobras, ceremonias llevadas a cabo en los lugares mismos que se trataba de afectar.

Los remedios para desactivar el sortilegio no son los mismos en los dos casos.

Quiero que me disculpen explicar con cierta sequedad didáctica, pero antes de diluir mi consejo, prefiero decir sencillamente que hagan tal cosa o tal otra.

Si se trata de anular una prohibición lanzada por ondas abstractas, es así que conviene proceder según las recetas de la magia tradicional: Primero, romper el círculo de prohibición. La fractura se hará así: En la hora exacta de la salida del sol, atacar nel costado leste el círculo de prohibición que rodea a la casa o al terreno. Ese ataque se hace con la ayuda de un puñal o una espada, hasta con un simple clavo en la punta de un bastón o de una gran aguja de tejer.

Cualquiera que sea el arma elegida, habrá que la consagrar previamente, es decir, la pasar siete veces nel humo de incienso, recitando ciertas invocaciones. El filo del arma servirá para cortar el hilo invisible que encierra la propiedad y la vuelve invencible. La punta se usará para vaciar las masas fluídicas que fueron condensadas por las ondas abstractas, y que son especie de receptáculos encargados de alimentar y de recargar indefinidamente con poderes negativos la red frontal de prohibición.

Durante la operación es prudente, para se proteger de los eventuales contragolpes, recitar una extraña letanía de ciertas palabras sin significado racional. Una vez hecha la fractura, quedan dos cosas para evitar que el círculo no se vuelva a cerrar por sí o por el efecto de una nueva emisión de ondas abstractas:

1 • Llevando el incienso encendido, dar vueltas nueve veces alrededor de la propiedad a liberar en sentido contrario a las agujas del reloj. Luego volver a lo hacer en



sentido horario, nueve veces. Durante el recorrido, murmurar la clásica *invocación del incienso*, que comienza así: *Incensum istud Tibi offero quam purissimum...*

2 • Finalmente, para terminar ese trabajo mágico, se recomienda hacer un agujerito en los cuatro ángulos de la propiedad en venta, nel suelo si se trata de un terreno, en las paredes si se trata de un edificio, y volcar en cada uno de los cuatro agujeros el contenido de un vaso de azufre en polvo.

Si la operación fue correctamente ejecutada, el bien inmobiliario del que se desea se deshacer se venderá en las nueve semanas que sigan.

El único inconveniente es que el emisor de las ondas abstractas, es decir el autor del sortilegio, se verá muy incomodado, alcanzado en su carne o en su psiquis por un golpe de vuelta. Esa será la manera de lo reconocer si se ignora su identidad.

El impedimento de venta puede ser también el resultado de algunas prácticas caras a los hechiceros del campo. Cada hechicero tiene sus trucos y sus propias recetas, que le fueron transmitidas por su padre o su abuela, y que sigue aplicando al pie de la letra, sin tratar de las comprender ni interpretar. Con algunas variantes, todos esos procedimientos consisten finalmente en enterrar, sea delante del umbral de la casa o en las cuatro esquinas de la propiedad, un huevo previamente *cargado*, o el cadáver de un animal sacrificado de acuerdo con ciertos ritos. Esos enterramientos se acompañan de actitudes, gestos e invocaciones, gesticulaciones destinadas a dar soporte y fuerza a la voluntad del hechicero.

En ese caso el sortilegio seguirá actuando mientras que el objeto que soportaba la carga maléfica no fue completamente disuelto y absorbido por la tierra. También, si se quiere levantar la prohibición mágica, será necesario encontrar el huevo, el pollo negro o el cangrejo enterrado por el hechicero. Si la búsqueda tiene su premio hay que destruir completamente por medio del fuego hasta la última partícula del objeto encontrado. Luego de lo cual sería bueno, como nel caso número uno, dar dos veces nueve vueltas con el incienso humeante y utilizar el azufre en polvo como lo indiqué más arriba.

Si las búsquedas resultan infructuosas, si se comprueba que es imposible descubrir el cuerpo del maleficio, entonces la única solución consistirá en practicar una contra-ceremonia mágica, exactamente semejante a la llevada a cabo por el primer hechicero, y que destruirá sistemáticamente todos los efectos de aquella: Es decir que habrá que tomar un huevo recién puesto nel período de luna creciente, perforarlo con un alfiler para lo vaciar del contenido, mezclar la yema con la ceniza de un pergamino nel cual se escribió la contra-voluntad y que fue quemado enseguida a la hora canónica más favorable para la empresa, etc. No es necesario seguir la descripción detallada de una ceremonia de esa clase. Todo eso es demasiado complicado y demasiado ridículo para que yo aconseje a alguien, sensatamente, se entregar personalmente a semejantes prácticas. Pero es útil conocer el mecanismo general, aunque más no sea para ser capaz de vigilar el trabajo del hechicero a cuyos buenos oficios tal vez deba uno recurrir algún día.

Ciertamente las personas razonables, luego de haber leído este capítulo, tendrán gana de plantear una pregunta: ¿Crees en los sortilegios que se oponen a la venta de las casas, y en la eficacia de las prácticas mágicas para neutralizar esos sortilegios?

A lo cual respondo: No se trata de cuestión de fe. Como todo investigador honesto, me limito a verificar los hechos. Las víctimas de esa clase de prohibición son numerosas. Considero un deber les hacer conocer los remedios para levantar esa forma particular de mala suerte, pues esas recetas de la cocina mágica pude verificar muchas veces, ante mi gran sorpresa, por supuesto. El problema no es creer o no creer, sino solamente constatar las





relaciones de causa y efecto.

## El mal de ojo conyugal

A veces sucede que en una pareja, los cónyuges se llevan mal uno con otro. Si toman conciencia de ello, la situación se torna insostenible. Si solamente es uno quien cree que el otro tiene mal de ojo, se verá sumido pronto nel odio o en la desesperación: Supe de algunos suicidios por esa causa. Sin llegar a solución extrema, son numerosas las parejas en las cuales nacen, clara o confusamente, inquietudes de esa naturaleza, y que se envenenan la existencia, rumiando, sin confesar, esas suposiciones.

De todos modos, es preferible mirar la situación de frente, la discutir, hacer una investigación objetiva, y tomar enseguida la decisión que se impone para salvar, si no la felicidad de la pareja, al menos la seguridad de los seres que la componen.

Es cierto que una buena unión descansa no solamente sobre una comunidad de gustos y de educación entre los cónyuges, sobre una agradable armonía física, sino también sobre el sentimiento indefinible que tiene cada uno de los dos de ser útil al otro, hasta indispensable, y de le traer suerte. ¡Eso es lo ideal, la pareja perfecta! Pero muy a menudo todo el capital de suerte de la pareja es propiedad de uno solo de los cónyuges. Conviene tomar de eso una clara conciencia y extraer la lección. He dicho bastante que la suerte es contagiosa y que se pesca como una enfermedad. Nada más cómodo que la cohabitación para la aprovechar. Desdichadamente, si los esposos tienen los dos el mal de ojo, van a sumar sus malas suertes y su unión irá de fracaso a fracaso. En ese caso es preferible que ocurra una ruptura lo más rápidamente posible.

Finalmente, el caso más raro (a veces se lo encuentra) es aquel donde el amor entre dos seres humildemente banales y de personalidad desvaída es tan enriquecedor para uno cuanto para el otro, que hace brotar el rayo de la suerte entre dos polos que cada uno carece totalmente. Entonces se produce uno de esos acoplamientos dichosos que hacen cantar una unión como las rimas de dos alejandrinos. Está probado desde que hay seres humanos y desde que aman, que el amor es más fuerte que todo. Más fuerte que la muerte, ya se sabe, pero también más fuerte que la mala suerte, lo que ya es mucho más difícil.

## Victima de una prohibición de amor

Cuando se trata del problema general de la suerte nel amor, hay un caso particular al cual se llega forzosamente, por su frecuencia, banal y por lo tanto inexplicable. Es el caso del muchacho o de la muchacha que sin razón parecen ser víctimas de una verdadera prohibición de amor, no gustan, no alcanzan jamás a encontrar su alma gemela, ni a bosquejar flirteo.

Esa imposibilidad de establecer relación sentimental es un drama para muchos jóvenes, y ese bloqueo misterioso no se disipa siempre con la edad: Los adultos también la sufren. A veces se trata de una especie de enfermedad del comportamiento, que merece una psicoterapia. Pero mucho más a menudo, según mi opinión, es un simple problema de suerte que se plantea y conviene lo resolver por los medios específicos que se conocen para despertar a la suerte. No tiene importancia que la persona a tratar sea hermosa o fea, estúpida o inteligente, amable o agria. La seducción de un ser proviene, ante todo, del campo vibratorio que emite. Es una cuestión de piel y de potencial electromagnético. Hablo por supuesto, de la misteriosa atracción psíquica que ejercen ciertos hombres y ciertas mujeres, y que las convierte en verdaderos amantes afectivos. Todo el mundo conoce a su alrededor al menos una persona que goza inexplicablemente de tal privilegio.



Ciertamente, todo no es puro en esa especie de seducción cuya eficacia no disminuye con la edad ni con la fealdad. Sentimos allí siempre un resabio sexual, como un perfume afrodisíaco. Es que se trata de una cuestión de la carne y no del espíritu. Es por eso precisamente que es posible, mediante técnicas apropiadas, dotar artificialmente de esa seducción a los que carecen de ella.

¿Cómo? De dos maneras, de las cuales una proviene de técnicas científicas y la otra de técnicas mágicas.

Se comienza por aumentar la frecuencia y la intensidad de las vibraciones emitidas por el conjunto de las células que constituyen el cuerpo humano. Según las necesidades, se acorta o se alarga la longitud de onda fundamental del individuo para la volver acorde con el concierto promedio de los llamados sexuales del contorno. Finalmente, es una técnica norteamericana que se emplea más allá del Atlántico con éxito en algunas instituciones especializadas, se trastorna razonablemente el campo magnético del individuo, le haciendo llevar un imán sobre el plexo solar.

El inconveniente de estos procedimientos es que sólo pueden ser aplicados por especialistas, bajo control de físicos dignos de confianza. También puede ser un buen expediente recurrir a la buena y antigua magia de la abuela, cuyas recetas fueron probadas desde la noche de los tiempos. Quiero decir que, para romper su soledad afectiva, esos interdictos de amor deberían llevar encima un detonador de seducción. Es posible que eso sea, para cada uno de ellos, la bomba de la felicidad.

## La maldición gitana

Sobre diez personas que se lamentan ser víctimas de un sortilegio cualquiera, hasta de una simple mala suerte persistente, más de la mitad acusa (o por lo menos sospecha) a una gitana de les hacer víctimas de un hechizo.

Para ilustrar la afirmación citaré solamente una carta que me fue dirigida por un comerciante de la afuera de París, que cuenta una humilde y trágica historia de la vida corriente, de una autenticidad conmovedora.

Ese buen hombre explicó que debió, hace algún tiempo, echar a los gitanos que tomaron la costumbre de se quedar nel corredor vecino a su negocio. Sentados sobre los talones, comiendo, fumando, impedían el paso durante todo el día e incomodaban a su clientela. La expulsión no se hizo sin resistencia, grito e injuria. Finalmente se fueron, dejando extrañas inscripciones sobre las paredes del corredor.

Luego de su partida mi negocio, que era próspero, no caminó más. Estuve a punto de me arruinar y me vi obligado a cerrar el negocio. De otra parte, mi mujer, que era la mejor y más animosa de las esposas, me tomó inquina. No quería trabajar ni vivir conmigo. Se fue a vivir a un cuarto de sirvienta sin comodidad y vive allí con nuestra hija de 15 años, que sufre de crisis de asma muy dolorosas y abandonó los estudios. En cuanto a mi mujer, sufre de depresión nerviosa. Finalmente, abatido por la desgracia, acabo de ser atendido de un infarto y jamás podré volver a trabajar tanto cuanto antes. ¡Ese es el resultado de la maldición de los gitanos! La gané. ¿No es cierto?...

Ciertamente, es posible, me atrevería a decir que es probable, que los gitanos sean inocentes, y que las desgracias de ese comerciante no fuesen provocadas por un sortilegio. Se trata de una simple coincidencia abusivamente interpretada por la víctima. ¡Sea! Pero las coincidencias de esa clase verdaderamente son muy numerosas e incitan a la desconfianza.

Que una gitana sea capaz de lanzar un hechizo, de echar una maldición a la que sigan los efectos correspondientes, estoy convencido de eso. En sus tradiciones y secretos, el pueblo gitano posee un arsenal mágico del cual sabe extraer un partido temible para



protección o venganza. Las artes adivinatorias son nada más que la especialidad más visible de algunas mujeres de la tribu. En cuanto a los poderes mágicos de los que están dotadas, es difícil que los extraños no crean en ellos. Es una leyenda que le conviene mantener, pues nadie osa rechazar a una gitana por el temor de atraer su animosidad. Eso explica los gestos a veces inquietantes de esas mujeres, sus murmullos incomprensibles, sus muecas que dan miedo.

En realidad, salvo casos excepcionales, su magia es sumaria, los sortilegios son hechizos primarios. Sus acciones son tan simples que pueden ser neutralizadas por los conjuros más banales.

Aclarando esas reservas, sé que hay gitanas que son las mujeres más honestas del mundo y que no matarían una mosca. Entonces no hay que tener la obsesión del hechizo y de la maldición cada vez que uno se encuentra con esas hijas del viento y los caminos.

Sin embargo, a la menor sospecha, será conveniente que para nos sentir seguros, luego de la partida del *enemigo*, arrojemos agua bendita nel lugar que ocuparon, tracemos nel umbral donde ella estuvo parada una cruz con aceite de oliva virgen, quememos incienso dando vueltas siete veces alrededor del lugar a purificar. En resumen, todas las monerías supersticiosas serán buenas, para nos liberar del oscuro temor ancestral de las gitanas componedoras de hechizo.

## Campo magnético

Según una teoría reciente, suerte y mala suerte podrían ser provocadas por una simple modificación del campo magnético de cada individuo. Esa hipótesis es bastante seductora. Es, en todo caso, la primera tentativa de explicación científica de esos fenómenos misteriosos.

Nel origen debemos nos referir al descubrimiento llevado a cabo por sabios Yankees de la posibilidad de borrar la fatiga consecutiva al trabajo manual o intelectual simplemente modificando el campo magnético del trabajador. A principio, gracias a ese procedimiento, la pausa, la recreación, hasta el mismo sueño se vuelven en adelante inútiles. Se puede trabajar indefinidamente sin descanso.

No digo que eso sea un progreso. El ocio, justificado por la fatiga, es demasiado delicioso para que me alegre de que fue condenado. Ese procedimiento, sin embargo, tuvo, por analogía, en un dominio enteramente distinto, inesperadas consecuencias. Permitted, en efecto, curar el mal de ojo.

Esa experiencia fue llevada a cabo por jóvenes investigadores no conformistas. Luego de haber elegido con cuidado un sujeto indiscutiblemente dotado de mal de ojo, le hicieron llevar sobre el pecho un pequeño aparato de su invención, que modificaba su campo magnético normal. Inmediatamente todas las manifestaciones del mal de ojo cesaron. El cobayo fue librado así de su maldición congénita. Ya no traerá mala suerte. Para verificar el resultado, se le quitó el imán. Enseguida reaparecieron los fenómenos todavía más virulentos. La prueba parecía hecha. El asiento de la mala suerte estaría entonces nel campo magnético de cada ser, o más exactamente, es ese campo magnético donde condicionaría las emisiones de la mala suerte.

Se prosiguió con esas experiencias, las cambiando ligeramente. Los resultados fueron concluyentes cuando se trataba de curar el mal de ojo, pero siempre negativos cuando se quiso dar suerte, a uno que no la tenga, o quitar algo a quien la tenga en abundancia.

Hay en eso un turbador misterio. Parece que la suerte sería una impregnación tan poderosa que nada puede disipar. Ninguna agresión exterior es capaz de transformar ese signo más en signo menos. Cuando se pierde la suerte, sólo puede ser por una de las razones siguientes: Se agotó su capital, los acumuladores están descargados, o se la



mató nel fondo de uno mismo, por un asesinato premeditado que se llama el pecado contra la esperanza. Fuera de esos casos, es la suerte la que permitirá al hombre expulsar a las fuerzas extrañas que se empeñan en se la quitar.

Finalmente, luego de multiplicar las experiencias durante muchos meses, se llegó a la siguiente conclusión: La modificación del campo magnético permite volver inofensivas a las personas dotadas de mal de ojo, impedir que sean perjudiciales los que (frecuentemente con absoluta inocencia) llevan desgracia alrededor e irradian mala suerte. Pero esa terapéutica (me animo a la llamar así) es importante para quitar su maleficio a los que no tienen suerte, y a dar a los que se ven privados de ella, y quitar a los que la tienen.

Para corregir los efectos de la mala suerte congénita, entonces nos vemos limitados a nos contentar con los procedimientos empíricos tradicionales sobre los cuales ya hablé: Objetos cargados benéficos, objetos símbolo capaces de crear nel dominio de las influencias inmateriales una protección análoga, sino semejante, a la que constituye el diamagnetismo nel mundo físico.

## La protección del hombre que duerme

Disponemos de un arsenal de armas defensivas bien provisto para usar contra las agresiones exteriores. Las puntas son especialmente eficaces. Generalmente es en noche cuando se produce la invasión de las fuerzas malignas. Baudelaire dijo: El Infierno asalta la debilidad del hombre que duerme. Si estás en la mira del odio de un enemigo, y te sientes además en deficiencia de suerte, rodees la cama de puntas: Hojas de cuchillo, tornillos, agujas de tejer metálicas cumplirán la tarea. Puede también ubicar las cuatro patas de la cama en recipientes que contengan agua y clavos herrumbrados. Así estarás perfectamente aislado.

Aconsejo, para cambiar los medios de protección, poner nel cuarto donde trabajas un plato blanco donde haya cortado una cebolla en dos, rociada luego copiosamente con vinagre. La dejes allí durante tres días antes de la tirar. Hagas a menudo, todas las veces que necesario.

Otro truco recomendable consiste en orientar la cabecera de la cama hacia el norte y poner a los pies una masa de hierro (un radiador de calefacción central, por ejemplo). Es rudimentario, pero suficiente para crear un campo magnético cuyos efectos benefactores llegarán al durmiente.

Un viejo y sabio amigo mío, Julien Christofleau, extraño campesino inventor y hechicero científico, ya desaparecido, perfeccionó ese sistema. Estaba muy interesado en la protección del hombre que duerme, pues lo sabía muy vulnerable, más desarmado que el hombre despierto. Inventó un aparato capaz no solamente de devolver el sueño a ansiosos e insomnes, sino también de dar seguridad al durmiente, inmunidad contra los ataques exteriores.

Ese aparato, al que vi al pie de su lecho, era de apariencia amenazante. Se componía de una docena de bloques de hierro, erizados de puntas, y ligados entre si por un hilo de alambre. El conjunto formaba una especie de batería y presentaba el aspecto extraño de un arriate de pararrayo y estaba atado al elástico metálico, el cual estaba también ligado al suelo. Por ese sistema la electricidad de la tierra (que es negativa) se acumula en los bloques de hierro, mientras que la electricidad de la atmósfera (que es positiva) es atraída por las puntas del aparato. El encuentro de esas dos electricidades produce de forma natural iones negativos y en esa atmósfera enriquecida el durmiente respira milagrosamente, ignorante, protegido así contra la gripe, el asma, las bronquitis y todas las enfermedades microbianas que se pueden contraer en las vías respiratorias.

La electricidad natural, corriendo como un río invisible hacia el norte, baña al



durmiente en ondas revigorizantes. Finalmente, se aprovechan todas las ventajas (sin conocer los inconvenientes) de se acostar sobre el suelo al cual el elástico está ligado.

Bien encerrado en ese campo magnético, acunado en una hamaca de onda, el durmiente está fuera del alcance de agresión oculta.

### Un velador de larga vida

Para prolongar esa protección durante la vigilia, y para aumentar la longevidad, Christofleau inventara otro aparato menos complicado pero igualmente eficaz: Un velador de larga vida, que propaga una luz electromagnética.

Una pieza de acero muy dura, en forma de herradura, cargada de electricidad terrestre, una lamparilla eléctrica conectada a la corriente eléctrica, una placa de vidrio azul, una montura de cobre y bronce. Es todo el aparato. Así la influencia benéfica se extiende en toda la habitación donde el velador está encendido. Se puede vivir, trabajar, dormir bajo esa luz electromagnética. Sus bienhechores rayos bañarán el cuerpo, impedirán envejecer, pero también protegerán la integridad del alma contra *los guiños del mal de ojo*.

### Los huéspedes de la suerte

Si existen seres dotados del mal de ojo, existen, en cambio, otros que tienen el buen ojo: Llevan suerte a su alrededor, hacen que sean exitosas todas las empresas a las cuales están asociados. Son verdaderamente los homólogos inversos de los portadores de mala suerte. Es decir que, a menudo, su suerte no tiene efecto sobre ellos mismos sino solamente sobre los otros, sobre aquellos que saben la aprovechar. Tienen un delicioso postre del cual no pueden comer más que las migas mientras los otros se regalan.

Esas *mascotas* en general se encuentran entre las mujeres. No hay una palabra para ellas en francés, pero en árabe se las denomina mabruca.

Son muy buscadas por los negociantes y industriales supersticiosos, que saben las utilizar para sus difíciles negociaciones. Es por eso que se encuentra a veces, en los restaurantes de moda, en la mesa de los hombres serios y condecorados, encantadoras muñecas que se aburren a morir escuchando a los convidados discutir mercado, cifra de producción, contrato de asociación, porcentaje, aumento de capital...

No brillan por su espíritu ni por su competencia. Comen y se callan. Son objetos, pero objetos que traen suerte. Cuando las negociaciones entre hombres toman un giro peligroso, su propietario pone discretamente la mano sobre su brazo o su muslo. No se trata de un gesto de ternura o de solicitud. Es solamente un modo de conjurar a la suerte, de se aferrar en forma directa a una corriente de suerte.

Estas *huéspedes de la suerte* cobran su mudo papel. Viven, y bien, del ejercicio de esa profesión, sin se plantear problema. Se las telefona como a chicas de alquiler, para las invitar a almorzar, y encuentran un sobre bajo su servilleta. Son discretas, sonrientes, casi siempre (pero no obligatoriamente) lindas. Tampoco tienen necesidad de defender su virtud, que nunca es atacada. Es un oficio honesto y reposado. Por lo que sé, hay al menos unas quince, en París, que ejercen esa profesión. Su dirección está celosamente guardada por los que usan su servicio.

Como las potrancas de pura sangre, su *forma* cambia según los días y las estaciones. Tampoco su cotización es fija. Lo divertido es cuando entran en competencia directa unas contra otras, si dos negociantes llevan cada uno su mabruca al almuerzo donde debe se arreglar un asunto importante. ¡Entonces sí que se trata verdaderamente de un deporte! Salvo un accidente nel recorrido, es la mejor, la que en esos momentos es la



más cargada de suerte, la que hará ganar los colores de su propietario.

Algunos hombres tienen la suerte, hay que decir, de casarse con unas de esas mujeres-objeto de irradiaciones benéficas. Muchos éxitos sorprendentes no tienen otra explicación. ¡Nombres, nombres!, dirán mis lectores. ¿Para qué? Basta mirar alrededor de uno, los ejemplos saltan a la vista. En los medios mundanos, políticos o de negocio, se sabe de algunas mabruca que, libres a causa de su viudez o divorcio, aseguraron el éxito de varios maridos sucesivos. Se vio hasta diputados o coroneles, notorios homosexuales, convertirse, si puede decirse, espectacularmente para casarse con una viuda que les aportó como dote la suerte. Todos lograron llegar a ser ministros y generales.

## Reliquias y fetichismo

La suerte es contagiosa. Es un hecho. Queda saber cómo se pesca esa deliciosa enfermedad. Y bien, como siempre que se trata de una enfermedad epidémica, el medio más seguro es el contacto directo. Si conoces una mujer atacada de suerte, trata de hacer el amor con ella. Si es imposible, roces con ella, respire su aire, te aproximes lo más posible.

También puedes practicar el fetichismo. Un objeto que estuvo en contacto íntimo con una persona dotada de suerte, hombre o mujer, puede ser un eficaz talismán. Te apoderes de ese objeto, por medio de la astucia o del robo, y trata de recibir el contagio. Un recorte de uña o un mechón de pelo serán, evidentemente, más contagiosos que un pañuelo, una ropa de baño o una pantufla. Pero a veces es necesario conformarse con poco, pudiendo ese poco ser suficiente si estás en un buen estado de receptividad.

Las fans que destrozan los vestidos de su ídolo, las católicas codiciosas de reliquia, los enamorados que alimentan su obsesión con el inconsistente alimento de un recuerdo, hacen inconscientemente una tentativa análoga.

## De Julio César a Kennedy

Todos los grandes hombres son supersticiosos. La escena donde desempeñan su papel es tan elevada que las grandes corrientes que arrastran los destinos humanos soplan allí con más violencia que a nivel de la platea donde están sentados los espectadores. Se sienten más vulnerables todavía que el común de los mortales ante las interferencias de la suerte. Saben qué importante es amansar esa fuerza irracional que puede arruinar o favorecer todas sus empresas.

Esos domadores circunspectos, aun cuando parezcan actuar por impulso o por inspiración, por razonamiento o por experiencia, nunca arriesgan decisión sin tomar el recaudo de conciliar con los *dioses sin rostro*. Todos se muestran particularmente desconfiados hacia el mal de ojo. Cuando sobreviene su caída, cuando la suerte cambia, siempre es después que por negligencia, por bravata o por fatalismo, despreciaron las precauciones supersticiosas. Ya se trate de Julio César, Enrique IV, Napoleón, Mussolini, Hitler o Kennedy, nunca hubo excepción a esa regla.

## Fulminado por el mal de ojo

En la vida corriente se constata igualmente que la mayor parte de los grandes financieros, jefes de industria, magnates de la prensa, políticos, actores célebres, todos los que conocen en un terreno cualquiera un éxito excepcional, son supersticiosos. Muchos se defienden de eso, lo niegan con fuerza. No importa. Secretamente aplican todas las reglas no escritas de la protección supersticiosa. Lo verifiqué bastante a menudo.



Como anécdota, tomemos un ejemplo encubierto. Conocí un gran editor y dueño de un diario que alardeaba ser un espíritu fuerte pero que, por nada del mundo se atrevería a cambiar de lugar un mueble nel modesto despacho donde comenzara su fortuna. Si modificase ese decorado, que se volvió, sin embargo, indigno de su nuevo estado, temía hacer huir la suerte cuyo rayo lo tocó en primera vez en ese lugar.

Recuerdo unas palabras pronunciadas por él, que me parecieron reveladoras de su mentalidad, como del mal conocido por muchos hombres del mismo rango social y de la misma fortuna. Un día que estaba ante mí, encolerizado por no sé qué información religiosa aparecida en su diario, se lamentó: **Es habladuría. No estoy de acuerdo con eso. Ni soy católico.** Se detuvo de pronto como si hubiese dicho una enormidad y se corrigió con viveza: **Bueno. Quise decir yo que no creo en Dios.**

Para un supersticioso no hay peligro en negar la existencia de Dios. Pero abandonar el amparo de una religión, abandonar la ciudadela tan defendida, renunciar una atrayente apostasía al maravilloso arsenal de protección que ofrece el catolicismo contra las fuerzas desconocidas, es una imprudencia imperdonable. Un hombre que, en su nacimiento, tuvo la suerte de recibir por el bautismo esa arma absoluta que es la señal de la cruz, ¿qué puede temer? Es la superstición esencial de la cual ningún cristiano, aunque convertido a agnóstico o a ateo militante, se desembarazará.

Sin embargo, el hombre sobre quien hablo, tan respetuoso de las leyes de la suerte, cometió la imprudencia, en un momento de cólera, de las transgredir: Despidió a uno de sus más cercanos colaboradores que estaba relacionado a su suerte por lazos indefinidos pero poderosos. 48 horas más tarde murió súbitamente de una trombosis. El mal de ojo lo fulminara.



# El poder del verbo

La palabra nos intima a nos transformar, más de lo que nos incita a comprender

Paul Valéry

**E**se hombre está loco. Sobre el césped de Longchamp, camina a grandes pasos, en medio de la multitud, mientras canta en alta voz los números de los caballos que jugó en la tercera carrera: 9, 3, 11. A su paso, la gente se aparta, sonríe. Alguien dice:

— Es un maniático, Cree que a fuerza de llamar sus números los hará ganar.

Durante toda la carrera, entona la misma letanía: 9, 3, 11. Lo observo. Tiene la mirada vacía, perdida en vaguedad. No le interesan los caballos ni las casacas de los yoquis. Está ahogado en su encantamiento. Cuando el pelotón pasa como una tromba el poste de llegada, yo mismo estoy ganado por la obsesión, de tal manera que espero el momento de ver cómo suben los tres números invocados en el tablero. Pero ponen el 6, el 4 y el 18.

El loco no tiene aspecto de decepción. Levanta los hombros y rompe los boletos. Me sonrío.

¡Bah!, dice. Es culpa mía. Hoy hice varias notas falsas.

— ¿Cuándo cantas bien tus números ganan?

— Por supuesto. Es matemático.

— En una nota justa, el hombre está más seguro que sobre un navío de guerra.

Esa cita de Giraudoux, aunque hecha en tono irónico, despertó la simpatía del loco. Me tomó por un interlocutor válido.

— Veo que esas cosas te interesan. Si quieres, puedo explicar mi método.

Me arrastró. Dejamos la pista de carrera. Volvimos a pie a París, atravesando el bosque de Bolonia. Se sintió confiado, hablaba. Lo que me contó es absurdo y apasionante.

— Me llamo Jean Perrot y soy profesor de solfeo. Al menos es la profesión que confieso, pero no tengo alumno. No son los honorarios de ellos los que me permiten vivir, sino mi ganancia nel Parí Mutuel.

Ese hombre extravagante está vestido con una elegancia descuidada pero distinguida: Pantalón de franela gris, saco de yérsey inglés, corbata de club, sombrero de terciopelo liviano muy estropeado. Ojos azules, cabello muy blanco y fino, piel rosada. Es un sexagenario alerta. ¿Está realmente loco?

— Sí. Descubrí una manera infalible de ganar en la carrera. No solamente en la carrera, sino en cualquier juego que tenga a ver con los números. Primero traté de experimentar mi procedimiento en los casinos, a la bola y a la ruleta. Pero me expulsaron de todas las salas de juego porque está prohibido cantar. Esa es la razón por la cual me dediqué a los hipódromos suburbanos. Los turistas me miran de costado, a veces hasta se burlan abiertamente de mí. Me llaman *el loco tranquilo*. Pero nadie, nel césped o durante la pesada, me impidió cantar mis números en voz alta. No pido más, ya que mi truco consiste en cantar afinado y fuerte. Lo llamo truco hablando familiarmente, pero en realidad se trata de un método científico, infalible con la condición de ser empleado por un músico bastante instruido. ¡Gracias a Dios! Me recibí nel conservatorio de París, hace 45 años, con un primer premio de solfeo y conozco todos los misterios del contrapunto. La música endulzó mis costumbres y hoy llena mi monedero. Me compensó de todas mis penas. Soy feliz. No pago impuesto y paso las tardes al aire libre mirando correr nobles animales sobre el césped.

— ¡Ay!, suspiré, no soy músico. No podría me servir de tu método.





— Qué lástima por ti, señor, verdaderamente una lástima. Pero mejor para mí, pues si otro músico me hiciese la competencia, y cantásemos diferentes números en la misma carrera, qué desorden a la llegada.

— ¿Ganaría el mejor músico?

— No hay mejor músico que yo, pero pueden existir otros tan buenos. En ese caso sería el acento lo que decidiría.

— ¿El acento?

— Sí. Escuches, querido señor, me doy cuenta de que todo esto te parece absurdo. Después de todo, es un tema de conversación como cualquier otro. **Me crees o no me crees**, canta Bécaud. Digo lo mismo.

— Lo único que pido es creer.

— Mi método está fundado en la correspondencia entre los números y las notas musicales. Invoco a los números, como los pájaros, solfeando. Cuando el asunto se complica, tengo que usar todo el arsenal del solfeo: Sostenido, bemol, silencios, corcheas, escala cromática o diatónica, mayor o menor en función del estado del terreno, de la forma del yóqui y del peso soportado por el caballo. Además, elijo la clave de sol, de fa o de la, según la distancia de la carrera. Finalmente, cuando los participantes son numerosos, tengo que extender mi registro sobre varias octavas. Bueno, tengo que escribir una partitura muy sabia para cada carrera en la cual pretendo decidir el orden de llegada de los caballos. El último toque de definición doy mediante el acento. Cuando todo es perfecto, es seguro que gano. ¿Me sigues?

— Con dificultad, pero creo.

Señor Perrot suspiró de alegría.

— Es la primera vez que encuentro alguien que toma mi método en serio.

## La voz de Orfeo

Con su rara obsesión ese loco rozaba uno de los secretos esenciales, desprendía los escombros acumulados durante siglos de racionalismo, una de las leyes de la suerte que debemos conocer si queremos corregir la fatalidad: La voz también puede manejar la suerte y la mala suerte.

Siempre que se las pronuncie con el acento conveniente, hay palabras a las cuales obedecen las fuerzas desconocidas.

Esas palabras a veces expresan claramente una orden o una plegaria, otras no son más que onomatopeyas o conjuntos de sílabas sin otro sentido que el musical.

Falta decir, pero todo tal vez vaya mejor lo diciendo, que mi propósito no es tratar de hacer creer que hay palabras mágicas eficaces solamente por su sonoridad. No es gritando ¡Abracadabra! que podremos cambiar un conejo en paloma, a menos que tengamos la destreza de un prestidigitador. No es repitiendo ¡Sésamo! que la puerta se abrirá ante nosotros, a menos que un mecanismo dirigido electrónicamente empuje las puertas. Los perros mecánicos que caminan de acuerdo con un silbato o con la voz no son más que juguetes sabios que, como los falsos milagros de los ilusionistas, satisfacen el gusto por lo maravilloso propio del niño. ¡Ay!, al envejecer, el niño comprende que fue engañado y conserva siempre un incurable escepticismo. Nel temor de ser engañado rehusará admitir las realidades inexplicables y se privará también voluntariamente de los recursos con los cuales podría atraer las fuerzas desconocidas para mejorar su pobre vida.

La palabra es justamente uno de esos recursos. La voz humana, todo el mundo puede lo verificar, posee una eficacia extraordinaria.

Los animales son sensibles a ella. No hablo del resultado de las domesticaciones que crean los reflejos condicionados, el animal que obedece a palabras que no tienen sentido



para él pero que evocan, por asociación de imágenes o de sensaciones, la actitud o la actividad que debe emprender. No se trata aquí más que de un mecanismo psicológico rudimentario sin interés.

Hablo de algo mucho más interesante, de las supervivencias y de las extensiones del mito de Orfeo. Conozco varios ejemplos de eso.

La voz de Orfeo encantaba a los animales feroces. Jean Cocteau, que tomaba de buen grado a ese argonauta como parangón, se creía cazador de pájaro. Es cierto que era lo contrario de un espantapájaros: Sus gestos de Ariel, el movimiento incesante de sus manos, amansaba los pájaros. Pero el número de magia que ejecutaba para los visitantes en su pajarera de santo Sospir, en Saint-Jean-Cap-Ferrat, no me asombraba, pues asistí, cerca de 30 años antes, a una demostración mucho más espectacular y más peligrosa de sus dotes de domador.

## El perro del apocalipsis

Era la época en que Jacques Maritain, un filósofo que tenía tanto corazón cuanto genio, apostaba a la reconciliación del arte moderno y la escolástica. Lograra, tal vez por la mediación un poco sospechosa del ángel Heurtebise, conducir al poeta de Plain-Chant a la fe de su primera comunión. Era conmovedor y un poco extravagante. Cocteau comparaba la hostia a un comprimido de aspirina y se divertía en toda su inocencia recuperada, en hacer místicos calambures sobre el pan ácimo: ¡Ácimo Boun Baum!

Un día que lo acompañaba a Meudon, donde iba a recibir de Maritain su lección de tomismo, el espíritu de la infancia que lo poseía lo empujó a se hacer la rabona. En lugar de ir a la casa del filósofo, decidió que debíamos visitar a un antiguo misionero que vivía en esos lugares: Ese aventurero de la propagación de la fe nos mostraría fotos de centauros, de verdaderos centauros de torso de hombre y cuerpo de caballo, que encontrara en lo más profundo del Cáucaso, en sus giras evangélicas. Nos mostraría también una sirena, pescada poco antes nel mar Negro, sobre la costa turca, y que conservaba viva en un gran acuario.

Entonces fuimos buscar la casa del misionero. En aquél tiempo cazábamos lo maravilloso como a las mariposas, en toda su simplicidad. Yo no dudaba de la existencia de esas bestias fabulosas, y no quería perder la oportunidad de ver una en carne y hueso. La tentación mitológica era más fuerte que el aprendizaje del catecismo.

La colina de Bellevue tenía entonces un encanto rural que perdió. No había más que alamedas y callecitas, cubiertas de arenisca y arboladas, bordeadas de grandes parques y de paredes cubiertas de hiedra. Cocteau me dijo de pronto:

— Es aquí. Entremos.

Sin nos cuidar de la inscripción: ¡Cuidado con el perro!, empujamos la puerta de hierro que tenía en lo alto una cruz. Camináramos diez pasos en la alameda que llevaba a la casa, cuando un enorme perro negro, la piel erizada, el hocico retraído, avanzó hacia nosotros, gruñendo. Era un perro de caza, uno de esos temibles animales destinados al ataque, que no ladran pero que saltan a la garganta del intruso. Se acercaba lentamente, con andar de lobo, el tren trasero más bajo que el delantero, el cuello estirado, las corvas tensas. Su única vacilación era sobre cuál de los dos hombres saltaría primero. Si, presas de pánico, hubiéramos tratado de huir, nos devoraría antes de alcanzar la verja. Por lo demás, el miedo nos paralizaba. El monstruo erizado, de ojos amarillos, con la dentadura afilada, se acercaba hasta un salto de nosotros. Fue entonces que Cocteau se puso a lanzar su encantamiento. Con aquella voz profunda extraordinaria, que solía poner para declamar las tiradas del teatro (todavía tengo en lo oídos el grito que parecía salir del fondo y no de la garganta, cuando leí, su teatro, ¡La



divina cabeza de Yocasta está muerta!) se puso a aullar:

— Perro negro, perro del Apocalipsis, atrás. Cierres los ojos, escondas los dientes. Tu odio es inútil. No morderás a tu hermano...

El perro se detuvo, sobrecogido por aquella voz más chillona que melodiosa. Con las orejas erguidas, escuchaba atentamente el poema informe que Cocteau improvisaba y declamaba. Su actitud ya nada tenía de amenazadora. Parecía prodigiosamente interesado. Estaba sentado sobre las patas traseras y nos miraba amigablemente con sus ojos dorados. De la boca salía una punta de lengua roja, como una sonrisa.

Cocteau calló, el poema terminó. Renunciando a ver en ese día los centauros y la sirena, nos batimos en retirada discretamente. El perro nos siguió hasta la verja, agitando la cola.

— Felizmente todos los perros no son surrealistas. — Dijo Cocteau, estallando de risa, la mano que le tapaba la boca, como un chico travieso. Aquí tenemos uno que desobedeció a André Breton.

Era la época en que los surrealistas acusaron a Cocteau y lo condenaron al silencio.

— Cuando Aragón se endominga, gusta a los animales, es decir, a los idiotas, pero Orfeo encanta a los verdaderos animales con un poema de todos los días.

## ¡A la orden!

Dominar a los animales por medio de la voz no es un privilegio de poeta. Conocí a un joven carnicero que, los insultando, avergonzaba a los perros más feroces. Cuando el animal enfurecido se abalanzaba hacia él, se ponía en cuatro patas delante y le escupía en la boca un rosario de injuria. En algunos segundos, por el poder de la palabra, obligaba al perro a se arrastrar a sus pies y a le lamer la mano. Vi.

También vi a una joven mujer, tímida como un sauce, hechizar a una fiera con la sola autoridad de su voz. Conocí un palafrenero que volvía dócil a cualquier caballo reacio le murmurando al oído un secreto que nunca quiso me revelar. Conocí a un seminarista que volvía locos a los felinos, gatos de hogar o tigres del zoológico, simplemente cantando la nota mí... Pero ¿se necesita tanta prueba? Todos saben que la voz humana puede hechizar a los animales.

También puede hechizar a los hombres. El orador, el tribuno convence y dirige a las multitudes con una fuerza que nunca tendrá la escritura. El seductor triunfa pronunciando palabras que, escritas y leídas en silencio, serían impotentes para conmover a su presa. Las órdenes militares, cuando son proferidas correctamente, fuerzan a la obediencia. En resumen, se puede decir que todas las relaciones establecidas entre los hombres, sean de conveniencia, fuerza, negocio o afecto, están siempre condicionadas a los efectos de la voz, sea en un salón, en un mitin, en un tocador, en un consejo de administración, en un juego o en un encuentro de placer.

Nada hay de asombroso, entonces, nel hecho de que la palabra pueda ser también un vehículo de suerte o mala suerte, nel hecho de que se haga obedecer cuando ordena a la dicha o a la desdicha, cuando ella nos intima a nos transformar, como dice Valéry.

## No hay engaño

La palabra escrita no tiene el mismo poder, a veces ni el mismo significado, que la palabra dicha. Lo verificamos cada día al escuchar la radio. La misma información, el mismo anuncio publicitario según sean dichos ante el micrófono o impresos en un diario, no tienen la misma resonancia nel público. A veces hasta son comprendidas de una manera muy diferente. Se puede enloquecer a toda una población anunciando por radio que los marcianos desembarcaron. La misma noticia publicada en la prensa sería



recibida con escepticismo y provocaría cuando mucho pequeños tumultos alrededor de los quioscos de diarios.

La escritura es un vehículo de cultura, una pequeña comodidad inventada por las memorias perezosas y por los maniáticos de la precisión. Facilita las relaciones sociales y comerciales, pero no es indispensable al hombre como lo es la palabra.

Cierto, en nuestras civilizaciones envejecidas, la escritura adquirió una real fuerza de convicción. Pero eso ocurre en segundo grado. Es necesario que, nel lector, vuelva a ser palabra para despertar un eco nel corazón. Se trata de una brocelandia<sup>16</sup> silenciosa de signos y de símbolos en la cual vagamos, sordomudos. Sólo la voz puede nos ubicar nel camino de las realidades. Sólo la voz dirige y crea.

Lo que es esencial es la palabra, el ruido hecho con una garganta y una lengua para nombrar una realidad.

Nel comienzo era el verbo y el verbo era Dios. ¿Por qué? Porque es el verbo quien crea. Una cosa no existe sino cuando fue nombrada. Lo que es innominado no existe todavía. Antes del verbo nada hay. La creación del mundo es un vocabulario. Luego, a medida que el mundo se ordena, se jerarquiza, se vuelve complejo, es una gramática y una sintaxis. Esa creación se logra con la voz, la palabra es su instrumento. Las palabras deben ser dichas para hacer vivir la cosa que nombran. Cuando se fijan por medio de la escritura, mueren. No son más que signos en lugar de ser motores.

El corolario de esa verdad (lo que no fue nombrado no existe) es que todo lo que es nombrado empieza a existir. Entonces, para hablar con propiedad, no hay engaño: Todo lo que se dice es cierto, como lo afirmaba Cocteau. Los mitómanos, los poetas, los novelistas saben bien. También los calumniadores. Y los fundadores de religión. Dios no tiene nombre, es innombrable, porque es increado. Se lo invoca y se lo evoca por perífrasis o por alguno de sus atributos.

El verbo es el más seguro, el más poderoso vehículo de la voluntad, sin duda porque provoca vibraciones, ondas de choque que se expanden en círculo alrededor de los límites del universo de donde son refractadas hacia el centro de este teatro redondo donde se agita el hombre. Es el porqué de que nada de lo que fue creado, nada de lo que existe pueda escapar a la acción del verbo.

Aun en la vida corriente, hay que emplear con prudencia esas maldiciones tan usadas a fuerza de servir que parecen no tener sentido, las fórmulas como: ¡Me pagarás!, Dios te castigará, o Si lo hiciera, te maldiré.

Ciertamente, no aseguro que la mala suerte inexplicable que sufren algunas personas pueda ser provocada por tan anodinos excesos de lenguaje, pues sólo la intención de perjudicar da su efectividad a la fórmula. Sin la voluntad de hacer mal, las peores maldiciones pierden valor. La letra sin espíritu y el verbo sin el soplo no tienen eficacia. Si una madre dice a su hijo. **Vayas al Diablo**, no por eso lo mandar al infierno. La esposa enojada que se queja de la habilidad de su marido:

— ¡Esto no te traerá suerte!

No será responsable de que pierda su dinero en las carreras.

Sin embargo queda siempre nel fondo de las palabras pronunciadas una huella ínfima, una pizca del sentido original, y ese veneno aventado es todavía capaz de matar si se lo reactiva con el menor temblor de maledicencia real escondida nel corazón del que lanza su maldición.

Es por lo cual que creo que es bueno saber en todas las circunstancias dominar el lenguaje: Que las palabras nunca sobrepasen el pensamiento. Esta recomendación se

---

<sup>16</sup> *Brocelandia*: El bosque donde Merlín duerme. Es el nombre mítico del actual bosque de Paimpont, situado al suroeste de Rennes, tierra mágica llena de las huellas de los celtas y de monumentos megalíticos. Amparo Vázquez Sánchez <http://www.prensajuvenil.org/?q=content/brocelandia-el-bosque-donde-merli%C2%ADn-duerme> Nota del digitalizador



extiende al vocabulario de la vida corriente. La grosería, aun la más inocente, no favorece la suerte ni la salud.

Pero hay palabras más o menos poderosas y una manera de pronunciar que las vuelve más o menos eficaces. Nos acercamos al secreto esencial, el de la iniciación.

Del más grosero al más sutil, en cada grado de la iniciación, encontramos el mismo misterio.

¡En guardia!, aúlla el ayudante y los reclutas se inmovilizan, con los músculos tensos, en la posición adecuada. Los cuerpos obedecen sin reticencia a esa voz. Pero si se trata de un alumno cabo que imparte la misma orden, su grito, aunque es comprendido, no provoca en los soldados la misma sumisión instantánea e irrazonada. El ayudante es un iniciado.

¡Duermas!, ordena el hipnotizador. El paciente duerme dócilmente pero si recibiese la misma orden de un no iniciado, no obedecería.

¡Tomes tu lecho y camines!, dijo Cristo al parálítico. Y el milagro se cumplió. Nada es imposible para el verbo. Por delegación del poder, si es que puede ser dicho, algunos santos alcanzaron prodigios semejantes porque fueron iniciados. Los médicos no están iniciados y su pobre palabra es inoperante.

El sacerdote debe pronunciar y no solamente leer, las plegarias de su breviario. Para que la transustanciación se opere, debe pronunciar en voz alta las palabras de la consagración destacando netamente cada palabra: *Hoc est enim corpus meum*. Ocurre lo mismo con la fórmula que borra los pecados. No hay absolución muda.

La plegaria obtiene igualmente una eficacia más grande cuando está hecha en alta voz. Mejor todavía si es colectiva, cantada, ruidosa. Parecería que Dios es duro de oído. Hay que hacer mucho ruido para ser acogido favorablemente.

Abandonemos el dominio sagrado y regresemos a lo profano y cotidiano. En todas partes encontramos igualmente pruebas de la virtud soberana del verbo. No contaré más que una anécdota para que sirva de ilustración a mi propósito. Parecerá tal vez increíble, pero garantizo su autenticidad.

### Para abrir las cerraduras

Uno de mis jóvenes amigos, universitario muy brillante, doctor en derecho y licenciado en letra, posee el don bastante singular de poder abrir con una diabólica facilidad las puertas, los cajones y los cofres mejor cerrados: Ninguna cerradura se le resiste. Sin gonzúa, sin palanca, simplemente con sus dedos y una horquilla, da con los mecanismos más complicados. Podría hacer una admirable carrera de ladrón. Lo que se añade a la singularidad de su caso es que no puede *trabajar* las cerraduras, realizar sus pases de mano, sino se ayuda con la voz. Entona una especie de canción de suerte, de la cual recuerdo solamente los dos primeros versos:

**Basta de trampas para el ratón  
Si me abro te abrirás**

Es su sésamo. Ante la primera rima, la cerradura cede, el cofre se abre.

Ese poco común talento de sociedad fue la causa de su fracaso en las elecciones legislativas. Nel curso de su campaña, cada vez que visitaba a un notario, se divertía le proponiendo abrir su caja fuerte y el cajón de su escritorio. La demostración dejaba al elector espantado y vagamente inquieto. Un candidato con tal habilidad para forzar las cerraduras no podía ser un buen diputado. Su adversario hizo correr el rumor de que era Arsenio Lupin y nel día del escrutinio, ningún comerciante, ningún banquero, ningún *cuadro* se atrevió a votar nél. Recogió solamente los votos de los electores que no tenían tesoro guardado bajo llave, los cuales eran muy pocos en tan hermosos barrios.



Fue derrotado, pero contento al menos, pues tiene un gran sentido del humor.

## Para llegar a las provocaciones verbales

Queda saber si, en la vida corriente, los no iniciados pueden usar en su beneficio el poder de la palabra para atraer a la suerte o alejar a la mala suerte.

Debe precisar que el problema se plantea únicamente para los no iniciados, ya que para los iniciados los resultados que obtienen por medio de la voz (asociada o no a otras prácticas) no pueden ser puestos en duda.<sup>17</sup>

¿Qué entendemos por iniciados? Se puede responder, sin que la lista sea exhaustiva: Los santos, los exorcistas, los brujos, los ocultistas adiestrados en las prácticas de su disciplina, los especialistas en técnicas de orden y persuasión por la voz, y todos los que recibieron una unción sagrada.

Para ser más claro, planteemos el problema al nivel más humilde, al nivel del señor Todo-el-mundo. Creo, porque lo sé, que la maldición de un mago o la bendición de un sacerdote son eficaces, producen efecto, porque son lanzadas de acuerdo con un ritual experimentado, se refiriendo a ciertas fuerzas superiores, y por la voz de un intermediario o de un intercesor autorizado. Pero si fulano de tal quiere atraer el favor del cielo sobre la cabeza de un ser querido, o si zutano, un burgués, maldice a su hijo ripi, ¿las palabras que pronuncien tendrán influencia?

Podemos responder con certeza que sí, siempre que las cuatro condiciones siguientes se cumplan:

1 ● Es necesario que aquel que arroja el anatema o da la bendición piense en lo que dice con sinceridad total, sin restricción mental. Si le grito a un importuno una maldición, de más está decir que aquél no corre el riesgo de que se cumpla. Del mismo modo, el amigo a quien deseo buen viaje no podrá evitar el accidente o el cansancio del camino.

2 ● Es necesario que las palabras empleadas para maldecir o bendecir sean las más cargadas tradicionalmente de un sentido fuerte y sean pronunciadas con la solemnidad conveniente. Lo que quiere decir que no se debe temer el ridículo ni el énfasis si se quiere ser eficaz.

3 ● Es necesario que el decorado y el clima sean creados en función de la escena que se representa. Nunca olvidemos que, maldición o bendición, es siempre teatro, y forzosamente, del mejor.

4 ● Es necesario, finalmente, que el que reciba la palabra no esté protegido por una armadura de ironía o de escepticismo. El drama heroico se convierte fácilmente en vaudeville si el público no es respetuoso de las convenciones y rechaza la ilusión. Recordemos aquella tragedia de Voltaire, una de las menos malas, sin embargo, que cayó desde la primera escena cuando el héroe, señor de Coucy, se encontró con uno de sus amigos, que lo abordó:

— ¿Cómo estás?, Coucy.

Un espectador jocosos se levantó en la platea y contestó:

— ¡Couci-couga! [Así, asá].

Risas locas, tumulto. Fue imposible terminar la representación. Eso pasa también en la vida corriente.

La palabra mejor templada pierde eficacia en un público incrédulo o alborotado.

<sup>17</sup> Para no recargar mi texto con demasiadas referencias, me limitaré a citar sólo un ejemplo de maldición eficaz. Fue tomado de la abultada y erudita obra consagrada a Satán por los *Estudios carmelitanos*, que dirige el padre Bruno de Jesús María, de un artículo firmado por el eminente teólogo Alois Mager, decano de la facultad de Estrasburgo. Cito: La prensa inglesa del 2 de diciembre de 1947 anunció la muerte de sir Aleister Crowley, el personaje más inmundo y más perverso de Gran Bretaña, como lo calificó mister Justice. Antes de partir de este mundo, ese hechicero septuagenario maldijo a su médico, que le negaba, con justicia, la morfina que distribuía entre los jóvenes. Puesto que debo morir sin morfina por tu causa, morirás poco después que yo. Lo cual sucedió.



Hechas las reservas correspondientes y cumplidas esas condiciones, el señor Todo-el-mundo puede darse el lujo de conseguir excelentes provocaciones verbales.

A veces el verbo no es más que un accesorio de conjuración, una música de acompañamiento. Sirve para fijar la atención de la víctima sobre un ruido mientras que el arma silenciosa dispara.

A veces sirve para se dormir, para anestesiar la vigilia. Como una canción de cuna, conduce a un bienestar neutro que vuelve al individuo más receptivo, dispuesto a recoger tanto las órdenes de la dicha cuanto los estallidos de la revelación. Es principalmente el caso de la frase sagrada que repiten incansablemente los monjes budistas: *Om mani padme om*.

Recordemos esa frase. Puede nos llevar al estado de gracia si la repetimos con una monotonía obstinada. Es un lazo para la suerte que funciona muy bien y es de fácil empleo para todos.

La vibración producida por la sílaba Om es considerada el símbolo de la perfección. Al la recuperar nos ponemos en armonía con el concierto universal. Se la suprime le devolviendo su tono.

Hay muchos casos en los cuales se verifica que es la palabra pronunciada en voz alta y no la cosa que se nombra lo que trae desgracia. Por ejemplo: Hay cuerdas a bordo de todos los barcos y en todos los teatros. Pero el imprudente que, a bordo del bastidor, pronuncie en voz alta esas dos sílabas, correría el riesgo de provocar una catástrofe.

Otro consejo: Nunca digas **No tengo suerte**.

Atraerá sobre ti la desgracia, pues la fatalidad te tomará la palabra.

Por oposición, hay que ubicar entre las supersticiones estúpidas la costumbre de decir la palabra de Cambonne para atraer la suerte. En realidad no es la palabra lo influyente, sino la cosa. La pisar puede ser un buen presagio, pero la nombrar es solamente una grosería inútil. ¿Por qué la cosa y no la palabra?, me dirán. Porque cuando se tiene la desagradable suerte de poner el pie o la mano sobre un excremento, la ley de compensaciones juega entonces muy normalmente. Es necesario, para restablecer el equilibrio universal sin el cual el mundo volvería al caos, que la mala suerte inmerecida de haber sufrido la mancha se vea compensada por alguna suerte. Pero he un problema que examinaremos más en detalle en otro capítulo.

## Las palabras mágicas

Si estudiamos el vocabulario de la suerte, nos encontraremos inevitablemente con palabras mágicas que la tradición hizo pasar de generación a generación. Son interesantes porque salen del fondo de los tiempos, con su polvo de misterio. Pero nunca tuve la ocasión de verificar personalmente su eficacia. Pienso que se trata más de la voluntad de quien habla que de la virtud intrínseca del verbo. Simplemente como ejemplo, para diversión de los que querrían las experimentar, aquí tenemos algunas.

Para tener suerte en la caza, para no perder la presa, en el momento de la encañonar, hay que invocar en voz alta a los tres reyes magos: Gaspar, Baltasar, Melchor.

Si te encuentras implicado a pesar suyo en una riña o en una disputa violenta, conseguirá rápidamente ventaja al gritar la palabra mágica ¡Miroch!, que dejará estupefactos a sus adversarios.

Para tener suerte nel juego, una suerte además muy particular, que permite conocer las cartas ocultas del contrincante (¡muy útil en el póker!), o tener la visión previa del número que saldrá (¡maravilloso para la ruleta!), basta, según parece, con invocar en voz alta e inteligible al ángel Uriel, repitiendo tres veces: Galate, Galata, Calin, Cala.

Si es víctima de un asalto y un gángster te amenaza con una pistola, no te arriesgues sin antes exclamar: *Armisi farisi restingo*. Pero no cuentes conmigo para dar una



traducción aproximada de ese latín de cocina mágica.

Para tener suerte en amor hay también muchas recetas mágicas donde la palabra juega un papel fundamental. Retengo dos, que considero encantadoras:

Estás enamorado de Francisca, que no corresponde a tu amor. No desesperes. Vaya a pasear nel campo y trates de encontrar nel fondo de una zanja la hierba llamada de los nueve caminos, cuyo nombre erudito es concordia. Cuando la descubrieres, cortes unas briznas mientras dices en alta voz: **Te corto, en nombre de Scheva, para que me sirvas para conseguir la amistad de Francisca.** Cuando vuelva a te encontrar con tu cruel amiga, debes deslizar subrepticamente la brizna de hierba en su bolsillo. Enseguida ella te amará. Es culpa de Scheva. ¿Quién es Scheva? No sé.

Otro medio consiste en trenzar agujas de pino en forma de dos corazones entrelazados diciendo: **Mi corazón y tu corazón sólo forman uno. Si lo aprisionas mi llama retienes.** Al llegar la noche, pongas discretamente las agujas de pino nel umbral de tu bienamada. Si al salir de su casa a la mañana, ella pone el pie izquierdo sobre los corazones trenzados, te amará en la semana.

La mala suerte te persigue. Crees estar en boca de los maledicentes. La magia tradicional le aconseja resistir mientras pronuncia en alta voz la extraña oración: **Lasgaroth, Aforidos, Palada, Urat, Condition, Lamacron, Foudon, Arpagon, Alamar, Bourganis veniat Serebani,** se persignando en cada invocación.

## El destino obedece a la voz

Toda esa algarabía folclórica puede haber tenido sus virtudes en otras épocas, pero se embotaron con el correr de los siglos. No sabemos cómo las emplear, no sabemos cómo las agotar antes de nos servir de ellas. En la actualidad, los medios de los que disponemos para atraer a la suerte son científicos o religiosos. Los primeros sólo utilizan las palabras como ayudantes. Los segundos son plegarias que se encuentran en todos los misales romanos o en las tradiciones orales de las religiones animistas.

Al rezar, es decir, al pedir de acuerdo con las formas convenientes, el hombre obliga a las cosas o a los acontecimientos a ser lo que desea que sean. La voz, que es por excelencia el órgano de las órdenes, es necesaria para desencadenar ese mecanismo de transformación. El destino obedece mejor a la voz que a la razón, pues la razón es falseada por usura de las palabras, mientras que una palabra es siempre ante todo una vibración que compromete el proceso de una cierta fatalidad.

Entre las plegarias más eficaces, hay una, que no se encuentra, según creo, en libro, que es capaz, si se la pronuncia con la autoridad requerida, de favorecer el éxito de cualquier empresa. La copié de un libro de nota de una anciana dama provinciana, llamada por sus amigos *señora Suerte*, que conocía succulentas recetas de felicidad. No vendía su ciencia. Era una benévola consejera de la suerte. Con sus manos cubiertas por mitones, con sus dedos nudosos por el reumatismo, hiló mejor que la Parca centenares de destinos más dichosos de lo que fueron previstos. Esa era su única distracción. En la actualidad, con ella muerta, indiscretos visitantes acuden todavía a su tumba a preguntar acerca del camino a seguir a la señora Suerte. Para muchos inquietos y desdichados, ese pequeño cementerio provinciano fue la encrucijada de sus destinos. En ese cruce de caminos, un consejo venido del otro mundo los condujo a tomar el de la suerte.

Todo lo que me queda de mi vieja amiga es una *Plegaria de poder y protección* que pongo aquí para que mis lectores puedan servir de ella:

### Plegaria de poder y protección





Oh bienhechores espíritus y servidores esclarecidos de la más alta potencia, acudo a vosotros, yo, ¡la criatura más indigna!

Os invoco y os imploro y pido vuestra asistencia y vuestro socorro en la ejecución de la obra que emprenderé.

¡Iluminadme con vuestra luz! ¡Encendedme con vuestra llama!

¡Secundadme en mi esfuerzo!

¡Sostenedme en mi debilidad!

¡Asistidme en el cumplimiento de mi difícil tarea!

¡Poned en mis manos el poder que vosotros tenéis en las vuestras para la más grande gloria del todopoderoso, nuestro señor, y para la más grande dicha de los hombres, sus criaturas!

Protegedme contra los maleficios del abismo y contra el soplo emponzoñado de las tinieblas inferiores, y que vuestra fuerza sea conmigo como un anillo de fuego para protegerme de las entidades malignas de los tres mundos!

¡Que así sea! ¡Que así sea! ¡Que así sea! Amén.

### Testigo de un milagro

Sobre el poderío de la palabra, quiero aportar un testimonio personal. Es una historia vivida que pido permiso para contar como conclusión de este capítulo.

Hace mucho tiempo, viajando en América del Sur, me detuve un día en un pueblito perdido de Colombia. El cura de ese pueblito hizo sus estudios en el gran seminario de San Sulpicio, en París. Cuando supo que yo era francés, acudió, seguido por su bedel, y se puso a cantar, para me honrar, la Marsellesa, acompañado por su guitarra. Enseguida nos hicimos amigos. Estaba muy contento de conversar en francés conmigo. Al evocar sus recuerdos de seminario, daba color y vida a los fantasmas parisienses de su juventud. Para él, San Sulpicio era la más hermosa de las iglesias del mundo. Por pura malicia le opuse la opinión de Raúl Ponchon:

Odio las torres de San Sulpicio  
cuando por casualidad las encuentro  
orino  
contra ellas.<sup>18</sup>

Esos versos sacrílegos desencadenaron su hilaridad. Estaba tan encantado con ellos que se puso a los cantar, improvisando en su guitarra una música de acompañamiento.

Como iríamos, y me hizo le prometer que iría a cenar al presbiterio, un campesino se acercó a nosotros, saludó al cura, luego tiró de la manga al bedel, murmurando algunas palabras que no comprendí. Dijo el bedel, se dirigiendo al sacerdote:

— Padre, Joselito viene me buscar para que diga los versos. Estaré de vuelta para el *Angelus*.

— Lléves al señor francés contigo. Le divertirá te ver.

Acepté el paseo, sin dudar que me permitiría asistir al más simple y más asombroso milagro que nunca antes me fue sido posible ver.

Caminando tras Joselito, que nos guiaba, charlaba con el bedel. Pregunté:

— ¿Hay alguien enfermo en lo de Joselito. Necesitan de ti?

— ¡Oh!, no. Vienen me buscar para hacer caer los gusanos que se metieron en los pescados secos. Solamente yo sé lo hacer. Ese servicio es bueno para todos, entonces iré a casa de uno, a casa de otros, tanto cuanto me pidan. El padre dice que es caridad.

— ¿Sacas los gusanos de los pescados? — Pregunté, asombrado.

<sup>18</sup> Juego de palabras entre *Saint-Sulpice*, *rencontre* (encuentro), *pisse* (orino) y *contre* (contra). Nota de la traductora



— Sí. Solamente yo conozco el secreto.

Me explicó que en la región todo el mundo se alimentaba de bocachicos. Se trata de pequeños pescaditos que se hacen secar al sol y que modo una preciosa reserva de alimento para varios meses. Desdichadamente, si una mosca pone allí huevo, los gusanos blancos pululan y los pescados se vuelven incomedibles. Para esa pobre gente es una catástrofe. El único recurso es pedir la intervención del bedel que, gracias a su secreto, puede quitar los gusanos.

Pensaba que ese fuerte hombre tenía un pase de manos especial para proceder a la operación, o que conocería la receta de un desinfectante capaz de sanar los pescados luego de una simple pasada. No dudaba que su poder consistía en la fórmula de un conjuro.

Cuando llegamos a la casa de Joselito, vi ante su choza un centenar de bocachicos que se secaban al sol, enhebrados por las agallas a un hilo de alambre tendido entre dos estacas. Semejantes a una especie de blanco caviar repugnante, los racimos de gusanos estaban adheridos a los pescados. El bedel los examinó, movió tristemente la cabeza y murmuró: **Seguro, lo único que puede sacar esa porquería es el secreto...** Retrocedió algunos pasos y se recogió un momento. Luego, levantando la cabeza y mirando los pescados, pronunció con fuerte voz las siguientes palabras: **Te conjuro, animal inmundo. Salgas, salgas, salgas. Creo, creo, creo.**

Con el último creo, los gusanos blancos se desprendían de los pescados y cayendo al suelo de golpe, como perdigones.

Vi. El milagro se produjo ante mis ojos. Ante la voz, ante la orden de un bedel analfabeto. Sin ilusión ni truco posible.

Me acerqué a los pescados y verifiqué que se volvieron sanos. Ni uno quedara adherido.

Joselito le agradeció como si se tratase de un servicio sin importancia.

Estupefacto por lo que acababa de ver, apenas estuve de vuelta fui a ver al cura.

— Tu bedel es un hechicero. Sin los tocar, hizo caer los gusanos de los pescados pronunciando una fórmula mágica.

El cura estalló en risa.

— No hay brujería en eso. Mi bedel es el más ingenuo de los hombres y el más piadoso de mis feligreses. Lo que llama su secreto lo aprendió de su padre, que lo aprendió del suyo y así hasta el paraíso terrenal. La fórmula nada tiene de mágica. Es un simple conjuro seguido de un acto de fe. Su eficacia proviene de la pureza de intención y de la fe de quien la pronuncia. Imites a mi bedel y tendrás los mismos poderes que él. En todo caso, puedes estar seguro, nada hay de diabólico en todo eso. Está escrito nel Evangelio que la fe puede mover montaña. ¿Qué hay de asombroso en que pueda hacer caer los gusanos de los bocachicos? No es tan difícil. ¿No? Todavía más increíble y, sin embargo cierto. Mi bedel es capaz de cumplir el mismo prodigio a la distancia sobre los animales. Los campesinos de varios kilómetros a la redonda, tienen la costumbre de venir a lo buscar cuando sus vacas se arañan al se frotar contra los alambres de púa y larvas blancas se alojan en las heridas. Para las curar pide solamente que le indiquen la dirección del horizonte donde están los animales heridos, y con precisión, el lugar de la herida nel cuerpo. Entonces sólo resta pronunciar en alta voz su conjuro y su acto de fe, los mismos que escuchaste hace unos momentos. Cuando los campesinos vuelven a sus casas, encuentran a las vacas curadas. ¿Qué me dices?, señor francés.

No diré más que lo que Hamlet dijo a su amigo Horacio:

— Hay nel Cielo y en la Tierra más cosas que puede imaginar nuestra filosofía.



# El amor, generador de suerte

El hombre solo está siempre en mala compañía.

Paul Valéry

**L**a suerte es el punto de equilibrio perfecto entre los impulsos íntimos del individuo y las corrientes de fuerzas invisibles que atraviesan nuestro universo. Es el encuentro ideal, fulminante, imprevisto, entre la oferta y la demanda, el matrimonio de amor entre el deseo y su objeto.

Cierto, todo el mundo no tiene igualmente ese maravilloso don pero, como vimos nun capítulo precedente, hay medio para aumentar su parte (cuando ella es escasa), y hasta para suscitar la suerte (cuando se está desprovisto de ella).

A todos esos trucos y a todas esas recetas, la mayor parte de las cuales nos fueron transmitidas por una tradición tan vieja cuanto el mundo, hay que agregar un procedimiento del cual el pudor impide hablar con franqueza, es el que consiste en utilizar el amor como un ascesis de la suerte. Me arriesgaré, luego de dar siete vueltas mi pluma nel tintero.

Lo que vuelve delicado el tema es que se trata, sin equívoco posible, del amor físico, del acto sexual. Es la puesta en acción de cierta técnica, y no esa piadosa exaltación de una caridad universal hacia el prójimo, de la cual todas las religiones y todas las morales recomiendan la práctica.

Efectivamente el amor sentimental, la benevolencia sistemática hacia el otro, la compasión sincera, la bondad del alma, contribuyen poderosamente a crear un clima favorable a la suerte. Mientras que la acritud, el rencor, el odio, cuando se los lleva nel fondo de sí, no solamente son verdaderos venenos (¡cuántas úlceras de estómago no tienen otra causa!) sino que también crean un ambiente nel cual la suerte puede se debilitar. A propósito de eso, puedo ilustrar con una pequeña anécdota, cuyo único interés es ser, me parece, realmente ejemplar.

## Por el amor de un gato

Conocí hace tiempo a una mujer muy mezquina, venenosa, gruñona, que odiaba a todo el mundo y se lamentaba sin cesar de su mala suerte, con justa razón. Le aconsejé a alimentar más bien sentimientos de simpatía hacia sus vecinos, se esforzar en los querer más que en odiar. Era, me parecía, la primera condición para que la suerte se volviese a su favor. Contestó que el odio se enraizara en sí, que no podría tener buenos pensamientos hacia aquellas personas que detestaba. Tratará ya de se corregir, de se volver menos agresiva, más tolerante, pero nunca consiguió.

Esa vieja bruja tenía al menos el mérito de la franqueza. Desdichada, rencorosa, amargada, detestada y detestando a todos, proseguía su triste existencia bien que mal, encorvada la espalda bajo el peso de la mala suerte.

Así, un día (¡un hermoso día!) vino para me ver, triunfante y sardónica, para contar que ya no sufría más de mala suerte crónica y que hasta le ocurría, de tiempo en tiempo, tener algunos golpes de suerte reconfortantes. Dijo:

— Sin embargo soy siempre igual de mala y no pierdo la ocasión de hacer una maldad a mis vecinos. Veas que tus consejos de benevolencia y de caridad son una lata (así hablaba aquella mujer). Quiero a nadie, y menos a ti, que escribe esos libros llenos de mentira, se las deseo al mundo entero, y sin embargo la suerte comenzó a me sonreír.

Triunfaba, se burlando de mí. Pero olvidó confesar que un cambio sentimental se produjo nel fondo de sí: Amaba a un gato, un viejo micifuz pelado que recogió y cuidó. Lo amaba con un amor puro y desinteresado. Ese nuevo sentimiento cambió su corazón



sin ella saber, le bastó entreabrir la puerta de su infierno para dejar entrar allí un rayo de suerte.

## Cuando la piel canta

A ese remedio sentimental contra la mala suerte, debo añadir otro, físico, y que tiene la ventaja de poder ser utilizado para fines precisos, se trata del amor físico. Hay que se animar a decir con una tranquila seguridad. Uno de los medios más poderosos, más eficaces, para captar la suerte y se aprovechar de ella es el cumplimiento perfecto del acto sexual. Es necesario que los dos ejecutantes estén recíprocamente satisfechos.

La realización del acto sexual es, en efecto, una prueba del unísono vibratorio de una pareja. Aquel de los dos que tiene la longitud de onda de la suerte conducirá al otro hacia una modulación cuyo provecho sobrepasará las fronteras del lecho conyugal.

Dije, a menudo, repito, la suerte es contagiosa. Se pesca fácilmente por el contacto directo. Las relaciones sexuales permiten el más íntimo de los contactos. Al aportar un acorde más perfecto, nacido del ritmo vibratorio fundamental de los dos esposos, dan a los músicos de la carne la suerte de la suerte (si puedo expresar así) insospechada. Cuando la piel canta, todo se encanta.

## El sexo es mas importante que la bomba

La energía sexual es la más simple, la más rudimentaria, la menos elaborada, y sin embargo una de las más poderosas de que el hombre dispone. Las otras formas de energía, salvo la que es de origen puramente espiritual, no pueden ser operativas más que por intermedio de un complejo industrial, o por lo menos, de máquinas y aparatos complicados. La energía sexual no tiene necesidad, para cumplir asombrosos milagros, más que de ese generador invisible e inmaterial que se llama deseo.

Sé muy bien que puede parecer ridículo comparar las energías que tienen fuente en la materia y desarrollan efectos según leyes físicas conocidas (por ejemplo, la electricidad, la fisión del átomo, el sol, las mareas) con las energías que tienen su origen invisible en las profundidades del ser humano, en las lagunas inexploradas del instinto, y cuyos procesos de aplicación permanecen nel misterio.

Con una bomba atómica, en 30s puedo destruir una ciudad y matar un millón de hombres. La utilización, aun cuando fuera delirante, de la energía sexual, ¿puede tener tales resultados?

Esa objeción no es válida. No tiene más que la apariencia, de la lógica. Las dos energías comparadas no tienen el mismo campo de aplicación y no buscan obtener los mismos efectos. Una bomba atómica no podrá hacer un hijo a una mujer. La energía sexual no fue usada nunca para destruir una ciudad, pero podría si el deseo fuese apuntado a ese objetivo. Hipótesis absurda, cierto, pero que nos permite afirmar que, nel orden jerárquico de las potencias, el sexo es más importante que la bomba.

Antes de pasar a las explicaciones prácticas y de revelar a los profanos el modo de empleo de la energía sexual puesta al servicio de la suerte, es indispensable precisar una reserva de importancia capital: La castidad, la abstención total de toda actividad sexual, siempre que sea elegida deliberadamente, querida, y no solamente sufrida como una privación, purifica y sublimiza la energía sexual, la volviendo más eficaz en la medida en que ella no deba arrastrar el delicioso eslabón del placer que la entorpece. Si Juana de Arco no fuese virgen no podría cumplir tan prodigiosas hazañas. Sin la castidad los grandes santos no gozarían de esos maravillosos poderes de que nos habla la *leyenda dorada*.

Evidentemente, una ascesis tal no puede ser practicada con rigor por una élite poco



numerosa solamente. Para el común de los mortales, para los que usan desconsideradamente la energía sexual, les hace falta aprender cómo la utilizar para su mejor provecho general, para cumplir su suerte. Es lo que explicaré ahora.

Esa explicación, para ser comprendida y admitida por las honestas personas no iniciadas en las culturas esotéricas, se enfrenta con dos obstáculos serios. El primero es el pudor, o mejor dicho, la hipocresía que arroja un tabú sobre todos los problemas del sexo. El segundo, la obligación absoluta de no tratar esos problemas más que en segundo grado, por referencia a reglas que nada tienen en común con aquellas de las otras disciplinas morales o científicas.

Ahora entraremos en un dominio que debemos llamar mágico.

## Magia sexual

El sexo es la más grande fuerza mágica de la naturaleza, afirmó Pascal Beverly Randolph en su apasionante obra *Magia sexual*, publicada en inglés en Nueva York hace más de un siglo, y de la cual hay al menos dos traducciones francesas excelentes. Todos los libros sobre la magia sexual publicados después se inspiraron en el de Randolph. Nada aportaron nuevo sobre el problema. Hasta los más modernos de los psicoterapeutas, los inventores de teorías desbordantes o de las terapias de grupo, del grito primario y del masaje relacional, hasta los más valientes médicos que, como el doctor Reich, ese loco genial, trataron de cuidar el alma a través del sexo, todos esos sexólogos escandalosos o conformistas no hacen en suma más que interpretar con una jerga pseudo científica el análisis mágico ya hecho en otro tiempo por Randolph.

Randolph fue un personaje fuera de lo común. Nacido en Nueva York en 2 de octubre de 1825, tuvo una juventud de aventurero y, nel curso de sus viajes, recibió la iniciación a los ritos más secretos de las sectas de Oriente. De regreso a Estados-Unidos, fundó una asociación iniciática relacionada a los grados superiores del Rosacruzianismo: El sacerdocio de Aeth. Luego animó un círculo interior todavía más secreto: La fraternidad de Eulis. Finalmente se convirtió en supremo gran señor de la fraternitas Rosae Crucis, una de las tres principales organizaciones rosacruzianas cuya sede actual está en Pensilvania.

Fue, incontestablemente, uno de los más iluminados magos y más poderosos que se manifestaron entre los hombres. Fue, sin embargo, cuestionado y calumniado por algunos grandes maestros del ocultismo, a causa justamente de sus teorías y de las prácticas que enseñaba sobre la magia sexual. Las sospechas sobre él no se disiparon y de su obra se desprenden todavía vahos de azufre que inquietan a las personas honestas.

## Para que el acto sexual sea perfecto

La magia sexual recomendada por Randolph está perfectamente resumida en la siguiente fórmula clave extraída de su libro: Si un hombre desea ardientemente una fuerza o un poder y conserva ese deseo desde el instante en que penetra en la mujer hasta el instante en que la abandona, su voto se verá necesariamente colmado.

Lo que quiere decir que la energía sexual es tan poderosa que, cuando se desborda en la relación de a dos, conforme al rito de la creación, puede transportar a distancias infinitas una fuerza modulada por la voluntad y capaz de obtener no importa qué objeto deseado.

Es necesario que el acto sexual sea perfecto y cumplido con una voluntad claramente expresada de realización mágica.

La perfección se obtiene mediante el cumplimiento de algunos gestos, por el respeto



a ciertas formalidades, por la puesta en acción de un desarrollo nel cual los colores, los perfumes, los sonidos, el decorado, jueguen un papel importante.

Para el buen logro del acto mágico hay que respetar, contrariamente a lo que piensan los malevolentes, ciertas reglas morales. Por ejemplo, Randolph da como instrucción formal: No toméis, para la operación mágica a la prostituta, virgen ignorante, menor de 18 años ni a la mujer de otro, sino que deberéis cumplir el acto solemne con vuestra esposa.

Se recomienda también cierto ascetismo: Dormir en una cama dura, con la cabeza hacia el norte, en una habitación fresca y ventilada, se alimentar sobriamente, de preferencia con alimentos naturales.

Finalmente Randolph desaconseja enérgicamente los excesos sexuales, las fornicaciones abusivas, todo lo que se parezca al frenesí o al vicio: No veáis muy a menudo a vuestra mujer, escribe, y solamente cuando ambos estáis bien caldeados. Dormid en cuartos separados y no os unáis más que una o dos veces por semana... Más allá del placer carnal, buscad la unión de las almas, si queréis que vuestra plegaria sea satisfecha.

La operación mágica, de la cual el amor físico es el soporte y el medio, puede ser tanto blanca cuanto negra. Esa es una de las razones por las cuales a los iniciados repugna siempre revelar secretos de ese orden, que pueden servir tanto para el bien cuanto para el mal.

Felizmente, como lo recuerda Randolph, la ley de polarización y la del reflejo rechazan nel operador el bien o el mal que causa a otros. ¡Entonces, que estén en guardia todos los cuyas intenciones no son puras! El rito del amor mágico podría les ser fatal.

## Las 7 aplicaciones prácticas según Randolph

Hecha esa aclaración, estamos en condición de explicar con buena conciencia cómo, en la práctica, es posible utilizar esa energía sexual como generadora de suerte.

Antes de cualquier ejercicio, conviene tomar claramente conciencia del esquema hertziano (me atrevo a lo llamar) del proceso que se desencadenará: La energía sexual es generadora de una más poderosa cadena de ondas portadoras, las que pueden transmitir ondas portadoras, nacidas de la energía psíquica y moduladas por una frecuencia que se llama deseo, ambición, voluntad.

Para que la magia sexual sea eficaz es necesario que el acto de amor sea completo y acertado, cumplido por una pareja en perfecta armonía vibratoria, afectiva y espiritual, por dos compañeros habituados uno al otro, familiares del éxtasis compartido. Ese acuerdo de resonancia, es importante subrayar, es una de las condiciones necesarias (sino suficientes) del éxito. Randolph precisa todavía: El hombre no debe tocar a una mujer que no está conmovida, ni debe la abandonar antes los dos estremecimientos pasaren.

Veamos ahora cuáles pueden ser las aplicaciones prácticas de los ejercicios de magia sexual. Randolph enumera siete. Algunos son muy absurdos, hasta chocantes para los que no sean profesionales de la hechicería. No citaré más que a título documental.

Existe la posibilidad, siempre según Randolph, para la pareja que se entrega a esa clase de ejercicio de cargar toda clase de estatuillas de cera, utilizadas en las operaciones de hechizo como representación de la persona sobre la cual se quiere influir. Esas figulinas (sobre las cuales los hechiceros pronuncian sus maldiciones, arrojan sortilegios a las cuales pinchan, traspasan o queman con la esperanza de alcanzar al enemigo deseado), esas figulinas están tanto más en resonancia con el ser viviente al cual representan que sensibilizadas por una carga magnética y psíquica



poderosa.

El brujo (o la bruja) que consigue asociar una de esas figuras al acto de amor, aun sin la complicidad, hasta en la ignorancia de su compañero, obtiene por medio de la utilización de la energía sexual un condensador fluídico excepcional. Su eficacia mágica duplicada y, en consecuencia, facilitado su éxito.

Citaré igualmente de memoria la receta dada por Randolph para hacer aparecer en un espejo, nel momento en que se libera la energía sexual con una fuerza irresistible, la imagen de personas vivas o muertas o todavía no creadas. Eso es bastante asustador, tanto más cuanto habría, parece, para la pareja, la posibilidad de cargar espejos mágicos susceptibles de reflejar enseguida, bajo una simple indicación, los retratos animados de esos personajes inesperados. Es el caso de repetir con una gravedad diferente la humorada de Jean Cocteau: **Los espejos harían bien en reflejar antes que transmitir las imágenes.**

Vayamos ahora a otras aplicaciones prácticas que pueden ser intentadas sin peligro por el común de los mortales para realizar sus deseos.

En primer lugar está el refuerzo, la reactivación de la energía vital, sea de uno solo o de ambos miembros de la pareja, de acuerdo con la modulación dada al acto sexual. Gracias a ese procedimiento, no resulta paradójico afirmar que cuanto más se hace el amor más potente uno se vuelve: Es un modo de regeneración del que los gerontólogos podrían estudiar la técnica.

La cuarta aplicación práctica será muy apreciada por los jóvenes maridos: Consiste, en efecto, en determinar a voluntad el sexo del niño que la pareja concebirá. En ese caso no es necesario decir que el hombre y la mujer deben estar de acuerdo sobre el fin antes de utilizar los medios para llegar a él. Sobretudo, nada de improvisación o último momento.

Randolph añade que, una vez que el niño sea procreado es posible hasta usar la energía de los padres para mejorar las aptitudes físicas e intelectuales, tanto la belleza como la inteligencia, del pequeño ser que vendrá.

La quinta aplicación interesará más bien especialmente a los estetas y a los artistas. Contribuirá, en efecto, a afinar los sentidos, a volver más exquisita la sensibilidad, a aumentar el goce que un artista puede obtener de la belleza bajo todas sus formas, y también a expresar esa belleza con el máximo de felicidad.

La sexta aplicación trae un arma temible a los que están poseídos por cierta voluntad de poder. Al hombre que quiere afirmar sin lucha su dominio sobre su mujer y obtener de aquella una sumisión total, bastará proyectar juiciosamente su energía sexual nel punto vulnerable de su compañera, y el resultado deseado será alcanzado. A la recíproca, por supuesto, es posible que la mujer logre someter al hombre.

Finalmente, la séptima y última aplicación recomendada por Randolph es la más banal, pero por cierto la más útil en la vida corriente. Es la que permite al operador realizar cualquier proyecto estrictamente definido, en cualquier dominio que sea.

Sé que esas referencias a la magia sexual, luego de haber despertado el apetito, dejarán al lector con hambre. No puede ser de otro modo. En esa materia, los trabajos prácticos aprovechan más que la teoría. Se comprenderá que no me es posible mantener encendida la vela y transformar un tratado sobre las leyes de la suerte en un libro de recetas para ser leído en las alcobas. Sin embargo, dije lo bastante para que cada uno pueda finalmente encontrar, por la experiencia, la vía y los medios.

La realización de nuestros deseos, de nuestras ambiciones, es la razón de ser y el objetivo confesado de toda magia. El empleo de la energía sexual para llegar a ese fin es uno de los procedimientos menos conocidos pero más eficaces de la brujería tradicional.

En mi opinión, es también el más recomendable, ya que une lo útil a lo agradable.



# El mecanismo de suerte nel juego

Los acontecimientos se desarrollan en la realidad del espíritu antes de se manifestar en la realidad exterior de la historia. Todo lo que ocurre nel mundo (...) tiene una fuente interior espiritual.

Nicolás Berdiaev

**E**n los juegos llamados de azar es donde se manifiesta con la mayor evidencia la ley de bronce, antidemocrática al máximo, que rige la condición humana (y que se esfuerza bastante ingenuamente en negar la divisa grabada en la piedra de los monumentos públicos): La desigualdad. Todo el mundo puede constatar: Algunas personas tienen suerte nel juego, otras no. Hay personas que ganan, si no siempre al menos más a menudo de lo normal, y hay otras que seguramente pierden, regularmente, cualquiera sea el juego al cual arriesguen su dinero.

¿Cómo explicar y justificar una injusticia de esa magnitud? En rigor, se admite que la suerte favorece los asuntos sentimentales, el éxito profesional, cualquiera realización en la cual sea posible, después de todo, atribuir una parte del éxito alcanzado a las cualidades personales o al esfuerzo del individuo. ¡Pero suerte nel juego. Qué escándalo!

Conozco personas que gozan de una suerte innata e inveterada en todos los dominios, salvo nel de los juegos de azar. Conozco otras que, al contrario, desafortunadas en amor y en negocio, acumulando fracaso en su vida profesional y social, tienen la satisfacción de ganar en la ruleta, en la carrera, a la carta, a la lotería o a la quiniela. ¿Se trata de una compensación? Tal vez. Más bien sería que la suerte raramente es general y se especializa en un dominio.

Una cuestión muy importante es saber si nel dominio del juego, como en todos los otros, puede se intervenir con buen resultado. ¿Hay manera de ganar, sin hacer trampa, en los juegos de azar?

Mi respuesta es clara: Sí. Hay manera de volver la suerte favorable, pero no un medio de dar vuelta la suerte. Explico.

La suerte es un estado de gracia. Si no se está en ese estado es inútil tentar suerte en juego de azar. Sería ir derecho al fracaso. El problema a resolver es entonces cómo saber se poner en ese estado de gracia que debe ser previo a cualquier operación destinada a convencer a la suerte. A sus jueces, cuando le preguntaban si ella estaba en estado de gracia, Juana de Arco respondía con maravillosa habilidad: Si estoy, Dios me guarde. Sí no estoy, Dios me ponga en ese estado. Hay que tener la misma actitud respecto de la suerte, salvo que no es de Dios de quien se debe esperar que nos ponga en tal estado, sino de una técnica que nada tiene de sobrenatural.

Todos los jugadores a quien la suerte favorece, aunque sea momentáneamente, conocen bien esa alegría, esa seguridad que lleva a correr cualquier riesgo con la certeza de salir ganador. Es una sensación análoga a la que podríamos experimentar, por ejemplo, caminando sobre el agua o volando por nuestros propios medios.

Cuando uno se siente verdaderamente en ese estado hay que saber aprovechar sin duda ni timidez.

Pero si uno no está en estado de suerte, ¿cómo llegar a él? Es aquí donde comienza la dificultad.

Antes de indicar algunos medios prácticos de desencadenar el mecanismo de la suerte, quiero explicar en pocas palabras cómo funciona ese mecanismo, cuál es el itinerario de ese rayo que golpea al hombre feliz.





Todo ser viviente está rodeado de un campo vibratorio personal que le sirve a la vez como instrumento de prospección de su contorno más inmediato, escudo de protección contra las agresiones externas, cámara de resonancia para todas las informaciones venidas de lejos, y finalmente, firma individual inimitable. En otra parte, ese campo vibratorio es portador de lo que los físicos llaman un campo de fuerza. El universo está lleno de campos de fuerza, llamados erráticos o vagabundos, que a nadie pertenecen, que son de cierto modo virtuales en tanto no hayan encontrado el punto de focalización nel cual, al pasar, se manifestarán. La suerte es la carga predestinada de esos campos erráticos. Si encuentra en un individuo el punto focal que le conviene, como si brotase de un lugar desconocido, se manifestará con soberana autoridad.

La recíproca es verdadera, es decir, que el campo de un individuo puede se manifestar bajo la forma de suerte, si encuentra, gracias a un objeto, a un compañero, a un concurso de circunstancia, la focalización que le abrirá el camino y la forma del éxito.

Tal vez pueda se me objetar que al pretender explicar el mecanismo de la suerte nel juego no hago más que expresar el misterio. Al menos habré permitido ver el funcionamiento de los engranajes de una máquina, aun sin comprender el mecanismo, así como seguir la fabricación de un producto, desde la materia prima al objeto terminado.

Para tratar de ser más claro, arriesgo una comparación: Imaginemos un casco de botella arrojado a un pinar muy seco en pleno verano. Si cae de modo tal que funciona como una lupa bajo los rayos del sol, el efecto focalizador creará un calor tan intenso que encenderá algunas agujas de pino y pronto todo el pinar será presa del fuego.

En la vida corriente lo que importa al jugador es encontrar la manera de focalizar la suerte latente para que ella encienda, en su pinar, el incendio del éxito. Cada uno debe entonces actuar no por principio, sino únicamente de manera empírica. Hay que tantear a ciega y hacer muchas experiencias y verificaciones antes de conocer con certeza los caminos que llevan a la suerte. Es una escuela de experiencia personal, sin posibilidad de universalización. A cada uno su verdad.

Esa es la razón por la cual nunca dejaré de poner en guardia a mis lectores contra los talismanes o los pretendidos amuletos ofrecidos por algunas monedas nel aserrín de los puestos ambulantes o vendidos a precio de oro por hábiles charlatanes.

No hay que dar crédito, en ese campo, a los horóscopos publicados por los diarios, que indican a los nativos de cada signo los números de la suerte. Es fácil comprender lo ridículo que resulta encontrar así los números ganadores de la quiniela o de la lotería. Siendo diferentes esos números para cada signo astrológico, se llega al absurdo de que, para ganar, los nativos de leo, capricornio y aries, reciben el consejo de jugar números distintos.

Al contrario, es cierto que un buen estudio puede precisar las configuraciones astrales del día, confrontadas con el tema de nacimiento del jugador, le pudiendo así informar sobre el estado de su suerte.

Sin embargo, es más eficaz de forma inmediata, ¡y tan simple!, utilizar pequeños recursos empíricos y estrictamente individuales que la intuición o la experiencia permitieron a cada uno descubrir por su cuenta. Entre los objetos o la ropa, los accesorios o los adornos de nuestra vida cotidiana, los bibelots o las alhajas que tenemos, ciertamente hay al menos una que puede desempeñar el oficio de resonador, de amplificador de nuestro tono vibratorio personal. Puede ser tanto una corbata (como la anécdota que cuento más arriba) cuanto un gemelo de camisa, un anillo, una pluma de ganso, una vieja postal o una moneda agujereada, un jarrón o un viejo suéter, un pelo de elefante o una ardilla. ¡¿Qué importa?!



Ese resonador de suerte está, seguramente, en alguna parte: En nuestra casa, en nuestra persona o junto a ella. Cuando logramos lo identificar, nunca olvidemos lo llevar, tocar cada vez que decidamos arriesgar nuestra suerte a un juego de azar nos servirá también de muleta y de antepecho, nos permitirá superar nuestra envergadura intuitiva normal, hasta traer a nuestras manos el billete adecuado, a nuestro espíritu el adecuado número.

Otro procedimiento consiste en utilizar la extraña facultad que a veces posee el espíritu humano de anticipar los acontecimientos, de prever algo que todavía es solamente virtual. Eso no es exactamente el don de videncia, que se manifiesta muy a menudo por fleches incontrolados, muy difíciles de provocar según los deseos y delicados de interpretar correctamente. No se trata del don de la profecía del cual no gozan más que algunos santos y algunos poseídos. Se trata de una facultad de percibir el acontecimiento futuro algunos segundos antes que se produzca. En su estado más débil, ese don se llama intuición. Numerosos individuos están más o menos dotados. En su estado fuerte no tiene un nombre especial y se tiende a lo confundir con la clarividencia, cuando no tiene las mismas características ni las mismas aplicaciones. En realidad es un don mucho más útil y mucho menos cuestionable que el de la videncia.

Para convencer contaré una historia de la cual no puedo garantizar la autenticidad, pues no fui testigo de ella, pero que se puede creer sin caer nel ridículo. Nel dominio de la realidad fantástica una larga experiencia nos permitió nos enfrentar a menudo con hechos mucho más inverosímiles que aquellos de los cuales daré un relato muy resumido.

Algunos años antes de la guerra los habitantes concurrentes a los casinos de la Costa Azul veían se sentar a menudo a las mesas de ruleta a un príncipe indio de sonrisa destellante y ojos de jade, que ganaba imperturbablemente sumas considerables. Su suerte era demasiado constante para no parecer sospechosa.

Se lo hizo vigilar discretamente pero con la más extremada vigilancia por policías de la brigada especial, familiarizados con todas las astucias, prestidigitaciones, supercherías, trucos, hasta martingalas y combinaciones matemáticas, que los jugadores deshonestos inventaron, nel correr de los siglos, para forzar a la suerte. En vano. Muy pronto se tuvo la certeza de que el príncipe no hacía trampa. Simplemente ganaba siempre. Cada vez que ponía en un número de la ruleta, ese número salía. Si quisiese haría saltar la banca en todos los casinos donde jugaba. Pero, buen príncipe, se contentaba con ganancias razonables, que distribuía enseguida generosamente en propinas y limosnas, en regalos de los cuales abrumaba a los que le rodeaban y hasta a los desconocidos. Evidentemente ese rajá riquísimo nada tenía de aventurero ni de pirata de casino. Jugaba para se divertir y ganaba. Quedaba a descubrir la explicación de una vena tan constante, tan infalible.

A principio la verdad pareció increíble. Policías y directores de casino son, en general, por su profesión, racionalistas e impermeables de hadas que murmurara uno de los miembros de la comitiva del rajá, en una noche en el bar del hotel de París en Montecarlo, bajo el más estricto secreto, nel oído de un amigo reencontrado quien, como al azar, era un *indicador mundano* y conseguía un poco de dinero informando a la policía acerca de la vida privada de los jugadores de categoría.

El indiscreto colaborador del príncipe contó que su amo poseía un don prodigioso, al cual empujara al extremo de su eficiencia por la práctica del Eaya Yoga. Era capaz, por decisión de su espíritu, de anticipar el tiempo en 13s. Veía los acontecimientos 13s antes de su realización. Así es que veía la bola de la ruleta caer nel casillero de un número, 13s antes de de ocurrir. Tiempo suficiente para apostar antes que resonase el fatídico ¡No va más! y para apostar sobre seguro.



Al observar cuidadosamente el comportamiento del rajá a la mesa de la ruleta, se constató que efectivamente, ubicaba su apuesta sobre el número de su elección muy poco antes de la caída de la bola en un casillero, prácticamente antes del ¡No va más!. Se computó el tiempo medio transcurrido entre la orden del crupier de no apostar y la caída de la bola al fin de su recorrido: Contaron 10s.

La dirección de casinos dio entonces imperativa orden a todos los crupieres de prohibir las apuestas durante al menos 20s antes de la caída de la bola. Esa orden sigue en vigor, aunque tuvo como resultado impedir muchas apuestas que podrían ser hechas en esos 10s, lo cual representa sumas considerables.

El príncipe indio fue puesto así frente a la imposibilidad de ganar siempre. Veía el número ganador algunos segundos después del ¡No va más!. Ya no podía apostar. Disgustado, dejó de frecuentar las salas de juego y los directores del casino se vieron libres del miedo pánico que les inspiraba ese jugador misterioso que nunca perdía.

Si conté la historia es para mostrar que la suerte puede a veces no ser más que una intuición fulminante. O, cuando se trata de elegir los números de la quiniela, es posible ayudar a esa intuición utilizando un pequeño objeto, simple y a la vez muy misterioso: El péndulo egipcio.

Todos los que se dedican seriamente a la búsqueda radiestésica conocen las propiedades excepcionales de ese péndulo. Las extrañas facilidades de trabajo que da, diría hasta sus asombrosos poderes, principalmente en biometría.

Ese detector es la reproducción exacta de un péndulo de greda descubierto en Egipto en un sarcófago del valle de los Reyes. Fabricado en hierro, pesa 22g, como el original. En su erudito tratado sobre la física microvibratoria y las fuerzas invisibles, A de Bélizal y PA Moret afirman que ese péndulo, afinado por manipulación mental, es testigo del objeto de la búsqueda con una muy franca sensibilidad en sus respuestas. Parece por lo demás haber sido creado por sus autores (es decir, los antiguos egipcios y tal vez hasta los atlantes) por una acción mental intensa de tal modo es sensible".

Una perspicacia tan asombrosa, fue muy pronto conocida por personas menos desinteresadas que los sabios dedicados solamente a las investigaciones radiestésicas, y tratarán de lo utilizar con fin práctico.

Algunos jugadores piden al péndulo egipcio indicar los ganadores de la quiniela, y obtienen resultados satisfactorios.

Ante mi gran estupor, pude constatar que las respuestas eran siempre buenas cuando el péndulo egipcio era manejado por un radiestesista experto. Los únicos errores provienen a veces de los números de dos cifras, que es más difícil seleccionar. Por ejemplo, si es el 18 el que ganará, es muy probable que el péndulo indique el 1 y el 8.

Hechas esas aclaraciones, no constaté otros errores en sus provisiones.

Sin embargo, como es necesario que haya perdedor para que sus apuestas sean repartidas entre los ganadores, aconsejo no divulgar excesivamente el secreto de la suerte del cual acabamos de hablar. Dejemos a los escasos poseedores del péndulo egipcio que aprovechen en paz su privilegio y continuemos jugando estúpidamente a la fecha de nuestro nacimiento.



# La ley de las series

La decimotercera llegó y es también la única

Gérard de Nerval

**N**unca dos sin tres, dice la sabiduría popular. Pues, al suceder las repeticiones, atrapados los acontecimientos en el engranaje de la imitación, entonces los espectadores que somos se ponen a invocar la ley de las series.

Se trata siempre, además, de serie negra, pues no nos fijamos más que en la sucesión de las desgracias o de los accidentes. La serie rosa, pasa desapercibida. Nunca estaremos cansados ni asombrados de que los acontecimientos felices se encadenen los unos a los otros indefinidamente, desde el momento en que somos sus beneficiarios. No manifestamos más que sorpresa inquieta si la suerte cae siempre sobre el mismo vecino, el cual, según nuestra opinión, no la merece y tendrá que pagar por ella algún día.

Es habitual que la famosa ley de las series sea invocada a menudo por los periodistas que tienen el gusto de justificar el azar, de explicar lo irracional. Los lectores de noticia diversa se parecen entonces a los jugadores frente a una mesa de ruleta donde el mismo número acaba de salir cinco veces seguidas. Se preguntan si el acontecimiento se repetirá una sexta, luego una séptima vez, por qué no indefinidamente, si nada viene a interrumpir la ley de las series.

Hay en ese engranaje un pequeño misterio bastante asustador, y del cual ninguna explicación matemática da cuenta de manera satisfactoria.

Es cierto que un acontecimiento tiene siempre tendencia a se reproducir si la casualidad es la misma y las condiciones de desarrollo son idénticas. En el universo cerrado donde vivimos, en este teatro hermético donde se juega el drama de la humanidad, el curso normal de las cosas es tal que lo que viene después se parece a lo producido antes. Es normal y tranquilizador. Pero cuando la cadena de imitación se rompe por accidente, es inquietante que el engranaje de la imitación se ponga a funcionar a partir del accidente. Es un poco como si habiendo nacido un monstruo en la raza humana, la naturaleza se pusiese a inaugurar una serie monstruosa.

Nel dominio de lo práctico, el único que debe nos interesar aquí, somos llevados a preguntar si es posible intervenir en la ley de las series, romper la cadena de las desgracias para devolver curso normal a los acontecimientos y, en caso afirmativo, con qué medios actuar.

Efectivamente, hay manera de interrumpir una serie negra.

Esos no son los mismos si se trata de romper la mala suerte que se abate a repetidos golpes sobre un individuo o si se trata de detener una serie de catástrofes que interesan, de poblaciones enteras o de ciertos modos de transporte en particular.

Nel primer caso convendrá personalizar al máximo las intervenciones y buscar las causas de la mala suerte antes de decidir el remedio apropiado.

Nel segundo caso la única acción eficaz posible no puede ser emprendida más que por comunidades de plegaria o por grupos espiritualistas, que desarrollen su influencia en acuerdos telepático-magnéticos, capaces de hacer pasar un estremecimiento en el espinazo del mundo.

Para hablar en términos más simples, digamos que, para cortar un engranaje de catástrofes que amenazan a la humanidad bastaría, por ejemplo, una gran orden monástica católica organizar una campaña de plegaria orquestada, o que todos los meditadores budistas del mundo se reúnan en determinada hora en sus templos y decidan dedicar su meditación a influir en el curso de los acontecimientos en el sentido deseado.

Eso puede ser una hipótesis absurda pues, en la actualidad, todos los grupos con



vocación espiritual, todas las sectas y todas las iglesias tienen la timidez y la debilidad de negar a se ocupar de lo que no les concierne, es decir, la felicidad de los hombres. Por ejemplo, ¿sabes de algún sacerdote católico que recite con fe suficientemente poderosa la oración para hacer caer la lluvia? Nel nuevo clero, se es lo bastante inteligente para creer en la eficacia de esas plegarias. Por supuesto, sin la fe nada se puede.

La ley de las series debe ser considerada una de las grandes leyes de la suerte, o de la mala suerte. Es bajo esa luz que hay que estudiar y buscar los medios de la conducir y de escapar de ella. Además, sabemos por experiencia que, en ese dominio, ninguna solución válida puede ser encontrada sin la fe y la plegaria.

## Rompamos las cadenas

Las comunidades de oración, en cuya eficacia muy poderosa creo, no se deben confundir con esas ridículas cadenas epistolares a las cuales las personas crédulas y pusilánimes se creen obligadas a proseguir para que circulen alrededor del mundo.

Se trata siempre de una carta anónima que encarga a su destinatario la confección de decenas de copias para las enviar a parientes y amigos. Si se lleva a cabo esa tarea con los plazos previstos se recibirá una agradable sorpresa tal como mejoría substancial de la situación, importantes ganancias en la lotería, éxitos sentimentales, qué sé yo... Si no, se prometen las peores catástrofes, como las desgracias cuyos ejemplos cito: M Tartempion, que rompió la cadena, vio su casa destruida por un incendio y sus padres morir carbonizados. Señor Machin, escéptico o descuidado, no envió el número de copias requerido y fue muy pronto castigado perdiendo su trabajo. Tales son algunos de los castigos que se abatirán sobre los que rechazaron ceder a ese irrisorio chantaje a la superstición. Chantaje que no cae, ¡ay!, bajo el castigo de la ley, y al que a menudo las personas supersticiosas no se animan a resistir, así perdiendo tiempo en copiar decenas de veces un texto absurdo, y su dinero para estampillar ese correo que será utilizado en buscar nuevas víctimas.

Nel origen de esas tonterías hay siempre un bromista. Pero como él no obtiene satisfacción ni provecho de su broma, de la que no puede constatar los efectos ni las desgracias sobre los destinatarios sucesivos, tenemos derecho a pensar que ese bromista es una especie de enfermo mental, un vicioso, un perverso, gozando con la imaginación (la mala pasada) que juega a millares de personas.

Algunos humoristas afirman que el ministro de correo y telecomunicación en persona sería el inspirador de esas cadenas que hacen ganar tanto dinero a su administración. Quienquiera que sea, en tanto se encuentre con personas supersticiosas que acepten se plegar a sujeciones de ese género, las cadenas siguen dando vueltas alrededor de la Tierra. ¡Rompámoslas cuando pasen a nuestro alcance. No lo dudemos! Aseguro que no seremos castigados, sino más bien recompensados por un rebrote de suerte, por haber detenido la propagación de una estupidez y sacudido el yugo de un conformismo supersticioso.

La última cadena que recibí y arrojé al canasto tenía una originalidad: Venía supuestamente desde Venezuela y fue escrita por *san Antonio* y *por sus misioneros llegados al sur*. Es difícil conservar la seriedad leyendo tales estupideces. Pero creo que no es inútil aparte de la diversión que encontramos en eso, llevar más a fondo el análisis de esos textos.

Una vez más nos encontramos aquí confrontados con una de esas verdades convertidas en locuras de las cuales hablaba GK Chesterton. Pues esas cadenas no son más que una forma abusiva y deformada de la cadena de plegaria cuya eficacia, nel plano religioso, no es cuestionable.



Es cierto que el poder de la plegaria se multiplica con el número de los orantes. La plegaria en común es más fuerte que la plegaria solitaria. Más numerosos son los fieles reunidos para rezar con una misma voz y una misma intención, más probabilidad tiene su plegaria de ser satisfecha. Los peregrinajes no tienen otra razón de ser, los milagros son allí más fáciles, pues un verdadero campo de fuerza, como dicen los físicos, es creado por las vibraciones, el estremecimiento de millares de sensibilidades exacerbadas por la fe y las invocaciones. Las reuniones de fieles en una iglesia, como la reunión de los adeptos de una secta, produce una resonancia y un impulso análogos a los que un acontecimiento deportivo o político puede provocar en la multitud de un estadio o de un mitin.

Si bajamos la tonalidad de esas manifestaciones hasta el grupo de amigos reunidos porque desean en común la realización de algo bien preciso llegamos al círculo mesmeriano o a la egregor, que es la unidad de trabajo más cara a los ocultistas.

Los poderes de tal egregor son inmensos. En cuanto a los resultados de los esfuerzos cumplidos en común, dependen de la intensidad con la que las voluntades se apliquen a la concordancia o más bien de la armonía que se establezca (natural o artificialmente) en las longitudes de onda y las modulaciones de frecuencia de los diferentes participantes, y finalmente de la pureza de sus intenciones.

Habiendo dado esas precisiones, de una manera de la que no pudieron ser excluidas la pedantería y la impropiedad, se comprenderá mejor por qué y cómo almas piadosas llegaron a inventar esas cadenas destinadas en principio a encerrar la Tierra en una red de plegaria, a conjugar los llamados y las invocaciones de millones de suplicantes hasta que obtengan satisfacción.

Es una invención poética bastante conmovedora, extraño proyecto, a la vez loco y realista, esa búsqueda a gracia por correspondencia, esa bola de nieve de plegaria, más una avalancha capaz de acabar con todas las reticencias, de obligar a Dios a las satisfacer.

Desdichadamente, la primitiva cadena de plegaria fue suplantada por la superstición. Un texto absurdo, adecuado a un chantaje a la suerte, una empresa que no tiene sentido, que a nadie compromete y que no puede conducir a logro beneficioso.



# Reversibilidad de la suerte

Cuanto más inferior es un hombre por su inteligencia, menos misterio tiene la existencia para sí, y todo le parece llevar en sí explicación  
Schopenhauer

¿Qué privilegio escandaloso! Los más viejos todavía hablan de eso con indignación. Sin embargo todos tuvimos un bisabuelo o tío que lo aprovechó.

Era nel tiempo en que los conscriptos se sorteaban. El servicio militar era entonces una lotería. Los que ganaban permanecían siendo civiles, mientras que los perdedores debían pasar cinco años, a veces siete, como reclutas. Felizmente era posible corregir a la mala suerte. Si uno sacaba un mal número, se podía comprar un reemplazante por algunos billetes de cien francos.

En la actualidad no está autorizada una sustitución como aquella. Puede ser que la filosofía militar se volvió más sutil y el estado mayor no considere que, cabeza por cabeza, un soldado vale lo mismo que otro. Puede ser también que se trate de un esfuerzo loable de las autoridades para moralizar los juegos de azar los transformando en juegos dirigidos. Es a las comisiones de reforma, a las exenciones de favor que les corresponde ahora restablecer las inevitables desigualdades entre llamados y elegidos.

De cualquier modo, esa conscripción por sorteo con la facultad de comprar un reemplazante era una aplicación circunstancial, que puede se calificar de simbólica y ejemplar, de una de las leyes de la suerte, la ley de representación.

Esa representación no actúa más que en un sentido: El malo. Quiere decir que se puede asumir, tomar sobre uno mismo, la mala suerte de un ser querido, pero no recibir en su lugar el sol de la suerte.

Se trata de un papel muy femenino. Las madres, las esposas, las amantes, no necesitan lección para lo cumplir. La naturaleza las destinó a él. Están hechas para ocupar el lugar, nel peligro y nel dolor, del hijo, marido, amante que sacó un mal número. Son los rehenes de la suerte.

La mayor parte de las mujeres son perfectamente conscientes de ser reemplazantes. Cuando sufren, saben que pagan por él. Su sacrificio está siempre dedicado al ser querido. Es su consuelo y razón de su vida.

Es necesario sin embargo que deseen, que quieran hacer ese papel. Nel dominio de la suerte nadie se convierte en chivo emisario sin consentir. La sustitución es un milagro del amor, pero ese milagro no se produce solo. Hay que lo ayudar.

La que tiene la vocación del sacrificio, si quiere realmente asumir la mala suerte de otro, debe se librar a ciertos ejercicios de gimnasia mental.

Ante todo, debe hacer un esfuerzo de imaginación lo bastante intenso para se identificar con el sujeto de quien acepta ser la reemplazante. En cuanto llegó a yuxtaponer exactamente las dos personalidades, debe se imaginar una pantalla protectora y aceptar los golpes destinados al que cubrirá.

Es una operación que sólo el amor puede llevar a cabo perfectamente. Pero hace falta que ese amor sea clarividente, pues si no tiene un conocimiento objetivo y preciso del ser que quiere proteger, si le presta una mentalidad y una sensibilidad que no responden a la realidad, la protección deja de ser eficaz. Si las dos siluetas psicológicas no coinciden, la sustitución se vuelve imposible.

## Cuando un acróbata pierde la suerte

Cada uno de nosotros puede encontrar alrededor ejemplos que ilustran esa ley de representación.



De mi parte, entre las docenas de casos que observé, hay uno que me impactó particularmente: Es el de un célebre acróbata que, profesionalmente, arriesgaba la vida varias veces por semana. Semejante imprudente no tenía más que un mediocre capital de suerte, lo que es raro entre las personas que ejercen por vocación un oficio peligroso, y rehusaba con desprecio todos los medios que yo le proponía para se volver menos vulnerable a la mala suerte. Era un espíritu fuerte. Por suerte su madre no lo era. Como adoraba al hijo y temblaba sin cesar por él, consentía en lo reemplazar. Lúcidamente, con absoluto conocimiento de causa, aceptaba increíbles sufrimientos para compensar los riesgos corridos por el hijo.

Su vida fue un verdadero martirio. De la cabeza a los pies era un solo dolor, sin que los médicos fuesen capaces de formular un diagnóstico ni de aliviar. Pero jamás exhaló una queja, pues sabía que con su sacrificio compraba suerte para el hijo. A un precio mucho más exorbitante, ya que el acróbata escéptico, temeroso del ridículo, rechazaba toda concesión juzgada supersticiosa.

Cuando la desdichada mujer murió, el hijo sintió de pronto que perdió su escudo de suerte. Confesó a mí:

— Estoy reducido a mis propias fuerzas y tengo miedo.

Cambió de oficio pero fracasó en la conversión. Nada le salía bien. Conoció la miseria. En un día de negra pobreza le propusieron un trabajo en cine. Se trataba de doblar a la estrella del film en un accidente de auto. Controlar una patinada y provocar un trompo en cámara lenta era un ejercicio de rutina para él. Mi amigo aceptó. Creyó que era la suerte que no debía dejar escapar. Fue su muerte. Se mató estúpidamente al doblar esa escena. No tenía reemplazante para recibir en su lugar la mala suerte.

## Los intercesores de la suerte

No hay explicación razonable a ese misterio de la substitución de un ser por otro para afrontar la mala suerte. Se verifica sin comprender. ¿Cómo es posible que, por el solo poder del sentimiento, alguien pueda atraer sobre sí el rayo maléfico destinado a otro. Acaso el principio del pararrayo se aplica también nel mundo invisible, donde estallan tormentas de fuerzas desconocidas?

El dogma cristiano de la reversibilidad de los méritos puede, por analogía, aclarar un poco ese misterio. En ese caso se trata de un reparto no de la suerte, sino de la gracia. Ese dogma expresa la solidaridad que une a las criaturas frente al creador, los méritos adquiridos por los mejores son vertidos a una especie de fondo común donde cada uno recoge en la medida de su necesidad. Así se restablece el equilibrio entre los buenos y los malos. Finalmente, no es un individuo que se presenta solo al juicio para responder de sus actos ante la justicia suprema, sino la humanidad entera.

Consoladora injusticia que hace felizmente que las palabras terribles de Pascal mientan: **Moriremos solos**. Estamos casi tentados de creer que no hay destino individual sino solamente un devenir común a todos los hombres.

Cierto. No hay que confundir dos planos tan alejados entre sí cuanto el de la felicidad aquí abajo y el de la salvación eterna de las almas. Sin embargo, en los dos casos, es reconfortante saber que no estamos reducidos únicamente a nuestra propia fuerza y mérito para afrontar nuestro destino. Lo mismo que hay santos para purgar nuestros pecados, hay intercesores de suerte para que ahuyentemos la desgracia que normalmente debería caer en nuestro lote. Basta a veces con una vieja tía de provincia que nos quiere mucho para que el reumatismo que la tortura se inscriba en nuestro crédito de felicidad. Así juegan misteriosamente las interferencias de un destino a otro, el bien y el mal, la suerte y la mala suerte, estableciendo incomprensibles relaciones entre quien recibe y quien merece.





## Es posible la transferencia

La ley de representación tiene corolario, o más bien su complemento, que es la ley de transferencia.

Más arriba recordé que nel antiguo sistema de conscripción se podía comprar un reemplazante. Hombre por hombre, cabeza por cabeza. En materia de suerte, no solamente es posible esa substitución, como acabamos de ver, sino que hay también equivalencias más sutiles. Se puede transferir de un soporte a otro las influencias benéficas o maléficas. Sucede aun que, sin voluntad deliberada, la suerte o la mala suerte propias de un individuo se convierten en un atributo otorgado a alguna cosa distinta (cuerpo viviente o materia inerte) de sí.

Vacilo en abordar el tema, pues tocamos aquí las fronteras de la magia. Sin las franquear, vamos a tratar al menos de dar colores naturales a los fenómenos que pertenecen a las leyes de la suerte y no a la brujería.

Quiero me atener a algunos fenómenos que ilustran la realidad de los fenómenos de representación y de transferencia.

Entre los saras del Chad, el koma (es decir el brujo) es capaz de quitar la sombra dun hombre. Entonces puede, actuando sobre esa sombra, provocar la enfermedad y hasta la muerte de ese hombre. En ese caso la representación es más simbólica que real. Entonces nos hallamos nel controvertido terreno de la magia. Así, aunque el hecho sea contado por testigos dignos de fe, rehúso lo tomar en consideración.

Buscaré otro camino. Por medio de un rodeo, que tal vez parezca impertinente, proseguiré el acercamiento a ese misterio.

## ¿Quién cargó la máscara de oro?

La máscara de oro de Tutancamón fascinó a centenas de miles de parisienses durante el tiempo en que estuvo expuesta nel Pequeño palacio. Cada visitante sentía oscuramente que una virtud emanaba de la efigie del joven faraón. Esa irradiación de un sol muerto, ¿qué frutos hacía madurar? Un médico egipcio amigo mío dijo nel momento en que se abrió la exposición a orillas del Sena:

— Nasser cometió la más grande imprudencia de su carrera. Según mi opinión, está perdido. Por causa de ese error los males más grandes se abatirán sobre Egipto.

Como yo abría, asombrado, los ojos, me explicó que, por una operación de transferencia sobre la cual por lo demás no iba a me dar precisión, Tutancamón se convirtiera, luego de su descubrimiento en 1922, nel verdadero paladín de su país, una protección y un talismán cuya eficacia no nunca fue desmentida. Al le permitir abandonar las orillas del Nilo, Nasser dejaba a Egipto sin defensa, librado a su destino.

Algunas semanas más tarde, estallaba la guerra en Medio Oriente. En seis días Israel aplastó a Egipto e instaló su ejército a lo largo del canal de Suez. Nasser, abatido por la derrota, trató de abandonar el poder. Coincidencia curiosa, la esperanza renació nel campo del vencido y las cosas empezaron a tomar un giro positivo cuando Tutancamón volvió a El Cairo.

Entonces recibí un llamado telefónico de mi amigo egipcio. Su tono era triunfal:

— ¡Ya dije! Se evitará lo peor ahora que recuperamos a nuestro faraón protector!

Los parisienses veneran las reliquias de Genoveva, la santa protectora de la ciudad, y sin embargo las desgracias no se alejaron de ella desde hace 14 siglos. Los egipcios, que creen con o sin razón, que un faraón muerto hace más de 3000 años puede ser su talismán, tendrán seguramente sus desilusiones. Pero esa no es la faz interesante del problema. Todo acontecimiento es el resultado, o mejor dicho, la resultante, de un gran número de factores, la confluencia de muchas líneas de fuerza. La suerte no es el único



determinante. Rige a los hombres, no a los acontecimientos. Los hombres no siempre son los únicos autores de los acontecimientos. A escala de un país o de una ciudad, la protección puede existir realmente sin ser, no obstante, totalmente eficaz. La suerte de un hombre se mide o se prevé. La de un pueblo resulta de demasiados elementos diferentes para ser calculable. Sin embargo, en la conjetura, es prudente tener en cuenta el poder de las entidades protectoras que se dan las colectividades y de los deseos que ellas los cargan.

Nel caso de Tutancamón lo que importa es saber por qué, cómo, por quién fue elegida la máscara de oro como soporte en una operación clásica de transferencia de suerte.

Mi búsqueda, ¡ay!, no terminó, pues no pude la ubicar con precisión. El médico egipcio que despertó en primer lugar mi curiosidad se negó a decir si la operación fue realizada por los sacerdotes de una religión, por los iniciados de una secta secreta, por una especie de consenso provocado por una campaña de prensa o una propaganda de boca a boca.

De mi parte, me parece altamente probable que Tutancamón fue elegido a causa de su reputación de xenófobo. Recordemos que sobre los 20 arqueólogos (14 ingleses y 6 franceses) que descubrieron la sepultura de ese faraón en 1922, 19 tuvieron muerte violenta o inexplicable. 1 solo, Howard Carter, escapó de la misteriosa enfermedad que lo abatió en 1924, y conoció una longevidad normal. Tutancamón parecía entonces perseguir con su maldición a todos los extranjeros que violaron su tumba. Se buscaron y se encontraron (¡seguramente!) explicaciones a esa hecatombe. Las admito, aunque tenga razones personales muy fuertes para creer que los profanadores de tumbas son perseguidos efectivamente por las venganzas del más allá. Por el momento, habré avanzado un paso en la dirección en que quiero conducir, si puedo hacer aceptar que Tutancamón fue bien elegido por iniciados muy informados, como acumulador de suerte, en razón del formidable potencial fluídico condensado en su efigie.

## La representación anticipa la realidad

Tratemos de dar vueltas prudentemente alrededor de ese misterio de la representación y de la transferencia, y abordemos otra de sus haces desconocidas.

El célebre etnólogo Leo Frobenius contó que nel curso de una expedición a la selva virgen congoleña, exactamente en la región del Casai, encontró una tribu de cazadores pigmeos de la cual tres hombres y una mujer, por amistad o por curiosidad, lo acompañaron durante una semana nel viaje. Un día que faltó carne fresca para alimentar a los compañeros, pidió a sus nuevos amigos traer un antílope. Los pigmeos contestaron que lo harían, encantados en ser agradables, pero que era imposible en ese día, ya que no hicieron preparativo. Habría que postergar la caza para el día siguiente.

Frobenius se levantó antes del alba y se deslizó en la dirección que los pigmeos eligieron la víspera para cumplir allí los ritos preparatorios de la caza. Ya en día vio llegar a los tres hombres y a la mujer que se acurrucaron, arrancando la hierba de una pequeña superficie que aplanaron con las manos. Luego uno de los dos trazó un dibujo sobre la arena con el dedo, mientras que los otros salmodiaban plegaria. Después volvieron a guardar silencio hasta que el Sol se elevó nel horizonte. Sosteniendo su tenso arco, uno de los pigmeos se movió en la dirección donde el Sol se asomara. Cuando el primer rayo tocó el dibujo trazado sobre la arena, la mujer levantó vivamente las manos como para asir el disco solar, y el arquero arrojó su flecha. La mujer lanzó un grito y los tres cazadores, con sus arcos, saltaron hacia la espesura, donde se perdieron.

Saliendo de su escondite, Frobenius se acercó entonces y vio, dibujada sobre la arena, la imagen de un antílope, en cuyo cuello estaba clavada la flecha. Quiso le tomar



una foto, pero la mujer, que no se fuera con los cazadores, pidió no lo hacer, para no comprometer el éxito de la cacería.

En medio día los pigmeos regresaron al campamento con un macho herido por una flecha nel cuello. Ofrecieron la presa a Frobenius, no conservando para ellos más que algunos mechones de pelo y una vasija llena de la sangre del animal, que se llevaron enseguida al lugar donde llevaron a cabo al alba los ritos preparatorios de la caza.

Recién volvieron al día subsiguiente. Al etnólogo que les hizo preguntas, respondieron que se retiraron corriendo para pasar los pelos y la sangre en la imagen del animal, retirar la flecha y borrar el dibujo al salir el Sol.

La autoridad de doctor Frobenius es incuestionable. Su relato es un ejemplo probatorio de la eficacia que se puede esperar de una representación anticipada de la realidad.

Además, se trata de procedimientos tan viejos cuanto el mundo. Tenemos prueba de que fueron empleados por el hombre del cuaternario. En las cavernas de Eyzies se ven, dibujadas en las paredes, imágenes de animales que tienen marcas de cuchilladas. Vemos también animales cazados en efigie.

Entonces no asombra que en la actualidad se pueda, gracias a la fotografía, imagen todavía más fiel, tejer los lazos invisibles que ligan el deseo y su realización, provocar un hecho actuando sobre su representación. Es uno de los secretos esenciales de la trasmisión de la suerte de un individuo a otro.<sup>19</sup>

## El péndulo de S nunca se equivocó

Un buen radiestesista es capaz de descubrir, sin error, si la persona de quien se le muestra una fotografía está muerta o viva, si está herida, enferma o goza de buena salud. Puede también la localizar nel espacio, seguir sus huellas en un mapa geográfico.

Sé que una afirmación como ésa es discutible. Se me opondrán los ruidosos fracasos de algunos rbdomantes a los cuales recurrió la policía para encontrar a un desaparecido. Responderé recordando los éxitos extraordinarios obtenidos con la ayuda de un péndulo o de la varita por otros buscadores. Nunca terminaremos de discutir. Fracasos o éxitos incuestionables nunca convencerán a los partidarios ni a los adversarios de la radiestesia. Mi intención no es reabrir el debate.

Me limitaré a decir que fui amigo y discípulo de un hombre cuyo péndulo, según lo que sé, nunca se equivocó. Se llamaba S. Antes de se consagrar a la búsqueda a las verdades esenciales fuera farmacéutico. Luego, como se interesara (siempre me pregunté por qué) por la política, fue elegido diputado por los Vosgos. Creo sinceramente que tenía algo de genio. Desdichadamente orientó su investigación demasiado lejos, en caminos demasiado peligrosos, y su razón terminó vacilando. Sus descubrimientos en la actualidad están perdidos. La única huella que queda de ellos son los milagros que llevó a cabo, de los cuales solamente se acuerdan los beneficiados.

Señor S era un radiestesista infalible. La primera vez que puse su perspicacia a prueba fue en 1935, para encontrar un avión perdido en África, sobre la selva ecuatoriana. Para orientar su búsqueda, sólo tenía para le ofrecer malas fotos recortadas de los diarios. Ellas le bastaron para localizar los restos, gracias a su péndulo, con rigurosa exactitud, y para hacer el cómputo de los muertos y los sobrevivientes. Sus indicaciones fueron transmitidas enseguida al ministerio de colonia, que tenía la responsabilidad de organizar la búsqueda. Pero ningún funcionario quiso tomar en serio los informes proporcionados por un radiestesista, aunque antiguo diputado.

---

<sup>19</sup> Ese vudú fotográfico está relatado en *El vampirismo*, de Robert Ambelain, sobre una experiencia científica de vudú fotográfico realizada en 1892. Nota del digitalizador



Luego de días y días de búsqueda, los desdichados aviadores perdidos fueron encontrados. Cayeron exactamente donde S indicó nel mapa. Si lo escuchasen se ganaría un tiempo valiosísimo y muchos heridos no morirían.

## La agonía de un amigo

Podría multiplicar los ejemplos pero me conformaré en citar uno más solamente, antes de explicar cómo la radiestesia sobre fotos ilustra mi demostración sobre las transferencias de la suerte.

Durante la guerra civil española un avión donde estaba Luis Delaprée, enviado especial del Paris-Soir, fue ametrallado. El despacho anunciaba que nuestro colega fuera gravemente herido. Imposible saber más. En las salas de redacción parisienses, donde Delaprée era querido y estimado, se interrogaban con inquietud acerca de su suerte. Para conseguir noticia más precisa pensé que la mejor manera sería recurrir al péndulo de señor S. Comunicué mi proyecto a Paul Gilson, que era entonces mi amigo íntimo. Aceptó me acompañar hasta mi amigo radiestesista. Fue así el testigo y la fianza de esa operación extraordinaria que nos permitió seguir, a centenares de kilómetros, la agonía de un muchacho tan querido por todos nosotros.

Gilson era el poeta de lo maravilloso. Nunca olvidó esa asombrosa aventura espiritual, esa correspondencia sin vínculo material. Pensaba en ella todavía en uno de los últimos poemas que me envió antes de morir, y que contiene ese extraño verso, uno de los más bellos de la lengua francesa:

Me anuncio mi propia muerte con cuidado...

Nos reuníamos dos veces por día nel pequeño departamento de la planta baja donde vivía S, nel bulevar Raspail, para pedir noticia sobre nuestro herido. El péndulo oscilaba o giraba sobre la foto de Delaprée. Cuando se inmovilizó fuimos los primeros a saber que nuestro amigo murió.

Tengo pocos recuerdos en mi vida que sean de tal intensidad dramática. Si lo evoco, no es para insistir en lo sentimental. ¡Dios me libre de hacer literatura sobre un tema como éste! Si cuento la historia, es únicamente porque se trata de un ejemplo suficiente para intentar explicar cómo la suerte también está regida por la ley de la transferencia.

En efecto, mientras nosotros seguimos de lejos, gracias a los movimientos del péndulo, la lucha del herido contra la muerte, S dijo:

— Vuestro amigo está perdido. Trataré al menos de lo salvar trabajando sobre su fotografía.

¿En qué consistía ese trabajo?

El retrato fotográfico es la representación de un ser. Persiste una dependencia entre la realidad y su imagen. Un lazo muy sutil que las relaciona. Cuando se actúa sobre una, la otra sufre los efectos, más o menos fuertemente según la experiencia y la fuerza del operador. Entonces es posible, por ese canal misterioso, hacer pasar una influencia (buena o mala), de la imagen inerte al modelo viviente.

Ciertamente sería absurdo creer que existe una relación material cualquiera, o aun solamente fluidica, entre una foto y su sujeto. Se trata solamente de una representación. Pero la imagen lleva un remanente de la realidad que basta para la volver receptora y hacer de ella una correa de transmisión válida. En todo caso, constituye un maravilloso soporte, un trampolín para la voluntad del evocador actuando a distancia. Como lo escribió muy justamente Paul-C. Jagot:

— Desde el instante en que la imagen precisa de un ser aparece sobre la pantalla de nuestra imaginación, todo lo que pensemos durante esa comparencia influirá nel considerablemente.



Es, sin duda, así que S trabajó sobre nuestro amigo herido. Si no pudo finalmente evitar el designio fatal, alcanzó a obtener una remisión de algunas horas o de algunos días. Las informaciones que recibimos a causa de eso me convencieron.

### El insecto cantor fue enviado a la nada

Las fotos permiten las transferencias de influencia más fácilmente nel sentido imagen-sujeto que nel sentido sujeto-imagen. Es por eso que las vedetes cometen una verdadera imprudencia enviando a cualquiera sus fotos dedicadas. Así se ponen a merced de sus admiradores. Mientras dura el éxito reciben millares de efluvios benéficos enviados por los fans que se babeaban ante su imagen. Pero cuando cambia el viento de la moda, o cuando una cábala de malévolos las apuñala en efigie, aquí tenemos a la efímera gloria precipitada al abismo del olvido.

Un comando de siete operadores se dedicó, hace algunos años, a una experiencia muy cruel sobre un joven cantor que tuvo un fulminante despegue hacia la gloria. Ese gentil yeyé no tenía menos talento que los otros ídolos entre los cuales acababa de ser ubicado. Se trataba de verificar si era posible cortar su carrera, lo hacer caer nel olvido, simplemente actuando sobre sus fotografías.

Los siete operadores se pusieron a trabajar, por separado a la mañana, en grupo en la noche. En menos de tres meses alcanzaron resultado: El insecto cantor fue enviado a la nada.

Repruebo esa empresa abominable. Pero, no pudiendo impedir, seguí su desarrollo y constaté su éxito. Pedí entonces que se le devolviese su suerte al joven cantor haciendo la experiencia a la inversa. Conoció efectivamente un pequeño rebrote de éxito, pero el resorte de la suerte se rompió y fue imposible renovar en forma durable el favor del público.

En todos los dominios es más fácil hacer el mal que el bien, destruir que construir.

Es cierto que ese joven cantor, a pesar de su talento, carecía de coraza. Por supuesto, la primera cualidad indispensable para un hombre público, artista o político, es la armadura. Si está desprotegido es vulnerable, no podrá resistir a la agresión permanente de sus enemigos. El más querido, el más popular de los hombres públicos es siempre un buen cebo para el odio y la envidia. Como no conoce a quienes le desean el mal, no puede esquivar los golpes. La única protección posible es una epidermis moral impenetrable.

De todos modos, tanto para la vedete cuanto para el hombre común, dar su foto es ofrecer una prenda, aceptar una hipoteca sobre sí. Es mejor no lo hacer a sabiendá. Mahoma fue prudente al prohibir la representación de la figura humana.

Resulta excusable cometer una imprudencia tal por amor o por ambición, pero no es razonable lo hacer por simple vanidad.

### La ley de la sangre

Lo que resulta cierto en una foto lo es mucho más en la sangre, el líquido mágico por excelencia.

Desde que la transfusión de sangre se convirtió en una terapéutica corriente, se trata, para no inquietar a los donantes, de recordar esa verdad: El que recibe la sangre adquiere una misteriosa influencia sobre aquél que se la dio.

Podemos llamar a eso ridícula superstición. No lo es menos que la costumbre que existe entre amigos y amantes, que sellan su unión mezclando algunas gotas de sangre, verificando la eficacia de ese rito que no cayó en desuso. Añadiría que la iglesia compartió durante largo tiempo esa creencia y ese temor. La prueba es que las jóvenes



católicas quisieron, en comienzo del siglo 20, fundar una asociación caritativa que tiene por objeto ofrecer su sangre a los enfermos. El papa prohibió esa práctica de la caridad, nel temor de que los donantes cayesen bajo la dependencia de los que la reciben. Desde entonces la iglesia renunció a esa maternal solicitud, pero no es cierto que tuvo razón en lo hacer.

Doctor Joseph Roy, uno de los más grandes especialistas en sangre,<sup>20</sup> no vaciló en afirmar: La mezcla de las sangres es una operación imprudente y un desconocimiento completo de las leyes de la vida. Hay que remarcar principalmente que bajo una aparente similitud del color, de composición histológica y química, cada sangre difiere de las otras, cada sangre es el elemento de una vida diferente.

Cada gota de sangre de un ser está en efecto, profundamente impregnada de afinidades y antipatías físicas de ese ser, afinidad por los alimentos, afinidad por los remedios, por un cierto suelo, por ese lugar al que cada uno fue destinado sobre la Tierra. Impregnada también de la sensibilidad enfermiza hacia los microbios.

Si las objeciones científicas a la transfusión sanguínea son de una fuerza convincente, las superan las constataciones que se hicieron en un dominio más inquietante todavía: El de la influencia a distancia de un ser sobre otro por una acción llamada mágica. Eso fue verificado un número incalculable de veces, sin cuestionamiento posible. La sangre dada y la sangre recibida (una gota basta) establecen relaciones de interdependencia entre el donante y el receptor.

Entonces la lógica y la prudencia deberían nos llevar a renunciar a la utilización de los bancos de sangre y a abandonar las prácticas de la transfusión sanguínea que, según escribe doctor Joseph Roy, es una operación contraria a la naturaleza específica e individual de la vida. No se trata de pedir que se deje sin socorro a las víctimas de hemorragia, a los anémicos y debilitados de cualquier clase. Pero, como lo precisa doctor Joseph Roy, pedir que se emplee otro medio de los socorrer, pedir que se vuelva a la inyección de sueros y plasmas artificiales, injustamente abandonados y que son susceptibles de un gran progreso.

Entre las innumerables anécdotas que podría citar en apoyo de mi opinión sobre el valor mágico de la sangre, retendré solamente dos, porque son las más breves.

Una artista muy célebre, un monstruo sagrado de la primera preguerra cayó bajo el dominio de un aventurero de tocador que la explotó hasta el fin de sus días. Causaba asombro que una mujer tan hermosa, tan refinada, pudiera ser así reducida a la esclavitud por un grosero rufián y necesitado. No creo traicionar un secreto si revelo que esa actriz cometió la imprudencia de escribir a ese amante de paso una carta de amor mojado su pluma en la sangre de su menstruación. Esa fantasía de mal gusto le costó su libertad, dicha, honor.

Aquí hay otro ejemplo, más antiguo, que nos muestra, bajo otro aspecto, la sangre como agente de curación a distancia:

El caballero de Digby, del siglo 17, tenía un procedimiento infalible para curar las más graves heridas a distancia. Con vitriolo calcinado hasta el blanco por el sol, componía un polvo de simpatía al cual disolvía en agua de lluvia en tal cantidad que si se sumergía allí un cuchillo de hierro pulido salía cambiado de color como si fuese de cobre. Bastaba sumergir en esa solución un lienzo manchado de sangre de la herida que se quería curar, y mantener el agua en una temperatura templada, para que enseguida la herida, por lejos que se encontrase del lugar de la experiencia, sintiese un gran alivio

---

<sup>20</sup> Joseph Roy, autor de un libro apasionante, *La sangre, potencia de vida*, verdadera bomba anticonformista, que hace estallar la verdad con la simples exposición de argumentos biológicos irrefutables.



que se continuaba hasta la cicatrización completa.

La dificultad de procurar vitriolo me impidió hasta el presente verificar la eficacia de ese remedio del cual tengo la receta. Pero no desespero hacer un día la experiencia. Si tiene éxito, será una prueba más de que, por la sangre dada, se puede actuar sobre la fuente humana de la cual proviene.

Si fracasa, tendrá una razón bastante buena para dudar del valor del remedio, pero también para destruir mi convicción, apoyada en innumerables constataciones, de que la sangre es el más seguro agente de transmisión a la distancia, capaz de establecer relaciones de interdependencia entre dos seres alejados.

### Abrir los bancos de suerte

Esa asombrosa propiedad de la sangre, puede, evidentemente, ser utilizada para reforzar el potencial de suerte.

Se puede hasta llegar a imaginar la posibilidad de extender y racionalizar la práctica de esos usos que no están todavía aceptados en las costumbres corrientes. Se llegará a ello rápidamente cuando se disipe el halo inquietante de magia que rodea a los fenómenos de influencia a distancia.<sup>21</sup> Habrá un día donantes de suerte como hay donantes de sangre. Profesionales o voluntarios, acudirán al socorro de los desafortunados. Bastará les confiar una foto, una gota de sangre, un recorte de uña, una mecha de cabello, una línea de escritura, para que envíen un cálido soplo de suerte a sus clientes. Se abrirán bancos de suerte como hay bancos de sangre o de órganos para trasplantar. Habrá benefactores con patente que acudirán en ayuda a aquellos a los cuales persigue la mala suerte.

La más pesada de las desigualdades humanas podrá así ser combatida un día, hasta tal vez suprimida, gracias a la reversibilidad de la suerte. Si los estados civilizados creasen una seguridad social de la suerte, harían por la felicidad de los hombres y por el advenimiento del reinado de la justicia más que lo que hayan esperado los profetas utopistas de la democracia y del progreso. Es menos urgente trabajar en la curación del cáncer o en la extinción de la pobreza que realizar esa asistencia pública nueva para los desheredados de la suerte.

Esperando eso, todavía debemos nos contentar, cada uno por sí, en encontrar en nuestras relaciones el donante de suerte que necesitamos. Si lo descubres, y si él consiente en eso, envíes a él una foto tuya o un algodón con un poco de sangre. Él trabajará para ti y, sin otra formalidad, la suerte será acreditada en tu cuenta.

---

<sup>21</sup> Sobre ese tema, confrontar *La realidad mágica* (Ediciones Robert Laffont)



# La ley de compensación

Los seres son herederos de sus actos. Es el acto quien reparte a los seres.

Buda

**S**e vive de esperanza. El asno corre tras la zanahoria. Cuando la ilusión desaparece, el motor vital se detiene y la muerte está próxima.

El pasado no cuenta, salvo para alimentar remordimiento o lamentación.

El presente es nada. No tiene realidad, puesto que no tiene duración. Se desvanece tan pronto nace.

Solamente el porvenir es importante, porque retrocede a medida que avanzamos hacia él, porque jamás lo alcanzamos y ofrece al deseo la escalada indefinida de la esperanza.

La esperanza es el alimento indispensable. El hombre que está privado de ella se debilita y muere.

El conocimiento de las leyes de la suerte refuerza la esperanza. Vimos cómo ciertas prácticas, actitudes, pensamientos dirigidos, permiten volver más accesible el objetivo deseado. En realidad hasta se puede afirmar que no hay límite a la potencia del espíritu y que la voluntad es todopoderosa.

Sin embargo, esa carrera tras la esperanza no debe llevar a perturbar el orden natural de los destinos. Pues si tomamos, a violencia, forzando nuestra suerte, una parte de felicidad superior a la cual nos corresponde por derecho, entonces se desencadena el temible mecanismo de la compensación, encargado de restablecer el orden que el plan de la creación fijara.

Esa ley de compensación funciona como el cuchillo de la guillotina. Es imposible escapar. Su rigor debe hacer reflexionar a los temerarios que creen que todo se debe a su suerte y a su ambición.

La dificultad, evidentemente, es cómo determinar con precisión el límite extremo sobre el cual no hay que seguir la carrera de la esperanza. Cuando se es un poco inexperto en el manejo de las armas que manejan la suerte se está siempre tentado de superar el objetivo alcanzado, de ir más allá, de querer más de lo conseguido.

¡Es tan fácil, después de todo! Algunos trucos, algunas concesiones, una voluntad firme y asidua, no hace falta más para se ofrecer la embriagadora sensación de dirigir el destino. Si el orgullo ayuda, uno hasta se asombra con las facilidades de la escalada. Pero enseguida, un paso más se gana, y aquí tenemos que es demasiado tarde para volver sin daño en los límites. Hay que pagar el exceso. No se admite excusa. Todo lamento es vano. El exceso de ambición será castigado como un crimen. En un platillo de la sutil balanza la tara de compensación caerá como la espada de Brennus. Así la desgracia nace de la suerte que fue forzada.

Los ejemplos extraídos de la historia, de la vida de los grandes hombres, son demasiado evidentes para convencer. ¿Cómo se poner de acuerdo para decidir en qué momento preciso Napoleón o Alejandro forzaron su suerte. Tal vez fueron más lejos y más alto si respetaron más todas las leyes de la suerte?

Fue despreciando los presagios que Julio César causó su propia pérdida: Descuidó su suerte en lugar de la forzar. **La vejez es un naufragio**, dijo Charles de Gaulle. ¿Era cierto para él pero no para los otros. Cómo saber, cuando uno es espectador exterior de un destino fuera de serie, a partir de qué escalón se desencadenará la ley de la compensación? La luz de alarma se enciende en las profundidades de la conciencia. El hombre excepcional decide sólo entonces si se arriesga a empujar más lejos su suerte o si se conforma en cumplir su destino normal.





No es en esa altura, donde la elección hecha por uno solo entraña consecuencia para pueblos enteros, que se puede ver con claridad en los arcanos del destino. Vale más referir a ejemplos más humildes. El mecanismo de la compensación aparece allí en su simplicidad trágica.

El lenguaje de los acontecimientos corrientes, cuando se pretende lo interpretar, se parece un poco a la nigromancia. No es comprensible más que para los creyentes. Los otros no advertirían más que coincidencia sin valor demostrativo. Es la razón por la cual es abusivo aclarar un acontecimiento más que otro, otorgando un significado fatídico al plano de sombra inexplorable sobre el cual él se desarrolla. Pero hay situaciones donde la fatalidad es tan evidente que no se puede impedir extraer lecciones. En 23 de mayo de 1961 dos jóvenes circulaban a mucha velocidad en un Alfa Romeo sobre la ruta nacional 6. Al llegar a Lacanche (Costa de Oro), el automóvil abandonó la ruta y se estrelló contra un árbol. Los dos ocupantes murieron. Se llamaban Pierre-Gauthier y Vincent Malraux. Los dos hijos de un hombre que forzó su suerte.

Político romántico, escritor de acción, esteta lírico. En resumen: Dandy revolucionario sacudido por la voluntad de poder, André Malraux franqueara deliberadamente el umbral crítico más allá del cual no podía dejar de obrar la ley de compensación. Aunque se tratara de un hombre público, sus secretos privados no debían ser revelados pero los familiares del ministro escritor leerán entre líneas.

En 1960 el modelista Marc Bohan, llegado de Londres donde vegetaba nel exilio, tomó el poder en la casa Dior de París. Es una victoria debida a intrigas bastante complicadas. En ese tenebroso asunto, donde las malas lenguas del mundo de la costura nunca terminarán de se afilar, el héroe tuvo que cambiar su costumbre, forzando a la suerte. Se necesitaba una víctima expiatoria. Pues hay siempre una Ifigenia cuando se quiere contrariar los vientos del éxito que soplará. La señora de Marc Bohan se mató algunos meses más tarde en un accidente de automóvil.

El automóvil se volvió, en nuestros días, el arma predilecta y de precisión de la fatalidad. Las citas con la muerte se conciertan, para familias enteras, desde hace ya mucho tiempo, en ciertos cruces de caminos. En los accidentes de ruta, la suerte se revela con su rostro descubierto, en estado salvaje. Se puede seguir el hilo rojo que lleva a cada víctima (y a cada sobreviviente) al límite fatídico. No hay azar en ello. Todos los casos son motivados. Los incisos del juicio que condena o que absuelve son de una lógica inatacable. Se los puede leer antes del accidente pero más frecuente es que se los comprenda apenas después del golpe. Es así que Fedra escuchó a Terámenes, esa especie de gendarme, relatar cómo Teseo encontró la muerte en un accidente de tránsito.

No en la leyenda ni en la historia se encontrará un ejemplo verdaderamente satisfactorio. Ni eligiendo, entre los contemporáneos, nombres propios, personajes conocidos. Pues se puede siempre cuestionar el significado de una desgracia que destaca la crónica, de un accidente que los diarios describen y explican.

Para probar soy obligado a sacar mis referencias ejemplares entre las anónimas víctimas de la ley de compensación. Su caso es simple, claro como un esquema educativo. No hay escapatoria, divergencia, ni exégesis. Es la fatalidad matemática.

Evidentemente, no dejo al lector la posibilidad de verificar, ya que borro los datos de los testigos. Hay que creer en mi palabra. Pero luego de escuchar mi relato, ¿quién se atreverá a dudar de su verdad?

## El verdadero precio de una casa

Se trata de una pareja de ancianos llegada a la edad de la jubilación. Ese hombre y esa mujer tuvieron su parte de suerte en una vida mediocre. No estaban agriados ni eran rebeldes. Pero he que un sueño irrealizable los obsesionaba: Tener una casita nel campo



para terminar en ella sus días. No podían pensar en otra cosa. Estaban dominados por ese deseo. Su imaginación se hallaba dirigida hacia esa única esperanza. ¿Pero qué hacer para la realizar? No esperaban herencia. Los premios gordos de la lotería son difíciles y la compra, cada semana, de un décimo de la lotería nacional sería una carga demasiado pesada para su magro presupuesto. Su hija única, que era su alegría y su orgullo, se ganaba cómodamente la vida. Los ayudaba, redondeaba el fin de mes, pero no era con sus economías que compraría una casa para sus padres.

El deseo se convierte en obsesión. Envenena la vida de esos buenos ancianos. Pero nada ni nadie puede dar esperanza en esa noche desolada donde se lamentaban rumiando el deseo irrealizable.

Como todos los débiles y desesperados, los señores B no tienen más que un recurso: El milagro. ¿Por qué no podrían encontrar fortuitamente la suma que les falta bajo los cascotes de un caballo o en la chimenea en una noche de Navidad. Habrá alguna receta mágica, una piedra filosofal, capaz de realizar ese deseo? La fe es siempre la consecuencia del deseo. Se cree para tener el derecho de esperar.

La vieja pareja no se entregará a los charlatanes de los avisos (¿por suerte o por desgracia. Quién lo decide?). Un camarada de trabajo de su hija forma parte de una secta de inocentes que se dedican al estudio de la felicidad bajo la conducción de un viejo profesor de hebreo. Ese sabio maestro, venerado, enseña a los discípulos cómo vivir feliz. Señor y señora B le fueron presentados y confesaron, muy ingenuamente, que cuentan con él para realizar su sueño. Lo toman por un hechicero todopoderoso.

— No soy yo. Sois vosotros quienes son capaces de transformar la esperanza en realidad. Bastará querer muy fuertemente y muy asiduamente.

— Pero justamente, con todas nuestras fuerzas, queremos esa casa. Y no dejamos de pensar en ella.

— Entonces la tendréis. Es necesario solamente aprender a orientar la voluntad y deseo en una buena canalización, la cual conduce a las cataratas de las fatalidades irreversibles. Pero antes de revelar algunos truquillos muy simples, los medios sin magia y sin misterio que facilitan la realización de la esperanza, debo os poner en guardia contra las consecuencias posibles de un golpe de fuerza tal de la suerte.

Trató de les hacer comprender el mecanismo de la compensación:

— ¿Es prudente alimentar un deseo tan ardiente por una casa que quizás no traerá la felicidad ansiada? Si para la conseguir forzáis a la suerte será necesario que paguéis el peaje de ese exceso. No corred un riesgo tan grave. Se haría mejor en se resignar, en se contentar con la mediocre y maravillosa felicidad ganada en la lotería del nacimiento. La más elemental prudencia ordena no contrariar la suerte que se tiene.

Los señores B no comprendieron la explicación. Querían su casa. Que les indicasen los medios para obtener su objetivo y lo intentarían todo sin se cuidar de las inexplicables represalias de la desgracia con las cuales se los amenazaba.

Esa humilde pareja nada tiene en común con los héroes de las parejas griegas. La fatalidad debería se olvidar de las pobres gentes. ¿Un golpe de pulgar dado a un destino mediocre puede perturbar el plan de la creación? Sin duda, puesto que nel hervidero casi anónimo de los proletarios de la suerte, la ley de compensación juega con el mismo rigor que nel campo de los héroes y de las estrellas. Aun si no se trata más que de un miserable robo de felicidad cometido por exceso de deseo. En todos los casos, ¡ay!, hasta los más insignificantes, desde el momento en que la frontera fue violada, el orden y el equilibrio del universo son puestos en cuestión. Entonces no hay diferencia entre los grandes hombres y los otros, entre los destinos fuera de serie y los de las bestias de tropa. La rebeldía de una hoja que quiso cambiar el dibujo de una de sus nervaduras sería tan grave como la de Lucifer. Sea Napoleón el que fuerza su suerte para conquistar



el mundo o un pobre jubilado que fuerza la suya para poseer una casa de campo, el escándalo es el mismo, el peligro es igual de grave. En los dos casos el equilibrio será restablecido, la compensación jugará de forma ineluctable.

Los inocentes B no escaparon. Cediendo a su instancia, el profesor de felicidad y de hebreo enseñó los medios prácticos de dirigir la suerte. ¿Si es fácil, por qué se privar?

Durante varios meses se concentraron metódicamente sobre la imagen de su esperanza. Su casa, la concretaron hasta en los menores detalles. Dibujaron con cuidado en un papel no solamente la fachada exterior sino también el plano interior de cada habitación. Fue un verdadero esfuerzo de creación, un parto de la imaginación. A cada noche, antes de acostarse, trabajaban durante horas, tratando de proyectar las imágenes de su obsesión. Así la casa empezaba a existir verdaderamente un poco fuera de su imaginación.

Un día la encontraron físicamente. Se levantaba ante ellos, exactamente igual a lo soñado, con fachada de piedra, marcos de ladrillos rojos, techo de pizarra, balcón de madera, jardín con arriate. Ni escuchaban la explicación del notario que los guiaba en su visita. Sabían mejor que él el número de habitaciones y las ventanas, la disposición de los lugares, la ubicación del gallinero y de la conejera.

La casa soñada se convirtió en una casa real. Pero para el milagro ser completo, faltaba el señor B se convertir en su dueño. Es decir, encontrar el dinero para la pagar. ¿Ese dinero caería del cielo?

No dudaron de su suerte. En la borrachera eufórica de esa felicidad conquistada a media, se comprometieron ante el notario a volver con un cheque en la semana siguiente, para firmar el boleto de compra.

Tomaron conciencia de su poder. Iniciados en la técnica de aplicación del deseo, sabían ahora cómo se fuerza a la suerte a obedecer, a dar un paso más, cómo se puede obligar a la esperanza a se materializar. Ya encontrarían el dinero.

Encontraron. Recibieron el cheque. Era exactamente por el monto del precio de la casa, comprendidos todos los impuestos.

Fue una compañía de seguro quien lo envió, luego de la muerte accidental de su hija única.

El señor y la señora B tuvieron la casa de su sueño. La pagaron con la pérdida del único ser que querían y nel cual pusieron toda su complacencia. Terminaron sus días en la desesperación y remordimiento. Se necesita una desgracia tan grande para compensar el suplemento de suerte que arrancaron a la fuerza a su destino.<sup>22</sup>

## El tali3n del m3dico de Zurik

Sucede tambi3n que la ley de compensaci3n se limita a ser la expresi3n de la justicia inmanente. En ese caso evidentemente se vuelve m3s equitativa ante nuestros ojos. Ella se explica, se justifica: Aporta una reparaci3n. La ley del tali3n es terrible. Al menos satisface la l3gica. Mientras que la compensaci3n de un exceso de suerte por un sufrimiento o una desgracia, he que supera nuestro entendimiento.

Ante ciertos estallidos de esa *justicia inmanente*, uno no se atreve a se pronunciar. Por ejemplo: Luego de leer la historia que contar3 ahora, cu3l de mis lectores no vacilar3 en proclamar con certeza: ¡Bien hecho!, juzgando as3 como un castigo justo la muerte de un hombre honesto que no cometió crimen.

Ese drama fue contado en su momento en todos los diarios. El pr3logo no es m3s que un suceso bastante banal. Es el ep3logo lo terrible, y da a pensar.

Un m3dico de Zurik hizo construir para sus vacaciones un chalet aislado sobre la

<sup>22</sup> Tal cual nel cuento de WW Jacobs, *La pata del mono*. Nota del digitalizador



orilla de un lago de montaña. Era un amante del buen vino y de la buena carne. También llenara su bodega de botellas fechadas y de sabrosas conservas. Para proteger su tesoro contra los ataques de los vagabundos, hizo blindar todas las puertas y poner en todas partes cerraduras inviolables.

A pesar de su precaución, constató, en cada estadía en su chalet, que sus preciosas provisiones disminuían. En su ausencia alguien entraba en la casa sin dejar rastro y celebraba verdadera francachela.

Después de investigar descubrió el camino seguido por el ladrón: Simplemente se deslizaba en la chimenea hasta el interior de la casa y, luego de haber comido y bebido, volvía a ir abriendo desde el interior los cerrojos de la puerta de entrada.

Entonces el médico de Zurik decidió cerrar con una reja esa vía de acceso que solamente Papá Noel estaría autorizado para usar. Pero en lugar de hacer instalar la reja nel orificio de la chimenea la hizo poner abajo, justo sobre el hogar. El ladrón que cayese en esa trampa no podría salir. Tendría que esperar que llegasen para lo liberar.

Voluntariamente o no, ¿quién lo sabrá?, el médico se quedó varios meses sin volver a su chalet. Cuando volvió, la presa cayera muy bien en la trampa pero estaba muerta de hambre. Cuando se sacó el cadáver, el médico legista que hizo la autopsia constató que el prisionero se arrancara las uñas a fuerza de rascar los ladrillos oscurecidos por el hollín, intentando subir.

Legalmente el propietario tenía el derecho de proteger su bien, las finas botellas y sus latas de conserva. Ante los ojos de la ley humana era inocente de la muerte del ladrón.

Pero la justicia inmanente, que puede ser uno de los aspectos de la ley de compensación, pesa la responsabilidad en otra balanza. La prueba es que algunos meses más tarde fue víctima de un accidente de automóvil en un camino desierto: Precipitado en una grieta de hielo, agonizó toda una noche, con las vértebras rotas, solitario y desesperado nel fondo de su *chimenea* de hielo.

Para se consolar y se dar valor para soportar el castigo de una falta o la compensación de un exceso de suerte, se puede siempre decir que después de todo tal vez valga más *pagar* neste mundo que nel otro.



# La mas joven ciencia

¡Qué fea es la felicidad que uno quiere. Qué hermosa la desdicha que uno tiene!

Jean Cocteau

**E**n la actualidad asistimos al nacimiento de una ciencia nueva: La de la felicidad. Será la primera ciencia humana exacta.

Hasta el presente los filósofos y los moralistas se contentaban en dar receta subjetiva. Sabían bien que la felicidad no es una suma de placer, sino un estado, una situación, una manera de ser. Para llegar a ella, todos los caminos conducen finalmente a la paradoja budista: Es suprimiendo el deseo que se obtiene la beatitud. Quien nada tiene, nada desea y está resignado a sufrir es un hombre dichoso.

Ciertamente. Pero esa forma negativa de felicidad no puede convenir más que a los jubilados. Una humanidad dinámica, que aspire al progreso y a la conquista, no sabría conformarse con ella.

Es por eso que no hay que confundir las viejas recetas, inventadas por las filosofías y las religiones, con esa joven ciencia, a la cual sólo queda hoy ser codificada en leyes de manera bastante rigurosa para el hombre aprovechar finalmente la parte de felicidad a la cual tiene derecho aquí abajo.

Esas leyes son las leyes de la suerte.

Sistematizando los resultados de las investigaciones y de las experiencias hechas por los pioneros de esa ciencia se llega a aquel codo del camino que permite a los viajeros de la vida circular sin accidente, del nacimiento a la muerte, aprovechando todas las oportunidades permitidas.

En la sociedad de mañana la felicidad para cada individuo no será solamente un derecho sino también un deber, pues la desgracia de uno bastaría para perturbar el orden general.

Ese deber tuvo su héroe en la antigüedad fabulosa: Ulises, el más sabio y más paciente de los hombres, quien sabía, como escribió Charles Maurras, que conviene no ser demasiado desdichado. El autor de *Antinea* añadió: Quien se siente traicionado por los dioses y rechazado por la fortuna no tiene más que desaparecer del mundo, al cual no se adapta.

Nadie tiene el derecho de turbar el orden público con el espectáculo de su desgracia ni con su lamentación. Hay que trabajar para ser dichoso. El civismo y la cortesía hacia los otros así lo exigen. Si se rehúsa hacer ese esfuerzo, entonces hay que se dejar vivir, desaparecer, pero sin lanzar imprecación romántica contra la sociedad o contra Dios. Nel drama que su aventura inspiró a Cheiquespir, Marco Antonio exclamó: La resignación es propia del cobarde y la rebeldía es semejante al ladrido de un perro loco. Tiene razón. Pero habla como alguien que forzó su suerte. Para los otros queda la vía media, que consiste en organizar la felicidad cotidiana aprovechando todos los medios que la tradición nos enseña y respetando las leyes de la suerte.

A cada uno según su suerte. Esa es la gran verdad. Los límites de esa suerte, que son también los de la dicha, comienzan a ser conocidos científicamente. En la esperanza humana, esa regla reemplazará ventajosamente la utopía socialista: *A cada uno según su necesidad.*

No será, sin embargo, el advenimiento del paraíso en la Tierra. Subsistirán las desigualdades entre los hombres. Habrá siempre fuertes y débiles, hermosos y feos, genios y cretinos. Pero no habrá suerte desperdiciada.



El infierno es una frasecita que se repite eternamente: ¡Si lo supiese! Es el lamento sobre las ocasiones perdidas. Ya no habrá más infierno, puesto que cada uno dispondrá, en todo momento de su existencia, del indispensable *vade mecum* de la suerte que le permitió evitar los pasos en falso e impulsar su ventaja.

La suerte es a menudo una lucidez fulgurante, un rincón del porvenir, que se ilumina bruscamente, determinando en la causa de ese lugar un reflejo de socorro. Todos los jugadores conocen esos períodos de clarividencia donde uno apuesta con certeza.

Vimos cómo es posible cultivar esa lucidez, a veces hasta desencadenar las crisis a voluntad. Pero uno tiene el derecho de lo hacer en la medida en que la ganancia obtenida no sea compensada por una dificultad en las maniobras del destino. Es el problema al cual me refería en el capítulo anterior. ¿Pero cómo saber si uno está forzando su destino, si toma una opción abusiva sobre el capital de su suerte?

Conozco una vidente extraordinaria que es capaz de anunciar, con algunos segundos de anticipación, el número del casillero donde caerá la bola de la ruleta. Apenas el crupié pronuncie el fatídico *¡No va más!*, esa superlúcida anuncia en alta voz el número que saldrá. Nunca se equivoca, pero nadie puede aprovechar esa anticipación. Preguntó el director de los juegos, testigo estupefacto de esa clarividencia sin falla:

— ¿Por qué no apuestas antes del *¡No va más!*?

— Porque no me atrevo a ganar. Sería demasiado peligroso para mí.

La suerte no debe ser utilizada de otro modo que como la proyección de un temperamento fuerte, como la expresión de cierta salud, de una irradiación de la personalidad. No debe servir para conquistar con violencia una manera de ser feliz.

Hay que cumplir el propio destino, no lo forzar.

León Zitrom comenzó en la vida como levantador de apuesta en las carreras de lebel. Estuvo a punto de fracasar en su propia carrera. Pero la suerte le permitió cumplir su verdadero personaje, se convirtió en la extraordinaria estrella de la celebridad abusiva, que conocemos. Supongamos que, iluminado por su éxito, quisiese llevar más lejos sus posibilidades. Podría lo hacer, aunque fuese se ayudando con una de las recetas contenidas en este libro. Pero lo que parecería primero un nuevo paso ganado le haría, en realidad, abandonar el riel de su destino y no estaría lejos de la catástrofe. Caería aún más bajo que en la época de las carreras de lebel.

Eso no es profecía pero advertencia. El porvenir nos dirá si el interesado supo leer entre líneas.

Quien trata de cambiar su destino no es más que un abejorro en un tambor. Golpea contra una piel de asno que nunca hará estallar. Pero su vuelo heroico, ruido, obstinación componen una tragedia clásica. Siempre hace falta un actor que juega contra la fatalidad. Si no, no hay espectáculo. Inútil levantar el telón. Entonces la vida no vale la pena de ser observada ni vivida.

Maquiavelo contó una anécdota descorazonadora: El emperador romano Antonino el Píadoso respondió a un delator que llegó para denunciar un complot:

— Es en vano que fatigues a los emperadores con tus delaciones. Nunca llegaréis a hacer matar a tu sucesor.

La vigilancia servida por la crueldad puede, cuando mucho, permitir que sean eliminados los primeros sucesores posibles, todos los que se revelan demasiado pronto. La suerte hace la primera hecatombe. Estalin, antes de sucumbir, mató realmente a un gran número de sus sucesores. Es decir que ganó muchas batallas contra la fatalidad antes de perder la guerra.

Hay que tener el coraje de se batir contra la fatalidad, utilizando todos los medios que la suerte pone a nuestro servicio. Pero hay un límite que no se debe franquear so pena de ocurrir una catástrofe.



Saber reconocer esa frontera es el más grave problema al hombre. Armemos una hipótesis de trabajo diluyendo la resina de la circunstancia. Respetaste las leyes de la suerte, obedeciste a los imperativos y a las prohibiciones: Ganaste. ¿Por qué no ir más lejos, más arriba, forzando la suerte. Hay que castigar el exceso de ambición. Es un riesgo. A partir de qué punto se traiciona el destino?

Eso es muy delicado de determinar. En realidad se trata de un punto de iluminación que cada uno encuentra al tocar su frontera personal, tentando el extremo de su envergadura. Entonces cada uno sabe, en profundidad, quién es verdaderamente, qué destino debe cumplir, qué personaje. Es un juicio de valor sobre el saldo real que lo ilumina.

Jorge Luis Borges analizó muy bien esa sutileza psicológica cuando escribió en *Biografía de Tadeo Isidoro Cruz*:

— Todo destino, largo y complicado que sea, comprende en realidad un solo momento: Cuando el hombre sabe para siempre quién es.

Pero muchos hombres nunca conocen ese momento. Viven y mueren sin saber quiénes son. Es decir que en realidad no vivieron, no han existido, ya que nunca pudieron hacer coincidir su efímera realidad con la imagen de su prototipo eterno ideal.

Pero si encontró el momento de su destino y si por orgullo rechazó la aceptación de ese límite, si quiere pasar más allá podrá lo hacer gracias a las armas que le enseñamos a manejar. La fuerza de un acto espiritual no es limitada. No hay frontera infranqueable para la potencia del espíritu. Basta se rebelar contra un destino que se estima demasiado mediocre. Entonces se crearán campos de suerte más allá de su sombra y explotarán en ellas bombas de retardo.

Enseguida, poco después de la victoria obtenida sólo por la fuerza de la suerte, se producirá el choque de regreso. Un choque terrible, pues se trata de la revancha de la armonía violada, del equilibrio universal contrariado por el orgullo de un hombre. ¡Qué revolución para restablecer el orden!

Doctor Le Bon tenía razón al escribir:

— La química, la física, la mecánica así como las diversas manifestaciones de la vida están regidas por las leyes del equilibrio. Cuando el equilibrio es perturbado se manifiestan energías considerables.

Esas energías liberadas provocan milagros y catástrofes.

No hay una moral de la suerte. Sucede que disminuye con la virtud. El fin de todo ser es se acabar, se expandir. Del grano al fruto, eso es el ciclo de la felicidad. Lo cortar, interrumpir, desviar es hacer fracasar una criatura. La educación, la tiranía, la anarquía, la perezosa resignación, la ambición excesiva, todo concuerda en falsear el destino de un hombre. Nadie debe ir más allá de su suerte, pero nadie tiene derecho de descuidar protección contra las fuerzas destructoras de esa suerte ni desdeñar las trampas a la suerte que ayudan a se realizar completamente. Lo que quiere decir que hay que respetar las leyes de la suerte. Sin pretender salir de su sillón, pues la desgracia comienza fuera del carril del destino.

La felicidad reside en cumplir el propio destino, llegar a ser quien está previsto nel plan original de la creación. No más ni menos. Inacabado o desviado, el personaje que no se cumple según el orden preestablecido es maldito, condenado. No encontró su verdad. Vaga. Entonces es desdichado.

¿En nombre de qué moral puede se desviar a un asesino de matar. En nombre de qué hedonismo se puede persuadir a un santo a pecar. En nombre de qué prudencia aconsejar al atolondrado ser casero?

La guillotina será la recompensa del asesino, el martirio la del santo, el accidente la del atolondrado.



En todos los casos eso es la felicidad, porque se trata del cumplimiento del destino.





Otros títulos de esta colección

Michael H Brown - *Psicoquinesis*

Paul Misraki - *Vida nel Más Allá*

Esta edición terminó de se imprimir en  
VERLAP SA, producciones gráficas,  
Vieytes 1534, Buenos Aires, Argentina,  
en septiembre de 1993



# LAS LEYES DE LA SUERTE

**ROGER DE LAFFOREST**

---

*"La suerte es el punto de equilibrio perfecto entre los impulsos íntimos del individuo y las corrientes de fuerzas invisibles que atraviesan nuestro universo; es el encuentro ideal, fulminante, imprevisto, entre la oferta y la demanda, el matrimonio de amor entre el deseo y su objeto."*

Roger de Lafforest

La suerte, ese don tan injustamente distribuido entre los hombres, puede ser controlada. La suerte tiene sus propias leyes. Si se las conoce, es posible conquistar la buena suerte y protegerse contra la mala suerte. He aquí, pues, un libro que trae suerte...

---

Lo inexplicable



**Javier Vergara Editor**

Buenos Aires / Madrid  
México / Santiago de Chile  
Bogotá / Caracas / Montevideo

ISBN 950-15-0706-8



9 789501 507065